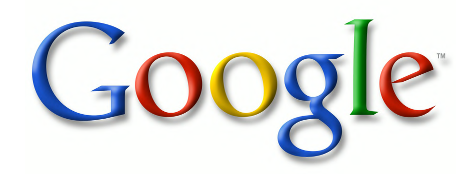







LA
LINTE
MÁGI


A
TERNA
ÁGICA

Querido Facundo:
Envío á V. ese escu-
dito de oro por sus
artículos morales úl-
timamente publicados.
Yo saludo en el nue
vo género que V. culti-
va no solo un bello
dominio del Arte
aquí apenas pisa-

dio, sino la reve-
lacion de un diag-
nóstico oportuno y
de un preservativo
eficaz.
Un moralista así,
estaba haciendo fal-
ta y V. há venido,
muy á tiempo.

La ática sonrisa
de Larra, la mira-
da profunda de
Addison, el estilo me-
surado, elegante, la
ironia ligera, la in-
tencion honrada, el
ánimo varonil; na-
da falta á V. pa-
ra caracterizar la
mision que se há
impuesto en la pren-
sa. Siga V. Los que
quieren el bien de
la Patria no pue-

den menos de a-
plaudirlo y yo soy
el primero.
Su amigo.

Ygnacio M. Altamirano

LA
LINTERNA MÁGICA

COLECCIÓN DE NOVELAS

DE

COSTUMBRES MEXICANAS, ARTÍCULOS Y POESÍAS

DE

FACUNDO

(JOSÉ T. DE CUELLAR)

ilustrada con grabados y cromolitografías.

TOMO IX.



SANTANDER.
Imprenta y Litografía de EL ATLÁNTICO,
BLANCHARD Y COMPAÑÍA,
PLAZA DE LA LIBERTAD, NÚMERO 1.

1890.

LA LINTERNA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA.

ARTÍCULOS LIGEROS

SOBRE

ASUNTOS TRASCENDENTALES

POR

FACUNDO

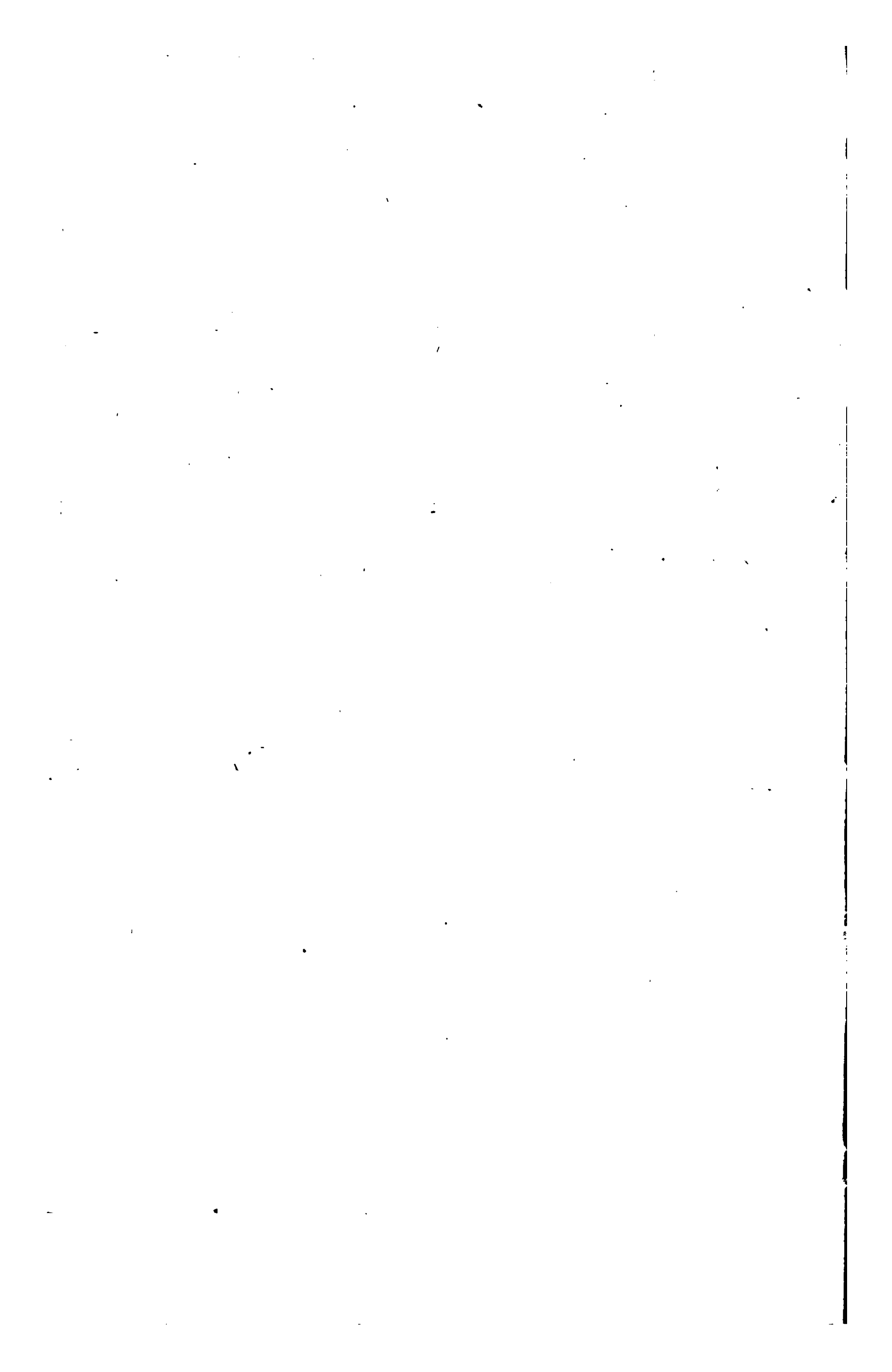
(1882)

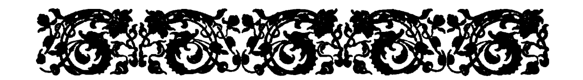


SANTANDER.
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE «EL ATLÁNTICO»
BLANCHARD Y COMPAÑÍA,
Plaza de la Libertad, número 1.

1890.


LOS FAROLES





LOS FAROLES.

No es nuestro ánimo tratar aquí de los hombres vacíos á quienes el mundo llama faroles, ni de autoridades caricaturescas á quienes suele llamárseles farolones, ni tampoco de aquéllos á quienes por vanos, pretenciosos y farsantes se les dice faroleros. Lejos de nosotros tan mezquinas personalidades. Vamos á ocuparnos simplemente de la importancia social del farol; mueble cuya principal calidad es estar vacío, y que á nosotros se

nos antoja que está lleno de muchas cosas importantes, curiosas y buenas de contarse, por ser un tanto cuanto trascendentales.

Los mexicanos de la presente y de las pasadas generaciones, á contar de algún tiempo después de la conquista, hemos nacido viendo faroles: solo que, desde el tiempo de los virreyes hasta la independencia y poco después, los faroles tenían para nosotros casi exclusivamente esta significación: la iglesia. El culto católico fué, mientras pudo, introductor, mantenedor y consumidor de los faroles.

Los faroleros (hablamos, se entiende, de los constructores de faroles, y no de las personas de quienes desde un principio dijimos que no queríamos hablar) los faroleros, pues, han debido ser dos veces afectos al culto; porque este culto con faroles, era además de su religión, su subsistencia.

Ya se recordará que esta dichosa capital, con sus doscientas iglesias, sus doscientas fiestas titulares, sus doscientos novenarios y octavarios, en todo lo que, lo primero in-

dispensable eran los faroles, debió llegar á acopiarlos en cantidades fabulosas.

Razón sobrada para no concebir nada sin farol: desde la ronda de capa, hasta el transeunte nocturno perdido en las lobregueces de la ciudad y alumbrándose por su cuenta y riesgo, antes de Revillagigedo, inventor de los primeros faroles municipales; desde la archicofradía cuya piedad se medía por el número y calidad de los faroles, hasta la administración del sagrado viático, en la que los faroles decían también la categoría, piedad y posición social del sacramentado. Desde la novena que no empezaba sin encender los faroles, hasta la procesión que no salía si los faroles no estaban listos.

Este amor á los faroles honra sobremanera á nuestros antepasados; porque en todos casos querían ver claro, y tenían una manera bien sencilla de propagar las luces, y sobre todo, de que las luces no se apagaran; cosa muy importante cuando una luz se enciende.

La piedad religiosa tenía sus manifesta-

ciones luminosas: todas sus luces eran capítulo de pingüe aprovechamiento: desde la venta dè velas, que eran las luces principales, hasta esos escándalos de barrio que se llaman todavía *las luces*. Razón no les faltaba: la luz es símbolo de nuestra vida. El clero nos alumbra al nacer, nos alumbra al bautizarnos, al confirmarnos y al casarnos y hasta obliga al padrino á alumbrar también; nos alumbra al comulgar y al morirnos. Cierto es que nosotros pagamos las velas; pero eso es lo de menos; la luz y la significación moral de la luz es lo que importa; es nada menos que la representación de la luz del Evangelio y de la oración; y es tan buena que sirve hasta para la tempestad. Desde la más remota antigüedad, y hasta entre gentiles, la luz ha tenido como luz y como fuego tan elocuentes significaciones, que vamos saliéndonos con la nuestra de creer que los faroles están llenos de muchas cosas buenas de contarse.

En cuanto á la variedad de formas, no hemos ido tan lejos como los chinos, ni

mucho menos; é invariablemente los faroles de los tiempos á que aludimos eran de vidrio, generalmente de cuatro vidrios; solía haberlos octógonos, y otros que figuraban como notabilidades, eran en forma de estrella adornados con prismas de cristal, llamados mamaderas desde que alguno las mamó, y con unos penachos de hilos de vidrio que nunca adornaron otro objeto sino los faroles eclesiásticos; había algunos faroles de pellejo y muy pocos de papel.

Hasta aquí los faroles de tres siglos, casi exclusivamente de vidrio y casi exclusivamente destinados al culto religioso.

***

Pasaron los tiempos, vino la reforma, cayeron las iglesias, Morales Puente y Limantour gastaron todo lo que tenían en comprar las casas del clero, y se acabaron los faroles; se volvieron incandescentes, inútiles, caducaron, en fin; porque una generación joven, risueña, alegre, importada,

venía diciendo ¡atrás! á los faroles del retroceso; era la generación de los farolitos de papel, en forma esférica ó cilíndrica, ó en forma de flor; generación barata, que se quema pronto, que alumbra poco, y renace como el fénix, de sus cenizas; generación prolífica y exuberante, con humos venecianos, y pretensiones elegantes; la generación, en fin, que nos conviene. Ha cambiado la forma y el objeto, pero por lo demás, seguimos siendo tan amantes á los faroles como nuestros bisabuelos.

Estamos, pues, en pleno reinado de los farolitos de papel. Nada de antiguallas; globitos, muchos globitos en todo y para todo.

Nacen las nuevas generaciones en bosques de farolitos de papel, colgados ni para novenarios ni octavarios, no para sacramentos ni procesiones, sino para dos cosas buenas de una importancia transcendentalísima. La instrucción pública y el patriotismo. Táchense de frívolos estos dos objetos sagrados, estos dos temas tan arraigados en

nuestras convicciones, estas dos quisicosas tan necesarias para la vida de los pueblos modernos. Claro es que nadie se atreverá á calificar de insubstanciales semejantes asuntos. Téngase en seguida presente nuestro amor á los faroles, amor hereditario y de noble origen, y se verá que si fué farolero el padre, farolero debe ser el hijo, y que esta propensión luminosa está en la masa de nuestra sangre. Sentados estos principios, nos ocuparemos enseguida de los faroles á propósito de la instrucción pública, que en cuanto al patriotismo ya tendremos ocasión de hablar más adelante.

¿Qué director de colegio privado de esos liceos anglo-franco-germano-hispano-mexicanos, ó polimáticos-politécnios y preparatorios que hay tantos y tan buenos por esas calles de Dios, puede pasársela sin su música, su escandalito y sus faroles? ¿Cómo pudieran arreglarse unos premios á los alumnos de las escuelas municipales si el ayuntamiento no apronta de preferencia siquiera mil pesos para faroles? La cosa

estaría de echar á correr y sobre todo ya sabemos que sin empedrados, sin alumbrado y sin desagüe y otras frioleras de esa clase, nòs la podemos pasar; pero sin faroles, es imposible de toda imposibilidad. Por otra parte, tenemos que, para que la instrucción pública camine, es preciso hacer mucha bulla, y que esos espectáculos sean lo que deben ser, quiere decir, *una función de mucha visualidad,* como decía un empresario de teatro, artista nacional, amigo nuestro. Y esto es tan sabido ya y tan de estampilla, que no hay en el día quien ignore la manera de arreglar una función de premios buena, de primera clase se entiende. Para que salga á pedir de boca ya los maestros, ó mejor dicho los señores directores que son tan metódicos y tan previsivos, tienen arregladas las cosas de manera que dividen los ingredientes de que debe componerse una buena función de premios en dos clase: 1.º ingredientes que cuestan: 2.º ingredientes gratuitos.

Entre los primeros, está en primer lugar

la música, porque los músicos no tocan de balde, y sobre todo, porque este es el renglón del ruído, que es de lo que se trata. Siguen los faroles cuya importancia tenemos los maestros y nosotros tan bien acreditada, y siguen por fin la impresión de los programas y diplomas, la compra de listones y libritos baratos, alquileres, etc.

Viene después la lista de las cosas que no cuestan, pero que son indispensables; como por ejemplo, el público: y todo el mundo sabe que para tener un buen público, es necesario que el público no pague; y que no llueva. En segundo lugar unos cuantos poetas. Estos son tan necesarios como los faroles; en cuanto á utilidad de circunstancias están en la misma categoría que los faroles; pero son más baratos, todos hablan de balde y se entusiasman indefectiblemente; no es necesario encenderlos, porque se encienden solos, tampoco hay necesidad de colgarlos porque se pueden estar parados, ni hay necesidad de mandarlos con un cargador porque se van por su

pié cuando se acaban los premios, y despejan el campo sin ningún esfuerzo; además, aunque se encienden y alumbran y adornan, no se queman como los faroles de papel, y aunque se mojen no les sucede nada y vuelven á servir al año siguiente. Los maestros de escuela están contentísimos con este elemento de los premios por su utilidad y por su baratura.

Como se trata de premios de primera clase, es preciso côntar con este otro gran ingrediente. El presidente de la República: que, ni quien piense en retribuirlo; eso sería una barbaridad. El primer magistrado, sea quien fuere, concurre porque se trata de la instrucción, y va por dar brillo, por cooperar con su presencia, por estimular los adelantos, etc.; y en resumidas cuentas da el último toque á la visualidad y á la majestad del espectáculo.

He aquí una función de premios buena, bien arreglada y perfectamente nacional. Es cierto que en otras partes del mundo no las hay ni siquiera parecidas, pero eso con-

siste en que en los colegios europeos es todo tan serio y tan árido; allí no se trata más que de la instrucción á secas, y esos actos tienen un carácter puramente literario. Vaya V. á entusiasmarse con eso! Qué tristeza! qué soledad! Nuestra concurrencia se fastidiaría soberanamente, y nuestras pollas ¿irían á un espectáculo tan monótono, sin un miserable violín, sin un poeta y sin un farol? Eso está bien para los ingleses que son tan seriotes y tan positivistas; pero no para nosotros que somos una nación joven, y por lo tanto alegre, risueña y afecta á la bullanga. No se nos puede exijir que tengamos la tirantez inglesa, ni esa formalidad, ni esa manera de hacer las cosas de las razas frías; nuestra raza es caliente y vivaracha, y todas nuestras cosas deben estar en harmonía con nuestro carácter.

Sobre todo, ¿de qué se trata? de una cosa bien sencilla: de que se vea que tenemos instrucción pública; de que se vea que nos entusiasmamos con la instrucción pública. Pues para que se vea esto, y especial-

mente de noche, es necesario encender muchos faroles y hacer mucho ruído.

¿Vamos si nó á suponer por un momento que hacemos las cosas de una manera formal, sóbria y desabrida, como se hace en otras partes, y veremos todos los inconvenientes que esto tiene.

En primer lugar, es notorio que en cada clase de las de una escuela muy buena, hay, cuando más, un alumno digno, en conciencia, de un primer premio. Aconséjese V. de la justicia á secas, y ¡adios premios! ni á quien dárselos! En segundo lugar, se disgustarían ochenta padres de familia, que tienen ochenta hijos muy hábiles y de mucho talento;—porque todos los padres de familia tienen hijos así,—y retirarían á sus hijos en busca de otro colegio donde premiaran el talento. En tercer lugar, suprima usted la música, los poetas y los faroles, y los premios quedarían escupibles; la concurrencia lo sabría con anticipación y se iba al Zócalo ó á los títeres. Hé aquí por qué razones poderosas no se puede prescindir

en nuestro sistema de instrucción pública, ni de los faroles, ni de los faroleros, que son los que los hacen.

Si lo pensamos bien, tomando la cosa por lo serio, tendremos necesariamente que sentar este principio: «El niño aprendiendo á leer, no es más que el hombre cumpliendo con el primero y más sagrado de sus deberes, respecto de sí mismo, respecto á sus semejantes y respecto á Dios; deber que, por parte del niño, no tiene ni siquiera el mérito de la espontaneidad, supuesto que es compelido por el padre, así como no tiene el mérito de su existencia, supuesto que fué compelido á vivir por los cuidados maternales. Una vez aprendiendo á leer, el beneficio está hecho, el mérito, el gasto y el sacrificio son del benefactor y no del beneficiado. El niño ni ha hecho una gracia, ni ha favorecido á nadie; por el contrario, ha recibido un bien, y está obligado en buena ley de conciencia, á agradecerlo y á remunerarlo. Su criterio, pues, debe ser el siguiente: «Gracias á mi madre, que me ayu-

dó á salir á la vida, nutriéndome con la leche de sus pechos. Gracias á mis padres, á mis superiores y al gobierno de mi país, que á costa de cuidados y sacrificios me han obligado á salir á la vida espiritual, nutriendo mi inteligencia con la leche de la instrucción para hacerme util á mí mismo, util á mis hermanos y digno de las prerrogativas del sér pensador. Gracias á Dios por tantos beneficios, porque todos emanan de su amor y de su omnipotencia.»

¿Y es éste, preguntamos nosotros, ¡el criterio que se forma al niño con los premios, los poetas y lós faroles? Ciertamente no.

El niño vá á la escuela mal de su grado; y á pesar de su negligencia, de su pereza, de su repugnancia y de sus hábitos vagabundos, al fin del año lo sorprende el estrépito de una gran fiesta; se le coloca en el foro de un teatro; se le rodea de flores, de trofeos y de banderas, atruenan los aires las bandas militares, se entusiasman y lloran de ternura los poetas, cantan las notabi-

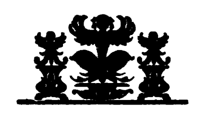
lidades, concurre todo México, se encienden muchos faroles, y viene el Presidente de la República, y los Ministros, y los Generales, y los Sábios, al son del Himno Nacional, á poner un libro y un diploma en manos del niño, desaplicado y perezoso por lo general, ó aprovechado si se quiere, pero la ovación es tal, aquello es tan grandioso y tan deslumbrante, que el niño experimenta una fruición de orgullo de que jamás se olvida, y saborea voluptuosamente el triunfo facilísimo de sus escasos ó casi nulos esfuerzos para instruírse. La música, los poetas, los faroles y el Presidente, acaban de matar en su alma el germen de la modestia, acaban de torcer el criterio del educando, quien en lugar de amar el bien por el bíen, el deber por el beneficio personal, al benefactor por gratitud, y la instrucción porque lo ennoblece, se ha henchido de fatuidad y de petulancia; defectos que aumentarán en proporción de sus estudios secundarios; y cuando en los tumbos de una revolución el educando caiga en

una curul ó se convierta en una autoridad improvisada, pertenecerá, según todas las probabilidades, al círculo de los ignorantes pretenciosos, tan funesto para el adelanto positivo de las sociedades.

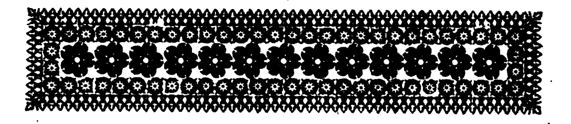
El hombre más sábio conoce en el ocaso de su vida, cuán poco es lo que sabe de la ciencia humana, mientras el ignorante cree saberlo todo. ¡Qué mucho que así sea entre nosotros cuando al que se obliga á dar el primer paso en la difícil y dilatada senda del saber, lejos de hacerle comprender cuán poco ha hecho, se le festeja con los honores del apoteosis, se cantan himnos, pulsan la lira los poetas, se encienden los faroles, y baja una vez de su solio el Presidente de la República á coronar esos ángeles semiaprovechados y vanidosos.

Inculquemos en los niños la virtud de la modestia que realza tanto el mérito. Seamos sóbrios en fiestas y alborotos para que los niños comprendan que el instruirse no es una gracia, sino una ventaja que refluye en su bien personal; que el que ha

aprendido sus lecciones no ha hecho más que cumplir con su deber, y la conciencia de este cumplimiento es y será siempre la más noble recompensa, el mejor premio. Impulsemos la instrucción pública de una manera filosófica y acertada, pero sin faroles.




NUESTRAS COSAS



NUESTRAS COSAS.

Señor Don José María Flores Verdad, bibliotecario, etc.

San Luis Potosí.

QUERIDO PEPE:

MIENTRAS no bajen el porte de la correspondencia te escribiré por conducto de este famoso periódico, (1) en cuyas columnas me honro en publicar mis habladurías, merced á la

---

(1) *La Libertad.*

bondad de su ilustrado director; y eso por no adoptar el único medio aceptable aquí para economizar en portes de correos y es el de enviarte mi carta, vía San Petersburgo. Caminando seis ó siete mil millas de ida y vuelta, después de haber tenido el gusto de estar unos días cerca del Czar, llegará á tus manos por el módico precio de doce centavos. Este sistema es dilatado, pero seguro; lo mismo que el de las tranvías de esta capital, en las que puedes ir á todas partes por el camino más largo y llegar una hora después; pero llegas, que al fin entre nosotros eso de la puntualidad es, otra de *nuestras cosas.*

Tenemos ya muchas cosas buenas; tan buenas como las de los países más cultos; solo que, somos tan desgraciados, que las cosas mejores del mundo, toman al implantarse aquí, el carácter de *cosas nuestras.* Londres, París, Nueva-York, Washington y México, tienen luz eléctrica, y cada cual la tiene como cosa suya: en consecuencia, nosotros la tenemos como *cosa nuestra.*

Alumbra cuando no se le descompone algo, y hace en la plaza de Armas el mismo efecto que cuando alumbras la sala de tu casa poniendo la palmatoria en el suelo. Dicen que los empresarios de esta luz son muy entendidos, y que los aparatos son de la misma forma de los que usan en Londres; pero ninguno de estos díceres destruye la observación de que nuestras luces están demasiado bajas. En efecto, están dos varas más altas que las del gas; pero entre la luz de gas y la luz eléctrica hay una diferencia tal, que si la altura de la luz debe estar en razón directa de su intensidad, los focos de luz eléctrica deben colocarse tres veces más altos de lo que están; quiere decir, á la altura de las azoteas, y entonces resultaría: 1.° que se aprovecharía toda la esfera de luz de los focos; 2.° que se iluminaría mayor espacio; 3.° que la luz sería más difusa y menos molesta, y 4.° que los focos no formarían con frecuencia un ángulo agudo, cuyo vértice es el ojo del transeunte que se agacha

ó se cala el sombrero para pasar con felicidad al través de ese exceso de civilización. Por otra parte, los postes están sujetos á contingencias difíciles de prevenirse; y si un poste cayera por cualquier accidente durante las horas de la electricidad, los alambres conductores tendrían ancho campo para producir en los alumbrados transeuntes una cadena de desgracias.

También el gas del alumbrado ha llegado á la categoría de *cosa nuestra:* al principio estaba brillante como cosa nueva, y nosotros muy contentos, pero á la presente alumbra menos que el aceite de nabo del tiempo de los virreyes; y la empresa, como se va haciendo vieja, ya aprendió todos nuestros resabios y nuestras negligencias. ¿Creerás que mantiene y paga dependientes que apagan la luz del gas soplándole? Pues ni más ni menos. Es cierto que por este procedimiento se llega al mismo fin, quiere decir, á extinguir la luz; pero el gas, que no entiende de soplidos, así como los dependientes no entienden de gases,

sigue saliendo por el quemador en frío, agregando ese nuevo perfume y ese atractivo más á las inmundas calles de esta ciudad; y así todo el mundo no solo vé que tenemos gas, sino que lo huele, cosa que no entró en los cálculos del inventor del gas, y tuvo razón, porque, francamente, huele mal. Ya ves si somos desgraciados en materia de luces; y tengo para mí que todo esto consiste en la maléfica influencia de los faroles, á los que, como sabes, tengo una aversión decidida desde que he visto que sirven para falsificar la instrucción pública y el patriotismo, según habrás visto en un artículo que publiqué no hace muchos días.

Todas estas mejoras nuestras forman una brillante perspectiva al través de las gacetillas de periódicos y de una distancia como la que media, por ejemplo, entre México y San Luís Potosí; pero vistas de cerca son otra cosa. Estoy seguro de que se te ha hecho agua la boca y has suspirado por regresar á esta metrópoli, cuando algún mal

intencionado te ha ido á contar que el Zócalo está muy bonito. Pues, oye: no lo creas: es cierto que se ha gastado mucho dinero, y esto es precisamente por lo que muchos pobres creen que está muy bueno; porque está probado, desde Semíramis, que para tener bonitos jardines es necesario gastar mucho dinero, pero con talento; y luego, que como aquí no hemos podido gastar todo lo necesario, resulta que las obras de lujo están como incrustadas en la miseria y el deterioro, que es el sello nacional de *nuestras cosas*. Algunas pulgadas fuera de una banqueta de mármol, que costó algunos miles de pesos y que desaparece bajo una capa de polvo y de basura, te hundes en el fango, tropiezas con guijarros ó cojeas sobre las sinuosidades de un empedrado que pedregal debía llamarse. Si son las fuentes, allí están, pero sin agua, con unos cisnes que fueron blancos, después verdes y ahora dejan apenas percibir un color indefinible al través de su respectiva capa de polvo y telarañas; en el fondo de

las fuentes se conserva un poco de fango; y el otro día que el ayuntamiento hizo un esfuerzo para probar si los cisnes podían echar agua, sucedió que algunos de ellos salivaron unos cuantos minutos, como atacados de congestión cerosa ¡pobres cisnes! En cuanto al borde de la fuente, como no hay asientos por allí cerca, están barnizados con esa exudación grasosa de nuestro pueblo que encuentra de su gusto convertir el brocal en banca, y á tanto restregarse en aquella cantera le ha llegado á comunicar el color indefinible de los cisnes. Hé aquí la fotografía de las grandezas del Zócalo, sin contar con que cuando riegan, que es de tarde en tarde, ó cuando se revientan las cañerías, que es seguido, se pone el jardín intransitable. Mira si somos desgraciados. En cuanto á los árboles te diré que nos hemos èncontrado nuestra media naranja. Los árboles de jardín que hemos visto en otras partes importados de la India, del Japón y del Brasil, son hermosos por su forma y por su follaje y por su exuberante florescencia.

Nosotros tenemos decididamente muy mala mano para plantar árboles, y en cuanto á aclimatarlos todavía estamos muy lejos de esas gollerías. ¿Creerás que no hemos podido conseguir que prendan los árboles en las avenidas? todos se secan; pero como te decía, nos hemos encontrado con nuestra media naranja. Hace algunos años comenzaron á plantarse los eucaliptus; y este es el árbol que nos conviene, porque crece sin hacernos caso, y á pesar de nuestra negligencia; le sucede lo que al plátano entre los negros, según el elegante decir del poeta Bellón:

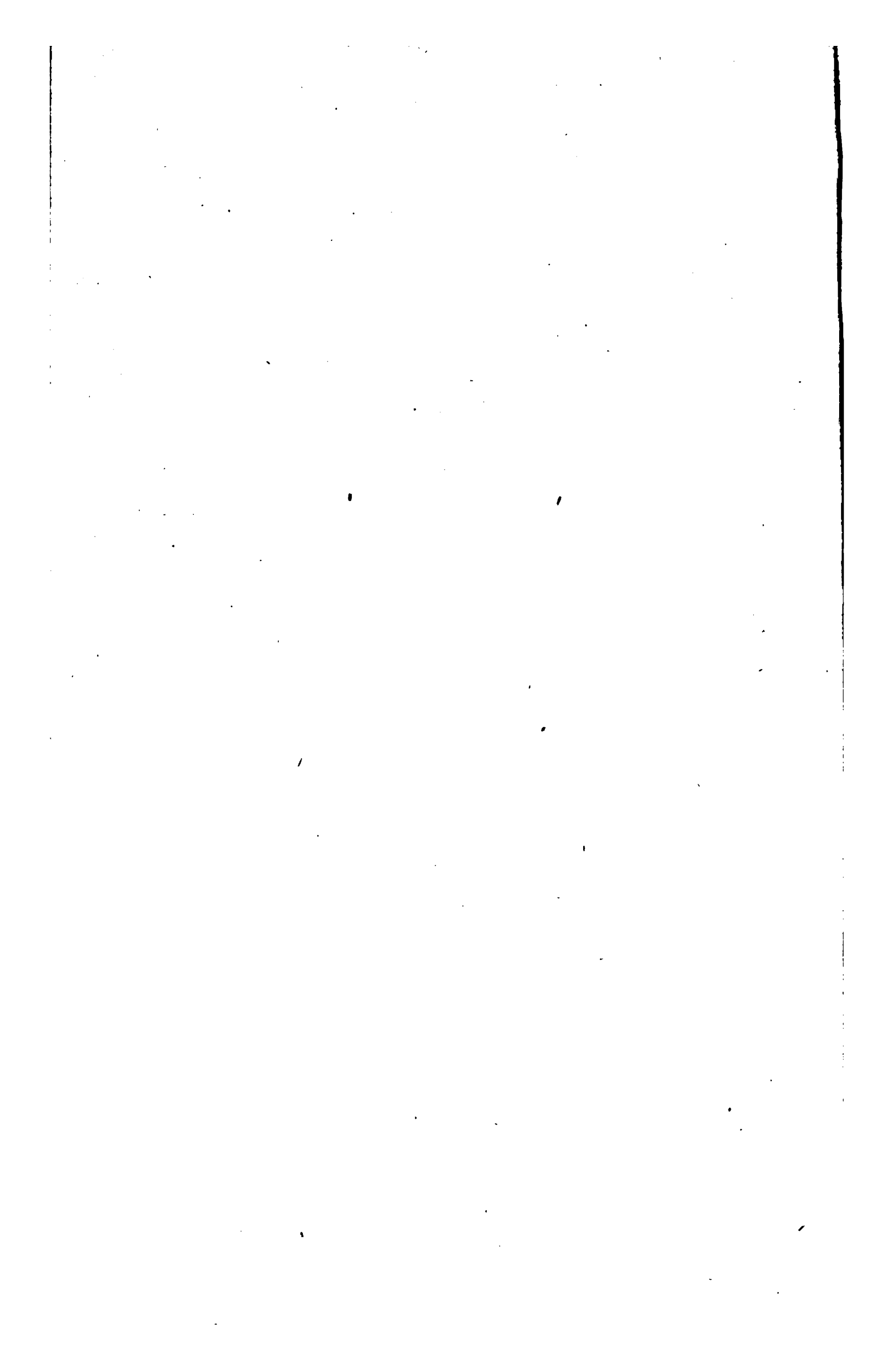
Escasa industria bástale, cual puede
Hurtar á sus fatigas mano esclava.

El eucaliptus crece en medio de la incuria y del abandono, lo mismo que en invernadero, y se aviene tan bien al suelo pantanoso de nuestro valle como á nuestra desidia. Ello es cierto que los árboles son feos y no son propios para jardín, que intercep-

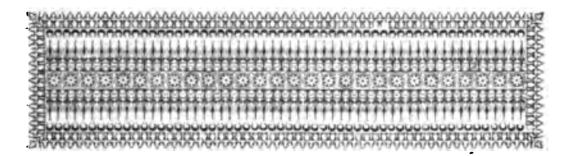
tan la vista de los edificios y producen su sombra, por lo alto de sus copas, donde no se ha menester; pero no le hace, ese es nuestro árbol y su adaptación es una de *nuestras cosas.*

Ya te contaré en otra carta, que no irá por la vía de París sino por conducto de *La Libertad*, muchas *cosas nuestras* por supuesto, respecto á lo que pasa en el Zócalo.






Correspondencia epistolar



CORRESPONDENCIA EPISTOLAR.

Cuando el desarrollo lento y progresivo de las especies animales había llegado hasta el hombre, se escapaba de una boca entreabierta la primera sílaba de las lenguas, revelando el admirable organismo de los aparatos de la voz. La sílaba fué contestada con la sílaba, y así nacía la trasmisión del pensamiento. La alegría y la sorpresa formaban con la

primera mímica las primeras palabras, y el hombre comenzó á difundir su espíritu sobre toda materia inanimada. El cielo, el sol, la luz, la noche, las estrellas, los árboles, al través de la convexidad de la pupila, iban á escribir una idea en el cerebro humano, idea que se exhalaba en sonidos articulados. Repetir el sonido por respuesta era entenderlo, y así nació el nombre, y así el espíritu humano tomaba posesión de la naturaleza, y así brotó con el primer destello de su inteligencia la idea de su superioridad sobre la tierra. Entónces el sentimiento inventó el adjetivo, y el orgullo inventó el *yo*. La primera concentración de la mente entre estos elementos halló el verbo, y el hombre pudo hablar. Y habló. Acopiaba palabras infinitas, atesoraba en la memoria las innúmeras combinaciones de sonidos que acompañaba con la mímica y el gesto: y la ardua tarea de ese almacenaje mental era la gimnasia de sus facultades intelectuales, que se desarrollaban ayudando la observación á la intuición, la deducción

al cálculo, el juicio á la sentencia y la necesidad á la inventiva.

Pero al fin no cupo en la memoria el material acopiado; creciendo el tesoro de las ideas escapábanse algunas por una puerta que se llamó *olvido* desde entonces, y el hombre las grabó en la piedra y con la piedra; así animó dos veces la materia: primero la dió un nombre y luego asoció la piedra á sus ideas, buscando la perpetuidad y extendiendo su poder sobre lo futuro. Tapió para siempre con piedras esculpidas la puerta del olvido, para no dejar retornar á la nada sus pensamientos. Así inventaba el hombre la escritura. Con el pensamiento, el lenguaje y la escritura formaba la trípode de la inmortalidad, aniquilaba el tiempo y tomaba posesión del infinito.

Desde los geroglíficos sobre piedra hasta el teléfono, la historia de la inteligencia humana recorre un trabajo de segundo en segundo, por miles de años, para la trasmisión del pensamiento; y el siglo actual reproduce, como arenas el mar, hojas de papel

y plumas. El derecho de instruirse abre de par en par las escuelas y las áulas y perfecciona la conquista de la trasmisión del pensamiento, al grado que sea tan fácil hablar como escribir.

Y sin embargo, ¡ay de nosotros! tantos siglos de trabajo y de lucha, tantos esfuerzos inmortales para afianzar la más preciosa de las adquisiciones son—apenas nos atrevemos á decirlo—son inútiles para ciertas gentes. Y no nos referimos á las que no saben escribir, porque esas viven entre nosotros con el adecuado calificativo de *pobres gentes*. No señor, aludimos á las gentes que saben escribir; más todavía, á las que escriben bien, entrando en este número algunos escritores públicos y hasta algunos pendolistas.

Pero condición de la naturaleza humana es el cansarse. Se cansa el hombre, se cansa la sociedad, se cansa la pluma. Una vez la sociedad moderna en posesión de la escritura, quiere decir, del cabo de ese hilo que ha venido tejiéndose desde la aparición del

hombre, viene como una malaria de cansancio sobre la sociedad, y el hombre de sociedad suelta ese cabo de siglos, simbolizado en el de la pluma, y qué sucede? Sucede nada aparentemente, nada trascendental á la masa del mundo, nada que influya en el progreso de las naciones; porque mientras algunos sueltan el cabo susodicho, corren millones de plumas sobre el papel y millones de cilindros entintadores sobre los tipos de imprenta, y la trasmisión del pensamiento sigue siendo, en toda su actividad y su grandeza, el estrecho abrazo del alma con los siglos del infinito.

Nuestra sincera y profunda lamentación se refiere particularmente á las gentes que, sabiendo y debiendo escribirle á V., no le escriben. ¿Y por qué no lo hacen? ¿por qué no le aman? ¿por qué no le estiman? ¿por qué no le necesitan? No tal, porque precisamente dejan de escribirle á V. los que le aman, los que le estiman y hasta los que le necesitan. Debe pues haber una causa superior á tan sagradas consideraciones y á tan

poderosos motivos, para que las personas civilizadas se excusen de practicar esa inapreciable prerogativa del sér inteligente. ¿Cuál es esta causa? Hé aquí precisamente el *busilis* que nos pone el cabo de la pluma entre los dedos, y que dá hoy materia y pasto á uno de nuestros artículos lijeros sobre temas trascendentales.

Hablamos arriba de una malaria de cansancio que se apodera de la sociedad, malaria abrumadora y enervante, que es como el rechazo de esfuerzos sostenidos difícilmente, de actividades que se extinguen. Sucede á la Inquisición y al poder absoluto del clero el cansancio religioso; sucede á medio siglo de luchas el cansancio de la guerra. Sucede á medio siglo de cambios de gobierno el cansancio político, y sucede á la controversia de las conciencias y á los lazos rotos de las familias y á la división de los partidos y al triunfo de la inmoralidad, el cansancio social. Los miasmas paludianos de nuestros trastornos públicos se enseñorean en las ciudades, y estos miasmas palu-

dianos sorprenden al niño al salir de la escuela, donde aprende á leer y escribir, para abandonar en seguida el libro y la pluma. La instrucción pública hace ruido al abrir la puerta, y los alumnos salen en silencio, porque la malaria social les hace olvidar leer y escribir. Qué hacen esos alumnos? Sigámosles sin descanso al través de la sociedad cansada, y sigámosles íntimamente, interviniendo en sus menores acciones, que es el medio por el cual vendremos á conocer la realidad de las anteriores aseveraciones.

Parecería á primera vista paradógico asegurar que la flaqueza humana suele olvidar el fin por el medio; ó de otro modo: llega á desentenderse del objeto entretenido en los medios de conseguirlo. Enúnciolo con el debido respeto á los propagadores de la instrucción pública en México, permitiéndome llamar su ilustrada atención hacia el fin práctico de la escritura. Bueno, muy bueno y necesario es saber escribir, bueno y útil es saber escribir bien, en el sentido de tener buena letra; bueno y provechosísimo es

adquirir la facultad de comunicarse por escrito y bueno y hasta excelente es escribir bien, supuesto que esto es una prerogativa de ciertas inteligencias; pero ello es que la adquisición de esta facultad en todos y cada uno de sus grados, tiene este solo objeto: la trasmisión del pensamiento al través del tiempo y de la distancia.

Y no se diga que ésta es una práctica reservada solo á los hombres de letras, á los publicistas y escritores, á los estadistas y literatos. Muy lejos de eso, es una práctica universal que obliga á toda persona bien nacida, á toda persona civilizada; es un deber social, un deber doméstico, un deber civil, y un deber inherente é ineludible de una buena educación.

Sigamos al alumno que acaba de recibir el primer premio de escritura de manos del ciudadano Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos. El director del plantel que hace aquel escándalo se regodea en su sillón apropiándose, con justo título, las nueve décimas partes de los resplandores

de aquella gloria caligráfica, y piensa, con toda la beatitud de la conciencia del bien obrar, que ha cumplido su misión, que ha llegado con felicidad al término del camino. ¿Cuál era su misión? Enseñar á escribir. Pues bien, enseñó á escribir á aquel alumno y á muchos otros también, primeros premios de escritura; escriben, y escriben bien, y algunos hasta admirablemente. ¿Qué le resta al maestro sino saborear la voluptuosidad de aquel triunfo pedagógico, dándose el aire del peón que descansa sobre su zapapico después de terminado el primer tramo de terracería, donde se echarán los durmientes que soportarán los rieles por donde deberá pasar la locomotora del ferrocarril interoceánico?

Se acaban los premios, y sigue el almuerzo de familia, casi hecho todo en honor de las planas del niño, que figuran en primera linea. Se acaba también el almuerzo; y el niño, como ya sabe escribir, no vuelve á escribir, por muchas razones. En primer lugar, porque no tiene necesidad de ello; en

segundo lugar, porque como ya aprendió á escribir, ya no tiene á mano buenas plumas ni papel, excepto el de su papá que le está prohibido usar por respeto; y en tercer lugar, y hé aquí la gran cuestión, porque el maestro le enseñó á escribir, pero nunca le dijo para qué, ni con qué objeto, que por sabido se calla.

Ya hemos dicho que el maestro se quedó descansando sobre su zapapico una vez terminado el primer tramo de terracería; quiere decir, una vez terminada la clase de escritura. Decir al niño para qué le enseñaba á escribir, hubiera sido inútil; lo que importaba era enseñarle, y lo más importante era que el niño aprendiera. Todo el mundo sabe para qué es buena la escritura, y es una cosa tan buena, el saber escribir, que no se necesita encarecerla, es una de aquellas cosas buenas que se recomiendan por sí solas, y además, saliendo de la escuela, cada cual tomará el camino que más le cuadre. Por lo general, lo que más cuadra á los niños es dejar de hacer aquello que han hecho mu-

cho; como por ejemplo, escribir. Apelo al que me lea, y si registra cuidadosamente sus recuerdos, encontrará en su vida, con toda seguridad, el período del cansancio en el escribir inmediatamente después de su último premio de escritura. Con las planas de los premios se acaba la necesidad de escribir, y tengo para mí que precisamente entonces es cuando empieza, no sólo la necesidad, sinó el deber de escribir, porque el deber escolástico se convierte en deber social.

Siga apelando el que me lea al testimonio de su conciencia; y salvo las excepciones de toda regla, encontrará, que hoy no escribe tan bien como cuando joven, y que en esto de comunicarse por escrito ha sido un tanto omiso, debido á la falta de costumbre, y sobre todo á que ha encontrado siempre más de su gusto y más expeditivo hablar que escribir.

Entrando en otro orden de ideas, encontramos en estas aberraciones ese difícil punto que existe para pasar de la teoría á la prác-

tica; ó de otro modo, la dificultad de la aplicación práctica de las cosas teóricas, de las cuales solemos ser sobradamente ricos. Tenemos por ejemplo, teorías religiosas, teorías políticas y teorías sociales, todas excelentes: pero sucede en la práctica que muchos rezan sin llegar á ser católicos; muchos liberales ejercen el despotismo, y muchas personas de alta posición social cometen faltas de educación y buenas maneras.

Ocupémonos sólo de esta última, de la serie de teorías excelentes, que es la que cumple á nuestro propósito.

Los que hemos tenido el penoso deber de poner una distancia considerable entre nosotros y los nuestros; los que nos hemos alejado de ese círculo entrañable de nuestras afecciones y nuestros recuerdos; los que hemos vivido, en fin, lejos de la patria, hemos dejado un día frescas y fragantes, como las flores de un ramillete en la mañana, nuestras más caras simpatías, sembradas, para consuelo de la desolación de

nuestra ausencia, por ventura, entre personas todas cultas y casi todas acreedoras en un tiempo al primer premio de escritura. Al recorrer la tangente de nuestro círculo, hemos bendecido nuestra hora de venir al mundo, tan adelantado en la trasmisión del pensamiento. Llegamos al fin de nuestro viaje, interpusimos el tiempo y la distancia entre nosotros y nuestro círculo, y la helada realidad de las cosas y la difícil aplicación á la práctica de las teorías más obvias, han venido á inspirarnos en nuestras horas de aislamiento, de abandono y de soledad, este pensamiento, nacido en el fondo de nuestra amarga meditación:

«Si se hubiera establecido hace algunos años en nuestras escuelas una clase de correspondencia epistolar, para dar á la instrucción caligráfica la aplicación práctica que demandan la urbanidad y los deberes sociales, para no derrochar los conocimientos adquiridos y para que la ilustración recoja el fruto deseado y alcance el fin lógico que se propone, ¡cuánto, cuánto se hubieran

amenguado las tristezas de la ausencia y la amargura de la expatriación!»

Desde el momento en que la escritura resuelve la cuestión de trasmitir el pensamiento al través del espacio, parece natural que, sea cual fuere la extensión del espacio que el pensamiento haya de recorrer, se recurra á la escritura. Pues no sucede así en la práctica.

Volvemos á seguir al alumno que salió de la escuela, y en quien la idea *escritura* fué siempre hermana de esta otra idea: *planas*. Este alumno abandona la escritura al entrar en sociedad, y á menos que su vocación sea la de escritor, perderá la costumbre de escribir, porque no aprendió ni se acostumbró en la escuela á escribir cartas.

Este olvido presenta hoy al ojo del observador los siguientes cuadros:

Una casa en la cual no falta nada del refinamiento moderno: hay desde espejos hasta cacharros de cocina. Album de fotografías y todo lo necesario, menos un tintero en actual servicio, plumas y papel.

Una persona que escribe una carta á un amigo sobre asunto importante y no recibe contestación. Un mes después se encuentran:

—Dispénsame, hombre, que no contestara tu esquela, pero no lo has de creer, no tenía el tintero á mano, y luego, que me proponía verte, y..... ya sabes..... se vá pasando tiempo, etc.

Una señorita que tiene que comunicar algo urgente á su prima; no puede ir á verla, y como no tiene costumbre de escribir cartas, envía recado con una criada, á despecho de la discreción y el sigilo y á riesgo de las tergiversaciones de la inculta doméstica.

Una persona que no se atreve á escribirle á V., porque como es V. escritor, teme le critique V. su ortografía, que ha olvidado un poco por la falta de costumbre de escribir cartas.

Otro señor que no le ha escrito á V. por el motivo (extrictamente privado) de no saber cómo se escribe Washington, y no se atreve á preguntarlo.

Escribe V. una esquela que contiene una disyuntiva ó una alternativa, y naturalmente demanda contestación categórica que resuelva una de dos proposiciones, y su criado de V. vuelve trayendo en los labios esta frase sacramental:—Que está muy bien.

Estas personas no vacilan en decirle á usted con una ingenuidad angelical:—Yo no le he escrito á V., la verdad, porque..... ya sabe V., que soy muy flojo para escribir; pero me he acordado de V., etc.

—Así lo creo, contesta V. fingiendo quedar muy satisfecho.

Esa clase de personas son por lo general agenas del todo, como si vivieran en otro planeta, al movimiento de vapores, á los itinerarios, á las salidas del correo, y á todo eso que se relaciona con la correspondencia. Esas son las personas que exageran la inseguridad en los caminos y el mal servicio del correo, y de las que á pesar de la Unión postal y el servicio regular de las malas, aprovechan gozosísimos un conducto particular para escribirle á V. una carta que

nunca recibe. ¿Por qué existe esa generación que aprendió á escribir para no volver á escribir? Porque en las escuelas no ha habido una clase de correspondencia epistolar que arraigue en el educando para siempre, no sólo la costumbre de escribir cartas, sino la facultad de trasmitir con facilidad sus pensamientos al papel, y el hábito, general entre caballeros, de contestar la carta con la carta, la esquela con la esquela, regla rudimentaria de buena educación.

Establézcase esa clase en todas las escuelas y bájese el porte del correo, y la generación que viene estará más á la altura de la civilización del siglo.




EL AGUADOR



EL AGUADOR.

A tí oh resto mueble de la incuria de tres siglos, representante impávido del *statu quo*, acémila parlante, hongo viviente de la dignidad humana; á tí vehículo vejado, ludibrio de la civilización, á tí aguador nacional, dirijo hoy mis homilias.

Pero antes de fijar una mirada escudriñadora en este tipo eminentemente nuestro, en este perfil idiosincrático de nuestras costumbres, en este sambenito de nues-

tra pretendida cultura, hablaremos del agua.

Las tribus errantes dejaban huellas de su paso á orillas de los arroyos donde paraban para tomar el agua con la mano, como las bestias feroces dejan la huella de sus patas en los abrevaderos. Casi todos los pueblos de la tierra han nacido á orillas de un río, y casi todas las ciudades del mundo se han erigido allí donde se ha resuelto la vital cuestión de beber agua con comodidad y abundancia.

Las primeras obras hidráulicas tendieron sólo á hacer correr el agua en caños; después hubo acueductos y fuentes. Las obras hidráulicas de los romanos, las de los moros en España, y las de los españoles en México, llenaron cumplidamente la misión de proveer de agua á las ciudades respectivas.

Las últimas obras de este género que hemos visto, son las de los Estados Unidos de América; obras en las que las grandes máquinas de vapor, los *reservoires* y la entubación perfecta, han venido á realizar el gran adelanto, en el uso del agua potable,

de hacerla, motora de sí misma, como la sangre en el sistema arterial y venoso del cuerpo humano; recorrer en infinitos tubos las partes bajas y elevadas de la ciudad en virtud de la conveniente presión.

El agua en New York, por ejemplo, no llega á la ciudad, sino despues de haber recorrido algunas millas en grandes tubos de fierro, de donde las toman bombas poderosas para formar depósitos inmensos y elevados donde el agua se asienta, se airea y se filtra, para volver á entrar en la cañería con la presión que necesita para ir á buscar el aguamanil del baño de un tercer piso.

Llega á la casa y bifurca su entubación; por un ramal corre fría, pero el otro va á buscar la lumbre de la cocina, pasa al través de los carbones encendidos, les roba un calor que no hace falta, supuesto que también las paredes de la hornilla lo disfrutan impunemente; con el calor robado, el agua pasa á un receptáculo cilíndrico, en el que en virtud de la diferencia de temperatura el agua caliente desaloja el agua fría de abajo

á arriba, hasta que aquella se apodera de todo el depósito; y como la presión general obra igualmente en todos los ramales de la entubación, el agua, caliente y fría, se distribuye á voluntad en todos los lugares de la casa, proveyendo los aguamaniles, los inodores, el baño, la lavandería y la cocina. Además, la presión facilita el adoptar una cañería ó tubo de goma elástica provisto de un sifón, y se tiene así el regadío del jardin, del parque y el aseo de vidrieras exteriores, pasillos, escaleras, etc., con la aplicación de un chorro constante y expelido con fuerza.

Cada vecino toma el agua que necesita de cada uno de los bitoques de su uso privado, sin más tasa que su discreción y seguro de que ninguna mano extraña ha enturbiado el precioso líquido, que viene desde gran distancia resguardado de toda contingencia y hasta de las miradas profanas.

La pensión municipal por el uso del agua en las anteriores proporciones es de 6 á 8 pesos al año.

*
* *

Nosotros tenemos las obras hidráulicas que nuestros ascendientes (Dios los bendiga) tuvieron la amabilidad de construir el año de 1500; tenemos el manantial de los Leones, que se va agotando á gran prisa por la tala de árboles, que es la manera que las ciudades tienen de suicidarse lentamente; y no haya miedo, porque al fin todos estamos contentísimos de vivir, aunque en la apariencia demos señales de odio á la vida. Mientras la juventud se suicida en las cantinas y en otras partes, la ciudad se suicida talando bosques y aglomerando fabulosas cantidades de gases deletéreos.

Tenemos la alberca de Chapultepec, que arrancaría un suspiro de compasión á Netzahualcoyotl, porque á duras penas alcanza ya los arcos, y eso merced á que el vapor la obliga. Tenemos *canoas* por donde viene el agua como hace cuatrocientos años, y tenemos, como es muy natural, ladrones de agua y arquería con más grietas que ojos. Tenemos, y no vayan ustedes á pensar que no es exacto, tenemos cañerías de plomo de

tan respetable fecha como los arcos, y ya se sabe por experiencia lo que son las sales de plomo; generalmente son tan útiles para acabar con el prójimo como la tala de árboles, las cantinas y *esas señoras*. Es cierto que tenemos ingenieros muy sabios que han traído de Europa libros muy buenos y que saben muchas cosas útiles que nos convendría aceptar, pero no hay para qué molestar á esos señores y distraerlos de sus importantes estudios. Cuando se rompe una cañería de plomo, que es á todas horas, se la amarra con mecates, se la remienda con zulaque y se le amontonan virutas de carpintería, se echa la tierra encima y ¡viva el municipio! Finalmente, tenemos, y ésta es la más preciosa de las cosas que tenemos nosotros, tenemos al aguador, y no sólo le tenemos, porque el tener no siempre es punible, ¡se tienen tantas cosas malas sin poderlo evitar! Nosotros además de tenerle, le consentimos y además de consentirle no nos apercibimos de lo que nos deshonra, y además de consentirle le ne-

cesitamos, que es la más grande de las calamidades.

El aguador de México, único en su especie, se pierde en la noche de los tiempos; aunque si hemos de precisar su aparición, para no llamarle prehistórico, debemos traer su origen de la época de piedra. El aguador, tal como es hoy, y tal como ha sido probablemente hace algunos siglos, no lleva más objeto de metal en su cuerpo que algunos botones de latón en los pantalones ó calzoneras, sustituídos en el auge del oficio con algunas monedas de plata de á dos ó cuatro reales: por lo demás es el legítimo é imperturbable representante de la consabida época de piedra.

La educación y la cultura, y en general el mejoramiento moral del hombre, lo van apartando de todo oficio servil, de todo trabajo humillante: la mecánica trabaja empeñosamente por la disminución del trabajo material, y la dignidad humana se afana por confiar el fardo á otros vehículos que al sér pensador, y países hay en que se han

emancipado ya de la carga á lomo hasta á las bestias.

El aguador de México sigue cargando cien libras de agua por dos centavos, ciego y sordo á todo adelanto. Y la filantropía no ha pensado en él, y los apóstoles del pensamiento, y los propagadores de las luces, y los fanáticos por la educación del pueblo, y los ilustradores de las masas, aparentan no haberse dado cuenta de que el hombre que en un período de quince ó veinte años ha sufrido un bendaje en la cabeza, de la presión de cien libras, durante ocho ó más horas diarias, debe acabar por ser un hombre de muy pocos alcances; y sin necesidad de recurrir á la frenología que nos explicaría claramente el resultado moral preciso de la depresión de ciertos órganos, dejaremos consignado solamente el hecho de que el cráneo de los aguadores de México acaba por ser notablemente más chico que el de los otros hombres, y con una depresión muy marcada en los huesos frontales y en el occipital; y ya que recurrimos al hecho, de-

jaremos también sentada otra observación, y es la siguiente:

El vulgo tiene por lo general dichos y axiomas que si no son la conclusión de un silogismo perfecto ni de una observación sabia, no dejan por esto de encerrar una verdad.

Muchos de nuestros lectores habrán oído entre la gente del pueblo, cuando se trata de calificar una torpeza, ó de poner un adjetivo á la palabra *tontera*, exclamar: *tontera de aguador*.

Siendo pues proverbial la torpeza de los aguadores, no debemos buscar la causa en la calidad de la carga que llevan, sino en la manera de llevarla, con detrimento probado y manifiesto de los órganos del desarrollo cerebral.

Habiéndonos propuesto escudriñar al aguador, debemos seguir en la tarea de examinarlo detenidamente y seguir confirmando su aparición en la época de piedra. En efecto, todo en el aguador es primitivo. Lleva el agua en una vasija esférica llamada

chochocol, vasija por su forma y materia lo más inadecuada á su objeto, especialmente desde la época de la hojadelata, del zinc y de la tonelería.

El chochocol es de barro, casi esférico, y en atención á sus dimensiones tiene que ser de paredes gruesas y resistentes, y por lo tanto contener no pocas libras excedentes de peso muerto: el chochocol subsiste como en su origen á pesar de los adelantos en la alfarería, y es por lo tanto anterior al descubrimiento del *vidriado*. A ningún chochocol se le aplica esta mejora sólo porque siga siendo *el chochocol*. El aguador antes de servirse de él, tiene necesidad de *curarlo* en sana salud; quiere decir, cubrir los poros del barro ordinario de que está hecho el traste, pero no por medio de un barniz que forma una superficie impermeable, sino introduciendo algunas onzas de sebo, merced á la acción del sol, en todo el espesor de las paredes de barro, operación que dura como es de suponerse muchos días. Casi no hay chochocol que no se parta á la primera

prueba, ó solo con un enfriamiento antes de usarlo, y entonces el aguador lo cose, practicando con un clavo algunos agujeros á los lados de la partidura, y pasando después un hilo grueso que plastece con zulaque, mezcla de aceite de linaza y albayalde. Un traste impregnado de sebo y oliendo á aceite de linaza, debería destinarse á cualquier uso menos á conducir agua potable; pero aún no es eso todo, el chochocol, para acabar de ser lo más asqueroso posible, necesita indispensablemente de la tapa: ésta se compone de algunas ruedas de cuero (suela) superpuestas. No nos detengamos por respeto á nuestros lectores en averiguar el origen de esas suelas, y baste decir que el aguador desdeña lo nuevo y aún le parece condición indispensable el que esos cueros sean los más viejos que se pueda. El cuero curtido sometido á una nueva infusión, tiende á despojarse del tanino que adquirió en la curtiduría, tanino que, en unión del sebo y del zulaque, hace exclamar á muchas personas cultas candorosamente:—¿A qué

sabe hoy el agua? tiene un saborcillo... Pero al año de estar cambiando sabores, paladares y chochocoles, acaban por ser los mejores amigos del mundo.

El cántaro es un apéndice indispensable del aguador: cargando el peso del chochocol en la frente y no oponiendo más resistencia al peso del agua que la tensión de los músculos del cerebelo, y la inclinación de la cabeza, se vió precisado á cargar otro peso que gravita sobre los parietales para aumentar la resistencia del cerebelo. La posición es la más incómoda que pueda tomarse: el cuello tiene que parecer inmóvil por algun tiempo. y la inutilidad del hombre, que sólo pueda ver el suelo, es absoluta.

El aguador se ha visto precisado á defenderse de su propia carga, y el cuero, pues ya hemos convenido en que cuando apareció el aguador no había ni hule ni goma elástica, el cuero, decimos, sigue siendo parte integrante de este vehículo humano, tan inmediato á la bestia de carga. De cue-

ros superpuestos es una especie de cojín que suple las diferencias anatómicas del dorso del aguador, para adaptarlo con la esfericidad del chochocol. De cuero es un delantal que se ve obligado á usar para defenderse de los escurrimientos y salpiques, de cuero es una pechera ó collar con que se resguarda el pecho, y de cuero por fin es una bolsa ó escarcela en que lleva los *tantos*.

Como está probado que el aguador nunca ha servido en materias de enseñanza ni para discípulo, por antonomasia instintiva del vulgo, todos le llaman *maestro*.

Extraño y tal vez anterior á la invención de los números arábigos y á la aritmética y al lápiz y al sentido común, lleva en su escarcela unas semillas rojas de la flor del boj, que llaman colorines, y deposita en poder de la Maritornes de cada casa tantas semillas (que no se atreve á llamar fichas sino tantos, por que tampoco las fichas ni la palabra se habían inventado cuando el aguador apareció en el mundo) tantas semillas, decíamos, cuantos viajes hace al cabo del día.

Y para hacer llegar á lo sublime la bien sentada estupidez del aguador, no ha habido desde hace siglos hasta la fecha un individuo de esta clase, á quien le ocurra hacer la aplicación racional del sistema de fichas ó tantos como el maestro les llama sino que todos practican la operación al revés; quiere decir: ponen en poder del deudor los justificantes de la deuda, siendo así que al acreedor y no al deudor corresponde acreditar el monto de la deuda y recibir por cada entrega un equivalente de su precio, ya se llame ficha, tanto ó vale, para que juntos formen la cuenta de crédito contra el deudor. El aguador entrega los vales ó tantos á la buena fé de la Maritones, cuya legalidad, movida por el candor del maestro, suele ser la única á que se acostumbra.

El agua que bebe en México la mayor parte de la población, si el aguador interviene en su acarreo, suele tener no solo el saborcillo aquél, proveniente del sebo del cuero y el zulaque, sino el de la fuente, y al hablar de ella tenemos indispensablemen-

te que dar un paso adelante, uno solo, y pasar del aguador al regidor.

Las fuentes con taza ó recipiente descubierto son construcciones propias para los paseos públicos, y erijir una fuente de esa naturaleza destinándola á surtidor ó toma de agua para el público es uno de nuestros resabios, de nuestras antiguallas, de nuestras cosas, en fin; todavía por desgracia, en consonancia y á la altura del aguador, á la altura decimos, porque no pareciendo todavía bastante impropio, sucio y repugnante el modo de conducir el agua, es necesario que esa agua sea constantemente una infusión de las más inaveriguables y complicadas combinaciones, cuyos detalles sería prolijo enumerar. Nótese solamente que el que toma agua de una fuente descubierta, especialmente si lo hace por una sola vez, se cuida bien poco de los que le sucedan. El curioso lector que quiera explicarse estos misterios, procure presenciar la limpia de una fuente pública y analizar, si puede, lo que sacan del fondo.

Los municipios modernos han comprendido esto y ponen á disposición del público no fuentes abiertas, sino tomas de agua, bien sea con llave ó bitoque ó simplemente un chorro continuo sin depósito para que cada cual reciba el agua de la cañería directamente. Vosotros filántropos desinteresados, vosotros los que abogais por el mejoramiento moral y material del pueblo, fijad vuestras miradas en nuestros mil y quinientos aguadores condenados irremisiblemente á perpetuar la raza de las acémilas parlantes, lanzados por el chochocol al embrutecimiento y á la ignorancia; redimidlos, pero para poder instruírlos, quitadles el bendaje de cuero que deprime los órganos del pensamiento, y habreis hecho una obra meritoria.

Hay en México mil y quinientos aguadores y ninguno de ellos gana menos de un peso diario, según su propia declaración. De manera que los habitantes de esta dichosa capital pagamos 1.500 pesos diarios á los aguadores, ó sean 547.500 pesos al año.

Los felices mortales que no ocupan aguador son nada más mil trescientos, y éstos pagan al ayuntamiento por mercedes de agua 53.000 pesos al año, resultando por término medio una pensión personal de 40 pesos.

EN RESUMEN

Pagado á los aguadores..........	$547 500
Al Ayuntamiento..................	53 000
SUMA..................	$600,500

Cuya cantidad es el rédito al 6 por 100 de diez millones de pesos.

La obra de entubación y depósitos desde los Leones subiendo al cerro de Chapultepec, no llegaría ni con mucho á esa suma. Si en el cerro se estableciera un gran depósito subiría el agua á la altura conveniente en la ciudad y sobraría presión para introducirla á todas las casas, para reformar en lo absoluto el sistema de inodoros, para hacer el regadío de árboles, jardines y calzadas y para alimentar todos los juegos hidráulicos de las fuentes públicas. Suprimidos los agua-

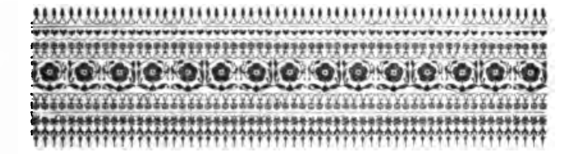
dores y mejorado el servicio del agua potable subirá el valor de la propiedad porque el inquilino pagará al propietario lo que hoy paga al aguador, al baño y á la lavandera.

Esta mejora, por dispendiosa que parezca, se hace indispensable y su renta será entonces uno de los mas pingües ingresos municipales.

Proponemos este negocio á los capitales sin aplicación, y á los hombres emprendedores, si no á los de aquí, porque suelen escasear, á los de otra parte. Pero sean quienes fueren ¡que nos libren del Aguador!




EL CORREO



EL CORREO.

Señor Don José María Flores Verdad,

San Luis Potosí.

QUERIDO PEPE:

POR el carácter de la letra conocerás que no han bajado aún el porte de la correspondencia, y sigo escribiéndote en *La Libertad* á trueque de que nos oigan los sordos. Y no sólo no bajan el porte de correos, sinó que lo suben ¿lo vas á creer?

Nuestros vireyes, que eran hombres que entendían muy bien aquello de servir y amar al rey nuestro señor, concretaban el espíritu de su política y las leyes de su administración á sacar el mayor lucro posible á las colonias, y patentizar así á S. M. que esta grey estaba todo lo más esquilmada posible, y que seguía amando á Dios en tierra propia. Ya podrás imaginarte qué regocijo tan gachupín y qué satisfacción tan beatífica se apoderaría de aquellos rozagantes pelucones, al enviar á la península los montones de oro que producían los criollos, tan dóciles, tan rezadores y tan de buen carácter.

Los criollos fuman? A ver acá el tabaco! —decía el virey—nadie sino su magestad puede hacer cigarrillos; esta es una renta real, estos son provechos de la corona, y ¡cuidado con el contrabando! Y sólo la corona real torcía cigarrillos para los criollos.

Otro día los pobres criollos entre vísperas y maitines se permitían echar sus alburitos (no tantos como ahora).—Los criollos juegan? decía el virey.—A ver acá los naipes!

Sólo la corona puede hacer eso. ¡Habráse visto! Ustedes jueguen y peléense; pero sólo la corona hace barajas y juega limpio! ¡Y cuidado con las falsificaciones!

Ya desde antaño los pocos criollos que sabían escribir, se cambiaban sus cartitas, que empezaban con un «Jesús María y José,» por fecha, y acababan con un «Dios guarde á vuestra merced muchos años,» que olía á incienso.—Cartitas tenemos? decía el virey.—A ver acá esas moscas machucadas; que sabe Dios Nuestro Señor cuántas cosas pecaminosas, y aún contrarias al buen servicio de la corona, contengan esos papeluchos pegados con oblea. Que pague dos reales fuertes cada una de esas epístolas, y que se dén de santos los herejes y demás gentecilla ordinaria, de que en pró de la civilización se les permita andarse carteando, sin que mi autoridad, que es la de S. M. Q. D. G. muchos años se imponga, como debiera, del contenido de la correspondencia. Y que todo el que manda cartitas lo haga, no por medio de mandadero ni de correo

particular, sino por medio de los leales servidores del fisco y ¡mucho cuidado con las cartitas subrepticias y de tapadita, so pena de multa y de prisión!

Todos esos excelentísimos señores, que además de excelentísimos eran duques, condes, marqueses y arzobispos, servirían á Dios Nuestro Señor y á su real magestad, y se salvaban todos por lo bien que lo hacían aquí abajo. Vino 1821, soplando ya el viento de la América del Norte, viento de emancipación y de progreso. Vino la independencia, con todo eso que dicen los poetas, del león de España: que se espeluznó y alzó la cola y crespó la melena y dió rugidos de coraje, que resonaron en los dos continentes; y la renta de correos se estuvo firme, con su peluca puesta y su tipo vireynal inmutable.

Vino la reforma administrativa que desestancó el tabaco y la nieve y los naipes, y la renta de correos siguió montada á la antigua como una religión del pasado, imperturbable, cobrando su peseta y prohibiendo que los criollos, por mucho que hayamos

adelantado, vayamos á cartearnos con nuestros amigos, ó nuestras novias, de un pueblo á otro, sin pagarle, por ende, nuestra peseta al gobierno supremo.

Ya todo el mundo se hace sus cigarros y sus naipes, esto es muy justo y muy natural; pero en eso de las cartas, la cosa está como hace un siglo; dos reales fuertes y cuidado con cartitas de contrabando. El espíritu del siglo se afana por el estrechamiento de vínculos en la humanidad, se abren istmos y canales, se construyen ferrocarriles y telégrafos, y nuestra renta de correos permanece sorda al movimiento y al progreso del mundo. El correo, en otros países, no sólo ha bajado el porte de la correspondencia á ínfimo precio, sino que este *servicio nacional* se constituye portador de todo género de objetos, que no pasen de cierto tamaño. En los Estados Unidos el porte de una carta sencilla es el de tres centavos, sea cual fuere la distancia que recorra en el interior del país: dos centavos en el interior de una ciudad, y un centavo el

valor de una carta postal para el interior de la ciudad y del país. Las cartas para el exterior pagan sólo cinco centavos. Fijar un solo tipo para el porte, tiene la ventaja de simplificar las operaciones de la administración, y de hacer más práctico el avalúo de las cartas, supuesto que el público es el encargado de hacerlo. La venta de estampillas es libre, y sirven de papel moneda para la trasmisión ó envío de pequeñas sumas. Un sólo tipo de estampillas sirve en toda la Unión, sin distinción de Estados y sin más sellos ni contraseñas particulares. Las administraciones de correos de las grandes capitales están dispuestas de tal manera, que el público ayuda á la distribución de las cartas, por lo menos, en sus grandes subdivisiones, estableciendo cuatro buzones, uno para cada uno de los cuatro vientos cardinales; otro para correspondencia para el exterior, y otro para impresos. En la nueva casa de correos de New York hay tantos buzones como Estados tiene la Unión. A más de estos buzones hay repartidos en

la ciudad, en los sitios más frecuentados, buzones públicos, que consisten en una caja de fierro capaz de resistir la intemperie, fija en el poste de uno de los faroles del alumbrado. Estas mismas cajas de fierro se encuentran en el despacho de los grandes hoteles y en todo lugar muy frecuentado, como boticas, etc. En estas cajas ó buzones se deposita indistintamente todo género de correspondencia para el interior y el exterior, y los carteros la recojen tres veces al día. Ese país, eminentemente práctico, ha comprendido la inmensa trascendencia de la facilidad en las comunicaciones, y entiende por facilidad en las comunicaciones, no sólo el ferrocarril y el telégrafo, sino la correspondencia escrita que dá orígen á incalculable número de transacciones y negocios: guiado por este espíritu de progreso, ha realizado de una manera admirable la facilidad absoluta de comunicaciones por medio del sistema más sencillo que pueda imaginarse. La venta libre de estampillas, de las que es uso y costumbre general en aquel

país estar siempre provisto, pone á cada cual en aptitud de escribir una carta en cualquier sitio ó lugar; la multiplicación de los buzones evita al público el molesto y cansado viaje á la administración central; las cartas postales, cuya emisión aumenta por millones anualmente, son el recado, la cita, el pedido á algún almacén, la respuesta pendiente, la felicitación, los días, el recuerdo, son, en fin, un mandadero universal que se lleva en la bolsa y se deposita en el farol más próximo, y ese mandadero que no se equivoca, ni flojea en el camino, atraviesa la ciudad, el pueblo, el Estado ó todo el territorio, por un centavo. De esta facilidad de comunicación resulta un número incalculable de transacciones y estrecha sin cesar los vínculos sociales y mercantiles; y aquellos cincuenta millones de habitantes están siempre al habla porque el gobierno, de una manera paternal y sábia, los tiene siempre unidos por medio de un sistema postal perfectísimo y á la altura de la civilización de nuestro siglo. Y no para aquí el beneficio al

público. Aún parecía poco al gobierno este servicio y permite que el público no sólo envíe sus cartas por el correo, sino sus pequeños objetos. Por medio de un porte bajísimo, en relación con el de la correspondencia, se envía en todo el país y se admite en todas las administraciones de correos, pequeños bultos cerrados, no importa que contengan, tanto que se suele enviar por este conducto hasta animales vivos. Para formarse una idea del movimiento en materia de objetos, baste decir que la administración general de correos en Washingtón, anunció al público en 1880 por medio de un catálogo impreso en forma de folleto, un remate de *ocho mil lotes*, compuestos de objetos enviados y que por error en la dirección, ó por otras causas no habían sido entregados ni reclamados. ¿Cuál habría sido hasta entonces el número de objetos enviados, cuando sólo el de los nó reclamados ascendían á una suma capaz de formar ocho mil lotes? El correo además de prestar estos servicios, no ha olvidado las pequeñas

transacciones y cambios de dinero, y hay en cada administración de correos un departamento que se llama de *órdenes de dinero,* en donde el público lleva cantidades desde un peso hasta 25 para ser cambiados por una órden postal, con un pequeñísimo premio de situación, de un solo tipo sea cual fuere la distancia. Estas oficinas practican muchos centenares de operaciones al cabo del día, por medió de planillas que el mismo interesado llena, y están en blanco á discrección del público, y por medio de libros talonarios de comprobación. En resúmen, una persona en los Estados Unidos está en aptitud de escribir, franquear y enviar una carta ó recado escrito en cualquier lugar donde se encuentre y á cualquiera hora del día y de la noche, supuesto que los buzones no se cierran nunca.

Puede enviar cinco pesos lo mismo que un par de botines de uno al otro extremo del país, puede comprar un objeto en un almacén que está en otra ciudad ó á quinientas leguas de distancia, sin más molestia que

pedirlo, recibirlo y pagarlo por medio del correo. Puede un comerciante distribuir un millar de circulares en todo el país por sólo el gasto de diez pesos, papel y porte inclusive, puede por medio de las mismas cartas postales, dirigirse á doce personas á la vez para hacer doce preguntas, ó doce encargos, y recibir todas las contestaciones en su domicilio, todo por doce centavos. Hay más todavía, en las ciudades muy populosas, como Nueva York, la administración de correos tiene oficinas sucursales repartidas en la ciudad que practican todas las operaciones de la principal, inclusa la certificación de cartas, que no cuestan más que diez centavos, sea cual fuere el volúmen del paquete enviado. Finalmente, la correspondencia es libre, y no materia de contrabando; de manera que si alguno tiene un bulto de correspondencia que pese muchas libras, puede enviarlo adonde guste por el *express*, por la octava parte del costo que importaría por el correo.

***

Ya ves todo eso querido Pepe? Pues vas á ver ahora lo que nos pasa á los mexicanos en materia tan trascendental como es la correspondencia. Si vives en los Estados Unidos y tienes un círculo de relaciones que te obliguen á escribir ocho cartas en un mes gastarás sólo 24 centavos; pero si en San Luís Potosí te sientes en el mismo grado de sociabilidad y escribes las mismas ocho cartas, te costarán dos pesos; y cuida de escribir en papel delgado, so pena de que una fracción de adarme en cada carta haga subir á cuatro pesos el porte de las mismas. Ya convendrás en que nuestra sociabilidad y hasta nuestras afecciones más íntimas, merced al sistema colonial de correos que nos rije, están en razón inversa de nuestros intereses pecuniarios. De aquí nace que no se escriban más que los comerciantes ni se traten por escrito más que negocios de cierta importancia.

Cuando te escribo una carta, no de estas que te llegan en las columnas de la *Libertad,* sinó de esas otras privadas que suelo

escribirte de cuando en cuando, me pasa qué al acabar de escribirte, y ya rotulada mi carta, quedan en pié una porción de hilos que atar, y son: la carta, el peso, el sello, la peseta, el criado, la distancia al correo y el empleado respectivo. Me ocurre pues, de puro malicioso que soy, que pongo á mi enviado en aptitud de convertir uno de sus bolsillos en buzón y el otro en alcancía. Yo tengo mucha confianza en mi enviado; pero este es un consuelo puramente teórico. Supongo que mi enviado llega al correo y que entrega carta y peseta y..... y yo tengo muy buena idea de los empleados de correos, y por lo tanto, debo suponer que mi mensajero y el empleado son igualmente íntegros, leales y honrados. Pero todo este cúmulo de suposiciones, benévolas las unas, y maliciosas las otras, tienen un valor puramente abstracto, y la idea de que mi carta no llegue á tus manos, me decide á emprender la jornada á la administración de correos, para tener la evidencia de que mi carta queda sellada y en el cepo de la distribución.

Llego al correo, y agrupados á la reja están un cargador, con todo y mecapal, difundiendo aldeida; una cocinera con todo y canasta, oliendo á grasa y á cebolla; una de *esas señoras* oliendo á patchuly; un dependiente de casa de comercio; un pobre señor que no vé bien; un muchacho que mete la cabeza enmarañada por entre el grupo, y D. Vicente García Torres, que incansable y perseverante vá en busca de noticias verbales para el *Monitor*. Bien sahumado por el grupo aquél, llego por fin al boquete: el empleado recibe mi carta, lee el sobre, la pesa en la balanza, duda, la vuelve á pesar, el fiel vacila, y por analogía el empleado vacila entre dos y cuatro reales, el fiel triunfa, la balanza se pone en reposo. Dos reales, exclama el empleado, doy un peso, no tiene vuelto.

—¿Qué, no tiene V. suelto? Me pregunta con mucha amabilidad.

—No, no señor, le contesto con toda la que puedo.

Y luego busca, y tropieza con monedas

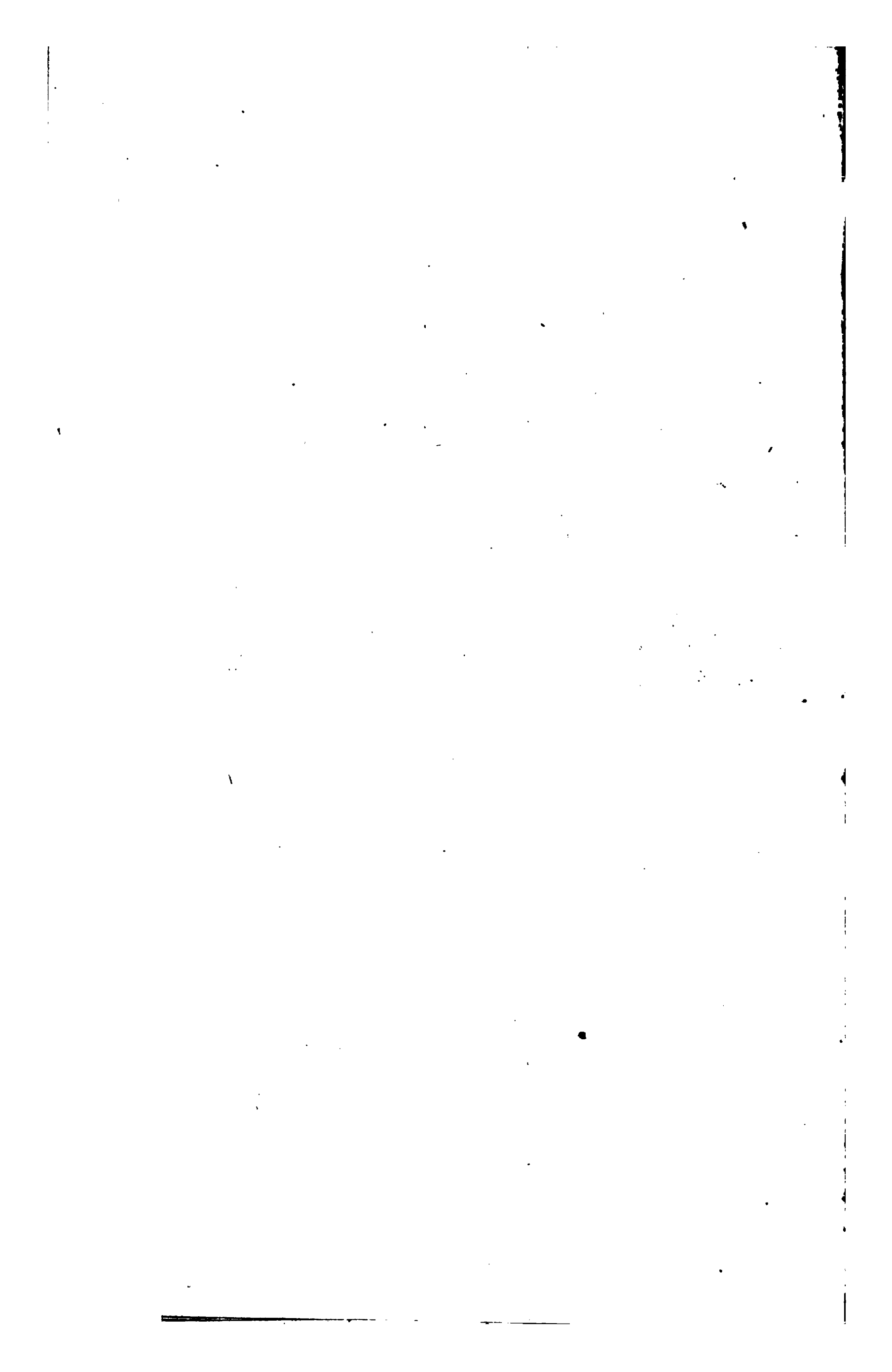
decimales, centavos de cobre y medios lisos: cuenta y combina todo aquello y me devuelve seis reales que constituyen una colección numismática. Pero mi carta ahí está sin sello todavía, la dirijo una mirada, y dos, y nada, no hay quien la selle, porque el empleado encargado de la saliva, la está gastando en hablar con otro. Me aparto un poco para dejar á otros el lugar y casi adivino que por fin el encargado de la saliva selló mi carta. Entre tanto el grupo ha aumentado detrás de mí, ya hay más cocineras y más cargadores, y frotándome las canastas y aseando con mi levita rebozos y frazadas, salgo del correo..... conociendo lo mucho que te quiero y decidido á escribirte por conducto de la *Libertad*, mientras cambian las cosas.

Tuyo,

FACUNDO.




DESPUES DE MUERTOS





DESPUÉS DE MUERTOS

ESTE es un retruécano que se usa á fines de Octubre, cuando se aplaza algo para el 3 de Noviembre en adelante. Esta es la bromita con que empieza la conmemoración de los difuntos. Nosotros tomamos la frase tal como corre para ponerla como título de este artículo, no escrito con anticipación, sino después de muertos.....

Desde los salvajes hasta los más civilizados, todos los pueblos han dividido sus públi-

cas ceremonias en dos categorías: los regocijos y las pompas fúnebres. Qué mucho que así haya sido desde la más remota antigüedad cuando esas son las dos fases de la vida humana: se goza y se padece alternativamente; se ríe y se llora, se nace y se muere. Por estos dos caminos hemos llegado á dividirnos los humanos en dos secciones; los muertos y los dólientes, y á habitar en dos ciudades: en las ciudades silenciosas que se llaman cementerios ó en las ciudades alegres donde lloran y ríen los que sobreviven.

Apenas hay horas más negras en nuestra vida que aquéllas en que hemos llorado la pérdida de un sér querido; y apénas hay una idea más pavorosa que la de nuestro fin irremediable.

Ante el gran misterio de la muerte se anonada la razón humana y las manifestaciones del duelo han llegado á tomar formas más ó menos extravagantes; pero en el fondo de todas ellas está siempre el dolor. Estaba reservado á México el convertir la pompa fúnebre en regocijo; estaba reservado

á este país de anomalías y contradicciones, llevar hasta lo sublime el decantado y oprobioso velorio de la gente inculta y supersticiosa.

Se comprende fácilmente que el indio y el mestizo inculto se crean en el deber ineludible de comprar el día de muertos los bizcochos más malos quc se fabrican en todo el año, y las flores más feas y de peor aroma que produce la tierra, el zempatxochil, para poner la ofrenda, acompañada de velas de cera y de fumigaciones de incienso. Esta costumbre es casi un rito, y bajo el punto de vista alegórico, es no sólo disculpable, sinó que encierra como una idea mal expresada de la inmortalidad, supuesto que el comer, la primera idea del sér viviente y el precio de la vida, se le ofrece al muerto.

Un indio taciturno y callado delante de un montón de zempatxochil, delante de bizcochos azucarados que respeta, y á la luz de dos velas de cera y envuelto en la nube del incienso, es un doliente respetable, es

un egipcio del tiempo de Sesostris, en América, que está probando que el camino del progreso es más largo de lo que parece á primera vista.

Pero que lo más granado de la sociedad de México, en unión de lo más abyecto de las masas populares, celebren la conmemoración de los fieles difuntos, con gritos y vendimias, con la música de Zapadores y con Fulcheri y Bejarano, tiene para nosotros en el fondo una significación altamente desconsoladora en el orden moral. Y no se nos quiera hacer creer que esta sociedad se divorció de la iglesia católica desde la reforma, y que en el día de muertos no se sujeta á las prácticas y ritos de la conmemoración, sinó que va al Zócalo porque le dá la gana; no señor. La gente se viste de negro en la mañana, llora en el panteón en la tarde, y coquetea en la noche vestida de color de rosa. ¿Es que el sentimiento, y el duelo, y el recuerdo tristísimo de los que amamos y murieron es también mentira? No lo sabemos; pero lo cierto es que la ac-

tual costumbre nos lleva á cada quien á pensar de esta manera:

«Cuando yo muera, me llorarán con seriedad los míos hasta Noviembre; y en el día consagrado por la Iglesia al recuerdo de los muertos, mi mujer y mis hijos, mis amigos y mis deudos, serán los actores de una fiesta inventada para burlarse de los muertos. Vestidos de colores relucientes se pasearán al són del can-can dentro de una gran barraca, y cenarán opíparamente para ahogar en champagne el último vislumbre de tristeza por mi irreparable pérdida.»

Esta idea terrible que haría estremecer á las piedras si pudiera hacerles comprender que habían de morir, se torna en mogiganga; y del cráneo y de la tumba se hacen juguetes para los niños, para que más tarde puedan celebrar á carcajadas la muerte de su padre en la barraca de Bejarano.

¿Ó será que en lo que llamamos fiestas de Noviembre, lo de los muertos es lo de menos, y de lo que se trata es del aniversario de todos los santos? Tengo para mí que

el divorcio de la Iglesia y el Estado comenzó precisamente por el desprestigio en que habían ido cayendo los santos para una mayoría considerable de nuestra sociedad. No satisface mis dudas el imaginarme que la gente se entusiasma con ese recuerdo tan excepcionalmente católico.

¿Es acaso el doloroso recuerdo del padre, de la madre, del hermano, del hijo muertos, el que consume esas toneladas de cacahuates y de golosinas? Fisiológicamente los grandes dolores están en oposición con el apetito. ¿Qué le sucede entonces á este dolor tan legítimo y tan serio, que se regodea de gusto el 2 de Noviembre, y no sólo se regodea de gusto, sinó que se vuelve glotón en demasía?

El dolor es lógico; se exhala en lágrimas y en sollozos y en suspiros. No hay en nuestro admirable organismo ni otros jugos ni otros fenómenos nerviosos para expresarlo. Pero el dolor de que se trata, ese dolor que dice la gente, el dolor anual de fecha fija, es un dolor extrictamente beja-

ranesco, abigarrado y goloso, y discurre poco más ó menos de esta manera: «¿Conmemoramos á nuestra madre muerta?» pues hartémonos; propinémonos hoy una ración extraordinaria de golosinas indigestas, y que haya mucha música y muchas diversiones. Y cada familia se prepara á las fiestas, con la intervención más ó menos directa del agiotista, acopiando los artículos heterogéneos que constan en esta lista que nos encontramos en el Zócalo:

25 varas de raso maravilloso color de yema de huevo y 20 varas de encaje de á medio la vara, para Virginia.

Crema de bismuto, cascarilla de la Habana, etc.

80 varas de raso color de rosa, para la mamá, zapatos del mismo color y medias de seda.

Gorros para las muchachas y botines abronzados lo más pespunteados posible para toda la familia.

Una corona de á diez pesos para la tumba de mi padrino el general.

Un ramo de flores para la pobre de mi tía Charo.

Velas y candeleros para la tumba de la familia en Dolores y gratificación al criado que los cuide para que no se los roben.

Tres velo-mantillas.

Á la cocinera para mole verde.

Suscrición para pasar las tablas que separan el paseo público del erario de Bejarano.

Cena sobre el Zócalo.»

De esta manera y de aberración en aberración, México presenta en estos días á los ojos del filósofo y del extranjero un aspecto *sui generis*, enteramente nuestro, y que sugiere, por desgracia, no muy favorables calificaciones respecto á nuestra cultura.

El pueblo se aglomera en la plaza principal de la capital de la República para convertirla, con el beneplácito social y municipal, en *tianguis* de pueblo. Improvisa barracas, con detrimento de la educación y de la decencia, con las sábanas de la cama. Se echa en el suelo y pernocta sobre las piedras; coloca sus frutas y sus golosinas sobre

la basura, é improvisa figones y hace lumbradas y se desgañita pregonando. Son los restos de la barbarie que vienen á sentar sus reales en el corazón de la ciudad para celebrar el gran velorio como lo ha estado haciendo hace tres siglos; pero se encuentra un grupo, relativamente corto, de gente culta, que se viste con raso color de yema de huevo y con casimir francés, que usa plumas de avestrúz y tacones altos. El raso amarillo y las sábanas y petates de las barracas; las plumas de avestrúz y de marabú y los sombreros de petate; el casimir francés y la manta del país, ó sean los paños menores en que vive nuestro pueblo, hacen un mal consorcio en la apariencia y protestan por el contacto. Los trajes difieren esencialmente; pero no así el sentimiento por los muertos.

El raso amarillo come trufas y la frazada cacahuetes; pero raso y frazada comen doble esos días en honra y gloria de los muertos, que ya no comen. La barbarie y el refinamiento están de acuerdo en el modo de

sentir, experimentan el mismo dolor, el mismo regocijo y el mismo apetito; pero les disgusta juntarse, rozarse. El raso amarillo teme la pelusilla que se desprende de la manta, de la frazada y del rebozo. La Kananga del Japón debe separarse y pisar en otro círculo libre de la aldeida y del olor á juiles. Qué hacer entonces? llorar es preciso, divertirse es preciso, el raso maravilloso es indispensable, el aniversario se acerca. De esta emergencia brota un genio salvador como en todas las situaciones difíciles; nace Bejarano, y propone poner unas tablas para hacer un redondel que divida el raso amarillo de la manta de á real. ¡Buena idea! grita el raso amarillo. (Bejarano agrega) Este redondel será mío por unos cuantos días.

—Excelente gritan las plumas de avestrúz.

—Pero..... sigue diciendo Bejarano, para pasar á mi barraca se pagarán cuatro pesos.

—Y qué? dice desdeñosamente el raso amarillo ¿no vé V. que todos somos ricos?

Casi todos somos agiotistas.—Satisfecho Bejarano con la respuesta, persuade al ayuntamiento, que de por sí es tan fácil de persuadirse, á que le preste el Zócalo y el ayuntamiento se lo presta. Fulcheri lleva el equivalente de los cacahuates al Zócalo, y guarda sus comestibles en pequeños garitones, de donde salen en la noche como del sombrero maravilloso de Harman, á precios de muerto.

México elegante, emprende un movimiento de trilla que dure cuatro horas, durante el cual cada quien se ha dado cuenta del raso de las otras, y queda persuadido de la utilidad de las prendas de todas clases, de que por cuatro pesos oyó la misma música que de ordinario oye de valde y de que cenó caro por final de cuentas.

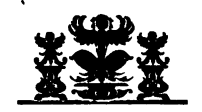
Y los muertos? No tienen novedad, muchas gracias. Qué más pueden exigir esos pobres cadáveres que su corona de á diez pesos, y sus velas de cera y sus flores. Se les ha puesto su ofrenda pero no han que-

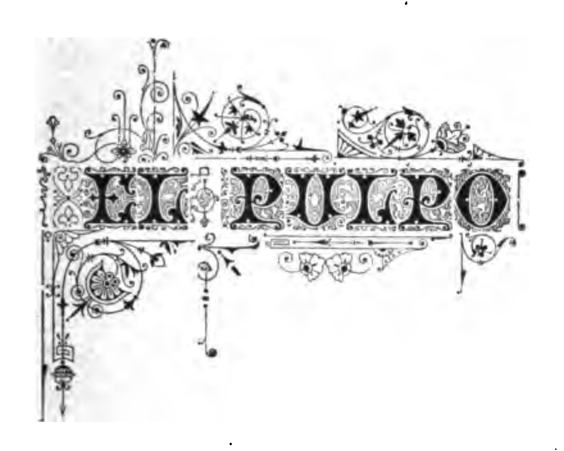
rido comérsela. Será porque no tienen apetito y ellos saben su cuento.

Y los dolientes? Todos ellos han perdido uno ó muchos seres queridos, todos han llorado y tienen las llagas abiertas, las heridas mal cicatrizadas, y con ellas aún sangrando, se presentan en el día solemne del recuerdo, en el día oficial, en el día de la Iglesia, á inscribirse voluntariamente ¿en el registro de los que rezan y los que lloran? nó: á suscribirse en el redondel de Bejarano y al *menu* de Fulcheri.

Y el sentimiento, y el pesar, y el duelo? Irán pasando todas estas flores del alma á la categoría de zempatxochil que es la más ordinaria y fea de las flores? ¿El lujo y los placeres habrán acabado de robar al alma de esta generación el espiritualismo y la moral, la gratitud y el recuerdo, la sensibilidad y la lógica? No lo sabemos, pero es desgarrador pensar en que hay algo más triste que la muerte. La alegría y la indiferencia de los vivos. De todos modos ya tenemos un dato para no hacernos ilusiones

respecto al porvenir porque después de muertos no sólo nos espera la tumba con todos sus honores, sinó el redondel de Bejarano.




EL PULPO

EL PULPO

Desde las más pequeñas dificultades hasta la mayor de las vicisitudes en que el hombre llega á encontrarse en esta vida, fluctúa, sin conocerlo las más veces, entre estos dos extremos; la lógica incontrovertible de los hechos, y los dislates sugeridos por el error, por la rutina ó por el fanatismo.

Si el hombre no tuviera por norma de

sus actos sinó la razón, la lógica y el juicio con exclusión de toda tendencia á lo imposible y á lo sobrenatural, sería más dueño de sí mismo, y podría prevenir la mayor parte de sus desgracias.

Vivir para el futuro, prever, prevenir y regular los actos del presente con relación al porvenir, parece ser el destino del sér pensador; y esto es precisamente lo que menos suele hacer la criatura privilegiada; es esta la cuestión más difícil de resolverse, y de cuya insolubilidad nacen desde las revoluciones, y los trastornos públicos, y el pauperismo, y la degeneración de las sociedades, hasta las pequeñas visicitudes y las miserias ignoradas.

El sacrificio parece ser una sentencia irrevocable y la condición ineludible de la existencia humana. La sabiduría infinita ha querido que la criatura pensadora no olvide nunca su destino póstumo, y para que no lo olvide, ordenó que la lógica de los hechos exija al hombre por medio de las enfermedades, de la miseria, de la deshonra y de

la muerte, que viva haciendo sacrificios en el presente para alcanzar el porvenir.

De esta sabia ley han nacido las que llamamos virtudes, y que no son sinó sacrificios del presente para prevenir los males del futuro. Así nace el sacrificio que se llama higiene, para prevenir la enfermedad. Así nace el sacrificio que se llama honor, para prevenir la deshonra y así nace el sacrificio que se llama economía, para prevenir la miseria.

Y este último de los sacrificios que mencionamos es el punto objetivo de nuestras habladurías de hoy. Y es el punto objetivo, por la trascedentalísima importancia que tiene esta virtud, este sacrificio, esta llave maestra que se llama economía en el modo de ser, en el modo de sentir, en el modo de pensar y en el destino de nuestra sociedad actual.

Esta intuición del sacrificio nace con los primeros pobladores del mundo que sacrifican víctimas al sol por prevenir los males del futuro; inspira á todas las teogonías

para imponer las privaciones, las abluciones, las oraciones, los sacrificios, las humillaciones y la penitencia. Y esta intuición del sacrificio se gasta en el uso, se rebaja con la superficialidad, se corrompe con el lujo, y se pierde por fin por el descrecimiento y por la depravación de las costumbres.

El fetichismo azteca y el salero español engendran al mexicano que alardea de despilfarrado, que suelta el hilo de esa virtud necesarísima que se llama economía, y que se exhibe ante la civilización del mundo en toda su idiosincracia, gastando en un día el haber de un mes. Y para que este tipo moral tenga estéticamente el traje que corresponde á esa falta de sentido práctico, se presenta casi en paños menores y con sombrero bordado de oro.

Para resolver el problema de que restando cuatro de cinco sobra sólo uno, que no alcanza, recurre á la luminosa idea de encomendarse á María Santísima de Guadalupe, quien no se digna, por supuesto, introducir desórden alguno en la verdad matemática,

por mucha que sea la necesidad del demandante. Y de esta falta de aritmética y de esta indiferencia de la Virgen en el asunto, y de esta falta de lógica y de la necesidad que apremia, nace el engendro más ignominioso de las edades, que en la forma de un pulpo colosal, pero invisible, ha clavado ya todos sus tentáculos, en forma de bombas absorventes, en los cimientos de nuestra enferma sociedad, que pierde los glóbulos rojos de su sangre con las caricias de la letrina, y el patrimonio de la prole, y la paz doméstica, y el derecho á la prosperidad, porque todos estos bienes, en la forma de un tanto por ciento, los destina voluntariamente á la nutrición y engrandecimiento del pulpo que acabará por devorarla.

El pulpo monstruoso se ha arrastrado hasta los bordes de la arca nacional, husmeando los treinta millones de pesos que no puede agotar de un sorbo.

Multiplica sus tentáculos prodigiosamente de manera de clavar uno en cada familia. Y no haya esperanza de que suelte, porque

todo el mundo conoce el poder fatal, persistente y destructor de esas ventosas. Escupe la primera gota de su propia sangre (para que pegue la ventosa) en la forma de cincuenta pesos, y ya una vez adherido el tentáculo, queda establecida para siempre una corriente contínua, que, saliendo del tesoro nacional, en forma de quincena, y pasando por fórmula y por unos cuantos minutos, en forma de tormento, á las manos del empleado, sigue su curso natural por el tentáculo hasta el gigantesco vientre del pulpo que jamás revienta de repleto.

Este mónstruo no se compone exclusivamente del elemento conocido con el nombre de *agiotistas:* su poder consiste precisamente en la diversidad de sus órganos. Examinémosle.

Entra primero el grupo de los prestamistas de profesión, de aquéllos á quienes la suerte ha favorecido con un capital, esquivo átoda empresa de utilidad general. Esos buenos señores son los náufragos de la miseria pública, salvados en una tabla, sobre

la cual flotan sonriendo con una sonrisa biliosa. Han tenido que sacarse las entrañas y arrojarlas al mar de la tribulación, para deshacerse de ese lastre inútil y flotar mejor. Pero les ha quedado el zurrón intacto, relleno de pagarés saturados de jabón arsenical, como la paja de los pájaros disecados. Llevan una ley en la mano y unos cuantos tinterillos y empleados de juzgado en los bolsillos del chaleco, y vogan, vogan generalmente con viento bonancible.

Este grupo forma parte del cerebro del pulpo. . .

Sigue otro grupo numeroso y alegre como Manolito Gasquez, importado de la península ibérica para hacer fortuna en Indias. Esta es una familia perezosa pero astuta como las arañas: tiende sus hilos detrás de un mostrador y aguarda las moscas. Estas caen en forma de rebozos, enaguas, frazadas, pistolas, sillas de montar, bandolones, relojes y alhajas antiguas. La araña española almacena las tres cuartas partes del equipo de la gente menesterosa de la capi-

tal, cuyo modo de vivir es y ha sido siempre adquirir para empeñar y empeñar para adquirir. Empeñar es en lo general para esa gente, no una emergencia, sinó una costumbre inveterada, costumbre que forma un ramo de especulación en México en que se versan algunos millones de prendas de poco valor nominal, pero que representan el hambre, la miseria, el despilfarro, el vicio, el trabajo y el sudor del pueblo desvalido, de cuyos extraños ingredientes se escurre un 12 por 100 en metálico para el vientre del pulpo. Y las arañas engordan enseñando sus mofletes entre el abigarrado conjunto de bandolones y baquerillos, catres de fierro y baratijas del empeño, durante catorce horas diariamente, hasta en días festivos, con la constancia y la paciencia del insecto cazador de moscas.

Con sólo estos dos grupos el pulpo ha logrado clavar dos haces complicados de tentáculos: uno desde la cámara de diputados y todas las oficinas de la nación, viviendas de casas de vecindad, y otro que parte del

Colegio de Niñas y calles del Coliseo y serpentea por los barrios de los cuatro vientos.

El pulpo tiene todavía más tentáculos clavados sobre esta sociedad, que se estenúa y lucha con el mónstruo del agio para vivir, dejándose chupar la sangre en cambio del pan de cada día. Entra aquí el Nacional Monte de Piedad. Este haz de tentáculos, tiene sus pretensiones en diverso sentido. El agiotista suele decirse, *in peto:* robo; pero robo con la ley en la mano. El Monte dice: socorro en nombre de la filantropía, antes me llamaba Sacro y Nacional Monte de Piedad de Ánimas. Es cierto que también cojo moscas como los empeñeros; pero no las lastimo, ni las mato, ni me las como. Además, les guardo sus coches y sus pianos y sus brillantes á los ricos, y soy, por más de un motivo, filántropo, caritativo, benéfico y casi respetable. De manera que estos tentáculos del pulpo que se han ensanchado desde el Empedradillo hasta San Hipólito y San Pedro y San Pablo, merecerán cuando más el calificativo de *tentáculos decentes*

que no chupan con tanta tosquedad como otros, pero chupan su tanto por ciento sobre el insuficiente haber individual, que, á pesar de ser insuficiente, ceba y mantiene al pulpo.

Este animal insaciable, no contento con clavar tres haces de tentáculos que envuelven ya casi por completo á la masa menesterosa, tienden todavía otras ventosas en forma de loterías de billetes, y de loterías de cartones; y finalmente las últimas en forma de ruletas y de partidas de albures.

Pero agiotistas, empeñeros, loterías, Monte de Piedad y albures, son cosas todas que satisfacen esta exijencia: adquirir dinero por caminos que no sean la remuneración legítima del trabajo ó el rédito legítimo del propio patrimonio. ¿A qué precio? Al precio de una parte de la remuneración legítima del trabajo, ó de una parte del rédito legítimo del propio capital.

Estas instituciones, ó estas cosas, como las hemos llamado, gozan de una prosperidad, un auge y una preponderancia que no

pueden ocultarse. Esta prosperidad está naturalmente en razón directa de la disminución del haber personal; de manera que, el capital acumulado por la usura, en todas y cada una de sus anteriores formas, está compuesto del desmoronamiento y la ruina del capital privado; y el capital privado, por una de esas anomalías irremediables que dependen de la organización social y de la educación de las masas, recurre al ilógico arbitrio de dilapidarse en aras de la usura, por vía de remedio de su insuficiencia.

Por medio de un cálculo matemático muy sencillo, y en virtud de las proporciones que en México ha llegado á tomar el pulpo de la usura, se puede asegurar que el destino del capital privado es parar en manos del agio; que á medida que éste se engrandezca, la masa social menesterosa irá caminando á la miseria; que el trabajo asalariado irá siendo cada día más insuficiente para proporcionar el bienestar á las familias de las clases media é ínfima; que los recursos en-

gañosos y funestos á que la imaginación calenturienta de los necesitados recurre, como son la lotería y el juego, tendrán más y más prosélitos, pasando de una á otra pendiente más resbaladiza, hasta desaparecer en la miseria, dejando como herencia una prole raquítica, enfermiza, descuidada; nutrida en la desolación de un hogar entristecido por las calamidades domésticas con el hambre, las necesidades, la usura, la lotería, el juego y hasta la embriaguez por escuela y por ejemplo. Y á esta prole habrá de entregársele la herencia patria, la nave del Estado, la instrucción pública, la administración, el porvenir de México.

El monstruoso pulpo, no obstante su misión destructora, no es por eso responsable de la situación, como no es responsable el puñal del homicidio que se perpetra. El pulpo marino habita en el fondo del mar, porque ese es su elemento: el pulpo de la usura nace también en el mar de la disolución social, porque ese es su elemento. Cuando una sociedad bien educada discurre

y economiza, el pulpo de la usura se enflaquece y muere de inanición. Entonces el haber privado puede llegar á capital por medio de la economía, y tiende á aumentarse por sí mismo, apropiándose el ahorro como fomento, y el premio del monto por el valor del tiempo. Así del trabajo salen el precio de la vida y el ahorro; con el precio de la vida, la necesidad satisfecha, la conciencia tranquila, la aptitud dispuesta y la aspiración creciente: con el ahorro, la progresión creciente del capital que se forma.

Pero cuando una sociedad, como la nuestra, está educada en el despilfarro y el mal ejemplo; cuando se hace alarde de que el carácter nacional tiene como perfil distintivo la disipación; cuando ni el buen ejemplo de los extranjeros que se enriquecen en México, nos induce á reflexionar en las ventajas de la economía; cuando cada padre de familia, lejos de inculcar en la prole esta inapreciable virtud que nunca ha tenido, enseña á sus hijos á derrochar una hacien-

da, cuyo valor nunca comprenden; cuando los pasos que se le hacen dar al niño en su primera educación, son ponerle en la mano una moneda para que la gaste, y formar de este obsequio, tan candorosamente paternal como trascendentalmente funesto, primero, una costumbre, y luego una necesidad; cuando los mexicanos, en fin, hemos venido así al mundo, de generación en generación, ¿qué mucho que se críe enmedio de esta sociedad desquiciada y hambrienta, el pulpo de la usura en tan gigantescas proporciones? Y decimos en tan gigantescas proporciones, porque no hay una sola ciudad en el mundo que, en proporción al número de sus habitantes, mantenga y reproduzca un número, siquiera parecido al de las transacciones diarias de usura que se verifican en esta capital.

Así como no anatematizamos el monstruoso pulpo, porque sea un engendro del despilfarro, ni nominalmente al agiotista, que hace dimisión voluntaria de todo sentimiento noble y de toda piedad, puesto que

tal sacrificio es la tonsura de su profesión, de la misma manera no condenamos de una manera absoluta el recurso de la usura, en términos hábiles y siempre que entren en la combinación financiera los términos equivalentes de una verdadera compensación; y por términos equivalentes entendemos el valor del tiempo; pero esto como emergencia y no como sistema.

Todo indivíduo, cabeza de familia, que pone el pié en la pendiente resbaladiza de la usura, debe comprender que, tomado por uno de los tentáculos del pulpo, habrá de sèr suyo para siempre á menos que un milagro lo salve.

No está ciertamente el bienestar social en la capital en proporción de la riqueza pública. Esta brilla en las manos de un grupo que se forma de los ricos independientes y del pulpo. El resto es de víctimas, y como éstas están en mayoría considerable, imprimen á nuestro comercio y á nuestras diversiones un tipo especial, y que se explica, así para los pedidos á Europa para la im-

portación, como para la venta, en estas palabras: «malo pero barato.» Esta tendencia explica el gran expendio de los géneros de á real y la concurrencia á los títeres y á las tandas; explica la ausencia de los guantes, las apariencias engañosas de tantas familias vestidas á la europea, en el Zócalo, y saliendo de desmanteladas y miserables habitaciones; y esto explica también el prematuro acabamiento de los individuos, esa vejez temprana que se desploma sobre los padres de familia, ese raquitismo de la prole menuda, esa clorósis que se difunde en el sexo débil, desde sus tiernos años, ese exíguo desarrollo físico de nuestra juventud, que se atrofia, se *enaniza* y se hace más diminuta y enclenque cada día.

Esta es la obra del pulpo, que relame el borde de la cazuela en que come el pobre y amengua la ración; que sisa en la cocina de los empleados la buena carne, la leche, el vino y todos los alimentos caros; que recorta, desmenuza y hace ilusorias las quincenas; que engendra ese malestar intermi-

nable que busca solaz en la cantina y en el garito; que divide y aisla á las familias y rompe todos los lazos de la sociabilidad; que enerva las fuerzas vitales, con detrimento del vigor mental, y que hace de cada indivíduo, cogido por un tentáculo, un Sísifo social, que lucha con una imposibilidad, ó un misántropo que arrastra una vida que le pesa y soporta responsabilidades que no puede cubrir y deberes que no puede llenar. El padre de familia que pertenece á esta masa de víctimas, aparece en los espectáculos gratis y en las diversiones baratas, echando una mirada triste y elocuente á las plumas de avestrúz con que engalana á su familia, llevando las cifras del tanto por ciento entre las cejas y una sonrisa plástica en los lábios. Vá allí—dice él—por *las pobres criaturas*, cuya clorósis se realza con el polvo de arroz y el gorro francés.

Y el pulpo sigue chupando, con la tendencia manifiesta de acabar con el capital privado.

Pero la sociedad tiene todavía un recurso heróico para luchar con el mónstruo.

☞ Reformar radicalmente la educación, en el sentido de inculcar en los niños desde su primera edad, la noción, el sentimiento y el hábito de la más extricta economía doméstica, para establecer como tipo del carácter:

1.º El conocimiento del valor del tiempo.

2.º El conocimiento del valor del trabajo.

3.º El conocimiento del valor del dinero.

Así vendrá naturalmente el niño, sin esfuerzo, á practicar la economía y á conocer que la economía es

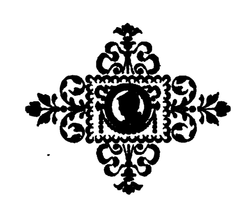
1.º El camino de la riqueza.

2.º El camino de la independencia individual.

Y la independencia individual que se conquista con el trabajo, con el tiempo y con el ahorro, constituye la dignidad personal, la aptitud personal y la aspiración

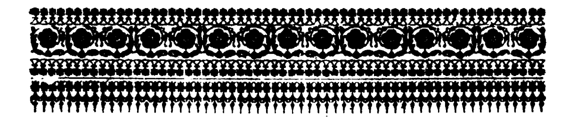
legítima al bienestar, fundada en medios prácticos, positivos y honrosos.

Este es el único medio que conduce, (matando al pulpo) al engrandecimiento de las sociedades.




LAS VICTIMAS DEL PULPO





LAS VÍCTIMAS DEL PULPO

Los lectores de la *Libertad* conocen al pulpo; quiere decir, el artículo que con este título se publicó el domingo anterior. Pero como ese artículo debe haber pasado desapercibido para algunos, debemos repetir aquí que el pulpo es un monstruo social, engendrado por la falta de sentido práctico, por la falta de economía doméstica y por las malas cos-

tumbres; que este monstruo está chupando, por medio de tentáculos, ó ventosas que se llaman agiotistas, prenderos, Montepío, loterías y albures, una cantidad considerable del haber individual, del jornal, del salario y del sueldo del empleado, para convertirla en la fortuna de unos cuantos, después de cubrir el largo presupuesto de la manutención de agiotistas, prenderos, empleados de lotería, del Monte de Piedad y sus sucursales, que prosperan á más y mejor, y alcanza todavía para soportar el gravamen y contribuciones impuestas á los empeños y al juego.

Este modo de vivir de nuestra sociedad presenta á los ojos del observador un cuadro nuestro tan característico y tan nacional, que merece una mirada escudriñadora. Las víctimas del pulpo son de dos clases, pasivas y rebeldes; las pasivas pagan sencillo, las rebeldes doble y sin tasa. Para verificar esta trasfusión tenemos la ley. Este tentáculo del pulpo entra, sólidamente colocado como cañería de fierro, al palacio de Justicia.

Así como en ninguna ciudad civilizada del mundo se verifica proporcionalmente un número semejante de transacciones de usura, de la misma manera ningún ramo judicial extranjero despacha, en proporción á otros asuntos, mayor número de juicios por deudas que los que se versan en ese hormiguero de tinterillos, coyotes, víctimas y verdugos que levanta diariamente un rumor de enjambre durante ocho horas diarias en el edificio de Cordobanes.

Las tres cuartas partes de los bichos de ese enjambre viven de la otra cuarta parte, que es de víctimas; quiere decir, hay una presa para cada tres hienas y la presa, por flaca que esté, tiene siempre huesos que roerle. De roer esto es de lo que viven muchos centenares de personas. Así se concibe como hay millones de insectos que viven de roer lana y madera ó de chupar sangre de seres vivientes. Este último modo de vivir es el más atentatorio que se conoce; la higiene lo condena y lo persigue pero el desaseo es propio del pobre y el pobre es

siempre el picado. No puede evitar el dar su sangre.

La ley, escrita exclusivamente con el objeto de administrar pronta, cumplida y cabal justicia, nació de la moral, de la probidad y del sano criterio, para bien de las gentes: la dictaron el sacerdote, el sabio, el patriarca y el padre de la tribu. Se encomendó al anciano que la promulgaba en nombre de la justicia santa, lleno de amor y de experiencia; y en la larga carrera del progreso la legislación ha sido en todas las naciones un magisterio solemne y la más grave materia de la administración públiea. Nosotros, á decir verdad, no les vamos en zaga á los más íntegros togados de todas las edades y legislamos de lo lindo, no se puede negar, porque en algunas de nuestras leyes no sólo se echa de ver la justicia, sinó hasta el entusiasmo. Es cierto que la ley debe ser fría, quiere decir, severa é imparcial, pero nosotros solemos agregarle en virtud de nuestro carácter esta otra calidad: *entusiasta*. Nuestra ley de imprenta, por

ejemplo, tenía ese defectillo. Los constituyentes no podían tener en 57 la calma fría del legislador ni el ánimo exento de pasioncillas políticas; se trataba de cambiar en sentido diametralmente opuesto el espíritu de la legislación y se hizo una ley que superó en liberalismo á la de los Estados Unidos, porque el entusiasmo dictaba en vez de una garantía un fuero. Hoy hemos vuelto sobre nuestros pasos, quedando á la altura del país modelo de las libertades y no hay más que pedir; no obstante que los restos del entusiasmo de 57 le llaman á este acto de buen juicio, mordaza y atentado.

La ley como todas las cosas humanas llega á un punto en el cual, por no sé qué destino adverso de las sociedades, comienza á descender por caminos tortuosos, desviándose del espíritu universal hasta degenerar en maniquí de las pasiones bastardas. En fuerza de manosear la ley conviértesela en una arma convencional, parecida á èsas navajas que constan de veinticuatro piezas y que sirven para mil cosas distintas, según

el caso. De manera que, entre el juicio salomónico y la escuela de uno de nuestros litigios hay ya la misma distancia que entre la justicia y la prestidigitación. No parece sinó que los delincuentes han escalado el capitolio, y en juego carnavalesco, usurpando las togas, han logrado dictarse algunas leyes bajo la pomposa invocación, por supuesto, de garantías individuales. Esta legislación tiene la ventaja de ser aplaudida como las buenas comedias de magia, por los sabios y por los ignorantes. Hoy jueces y reos tienen la satisfacción de aplaudir la ley con iguales derechos cada uno por la parte que le toca: leyes útiles como la estricnina que sirve para curar y para matar. La ley que condena el robo y el asesinato ha sido siempre aplaudida por la parte sana de la sociedad; el ladrón, el asesino quedaban del otro lado; había dos grupos: uno el de la sociedad protegida por la ley; otro el de los ladrones y asesinos condenados por ella: el primer grupo aplaudía, el segundo temblaba. Seguimos avanzando, nos ilustra-

mos, nos entusiasmamos con las garantías y la ley sale á pedir de boca: los dos grupos aplauden simultáneamente.

Progresamos y nos perfeccionamos más, y al legislador y al abogado agregamos una legión de entidades secundarias, de satélites que giran al rededor de los verdaderos astros, y la administración de justicia se reviste como los árboles de Jalapa de toda clase de orquídeas y musgos que ocultan casi el tronco. Hay además unos señores muy sabios que tienen el oficio de probar que la sangre es cochinilla, que el cuchillo no es un instrumento cortante, que no existe el crimen, que Chucho el Roto es un alma de Dios, y el Cristalito es un bienaventurado; y para blasonar de completa imparcialidad y para evitar que las elasticidades de la ley por un lado y la sabiduría contundente y prestidigitadora de los defensores por otra, vayan á volver lo negro blanco y lo blanco negro, metemos en el guisado unos cuantos talabarteros para que digan francamente lo que les parece de todo aquello;

de lo que resulta algunas veces, en honor de la verdad y como prueba de la imparcialidad de los jurados, que el robado fué el que robó al ladrón, y el muerto el que mató al asesino, que queda libre por el ministerio de la ley.

*
* *

Una señora rica salió de México olvidando pagar seis pesos á su lavandera.

La lavandera puso el grito en el cielo, ó mejor dicho en la casa de vecindad en que vivía. La vecindad, como era muy natural, se desató en desahogos de un carácter eminentemente comunista.

La diatriba *atepalcatada* de la plebe se daba gusto hiriendo á un rico por la espalda, y se ensañó de cuarto en cuarto hasta agotar sus fuerzas.

Asomó las narices por el corredor un señor narigón y grasiento de color cetrino y de mirada de cachetero. Poniendo una de sus garras en el barandal, contempló á la lavandera con una atención de chacal.

La lavandera que sintió, como todas las alimañas, el influjo de la fascinación levantó la cabeza.

—¡Ay señor don Pedrito de mi alma, usted me va á sacar de esta tribulación! y subió la escalera. Algunos vecinos la siguieron.

—Figúrese usted, don Pedrito, que esa rica á quien yo le lavaba sus trapos, se ha ido á la mala, pagándome con una madrugada.

—Así yo también arrastro coche, exclamó una vizca desgreñada que llevaba un tompeate de carbón en la mano.

—Yo que llego á la casa esta mañana á cobrar mis seis pesos, y me encuentro con que se habían ido por el tren. ¿Lo pasará usted á creer señor don Pedrito? No le basta á uno ser pobre y sabe Dios con cuánto trabajo se gana el dinero, sinó que una rota de estas entonadas se largue sin decir ahí quedan las llaves. Esto clama al cielo.

Don Pedrito lo vió abierto en aquel momento.

—Los ricos ¡hum! ¡los ricos! refunfuñó una espectadora rascándose la cabeza con el dedo pulgar.

—¿Qué sucedió? preguntó una vieja desde una ventanilla.

—¡Qué había de suceder, doña Pachita! contestó la planchadora; que las rotas del 8 le robaron seis pesos á doña Matiana.

—Ya se explica el lujo de *esas señoras*, dijo con marcada intención el zapatero.

Una carcajada general acojió el chiste.

—Esas señoras! esas señoras! gritaron dos muchachos.

A una señal del narigón la lavandera había entrado á la vivienda de éste y el grupo que se había formado en el corredor empezó á dispersarse.

Don Pedrito había tomado asiento. La mujer de don Pedrito había hecho sentar á Matiana. La luz empezaba á asomar las orejas sobre la empolvada mesa de don Pedrito y los seis pesos comenzaban á ser el germen, humedecido ya, de la semilla de un árbol gigantesco.

—Todo eso corre de mi cuenta doña Matiana, decía el hombre de la ley. Afortunadamente ha dado V. conmigo. Para mí no hay ricos, porque vea V., dijo cojiendo el *Monitor*, yo vivo con la ley en la mano.

—Sólo en V. confío, don Pedrito, y en su Divina Magestad, ¡seis pesos para una pobre! gruñó Matiana enjugándose una lágrima con el rebozo. Don Pedrito escribía mientras su mujer y la lavandera guardaban silencio.

Después, enseñando un papelito á Matiana, este es el recibo de los seis pesos que debe V. firmar, le dijo.

—No sé *escrebir*.

—No le hace, tome V. la pluma y haga una cruz.

—Pero si yo.....

—Ande V., dijo la mujer de don Pedrito, una cruz como quiera se hace.

—Le llevaré á V. la mano, dijo el narigón.

Y la mano de la lavandera guiada por aquel salvador, hizo un signo de *más* en el recibo.

—Y cuándo recibiré los seis pesos?

— Lo más pronto posible.

—Dios y su Divina Magestad se lo darán á V. de gloria, don Pedrito.

*
* *

Algunos minutos después don Pedrito que prestaba á premio, y un tinterillo muy amigo suyo hablaban en uno de los corredores del palacio de Justicia. Media hora más tarde había sobre el recibo de Matiana una trinidad compuesta de un prestamista, un tinterillo y un juez. El germen comenzaba á hincharse, á medida que en la cabeza del tinterillo se revolvía como un haz de serpientes, una maraña de trámites legales, de leyes, recursos, moras, posisiones, pruebas, rebeldías, traslados, ejecuciones y éxito.

El tinterillo dió los primeros pasos como quien pisa sobre huevos; pero no bien rechinó en el papel la primera rúbrica del juzgado, no pudo contener su júbilo; enseñó

los dientes podridos, y tomando á D. Pedro de la mano, lo invitó á tomar una copa en el café del Cazador.

Al día siguiente el tinterillo, acompañado del procurador del juzgado encargado de entregar las citas, entraban á una vinatería, donde devoraron dos groseros *sandwichs* de puerco y dos copas grandes de tequila.

El tinterillo, al acabar, se sentía capaz de ofrecer otro *sandwich* á la misma ley: la tenía cojida como á su hombre, de manera que sintió, antes que la alegría del tequila, la del *trámite*.

Quince días más tarde regresó la señora rica, preguntando por su lavandera para pagarle sus seis pesos y darle sus excusas, pero Matiana no pareció.

Al día siguiente anunciaron á la señora que unos caballeros que esperaban en el corredor, deseaban hablarle.

Eran D. Pedro, el tinterillo, el ministro ejecutor y dos testigos. Aparecía que el cesionario de Matiana había seguido contra la señora un juicio en rebeldía, cuyos

gastos ascendían á la suma de $ 41'37 y medio centavos.

La señora estuvo á punto de desmayarse, y fluctuando entre la cólera y el pesar, ofreció inútilmente los seis pesos y protestó que si la lavandera hubiera aparecido á tiempo, los habría obtenido sin dificultad.

El ministro ejecutor leyó las piezas conducentes y acabó pidiendo que la señora señalara bienes.

La señora siguió protestando y lloraba.

—Los muebles del comedor—dijo dos veces el ministro con voz estentórea y como si repitiera una respuesta.

Uno de aquellos señores escribía.

La señora sollozaba y quería retirarse.

D. Pedro logró hacer á la señora una seña para que lo escuchase aparte.

—¡Esto es una infamia!—exclamó la señora desahogándose al ver el aire compungido de D. Pedro.

—Efectivamente, señora. Esta administración de justicia es una cosa atroz; pero ¡qué quiere V! esa es la ley!

—¿Y le parece á V. justo que pague yo cuarenta pesos en lugar de seis, que no pagué por olvido?

—Sería lo ménos malo, señora.

—¡Cómo lo ménos malo!

—Porque el embargo está hecho y estos muebles valen más de doscientos pesos.

—¡Estoy embargada!—exclamó dirijiéndose al ejecutor.

—Precisamente.

—¿Y se van á llevar mis muebles?...

—Á menos que V. pague en el acto.

—¡Pagar cuarenta pesos! Yo no los tengo en este momento. ¡Esto es horrible!... horrible!...

Y la señora se dejó llevar de un acceso de cólera, que acabó con lágrimas y con una verdadera indisposición nerviosa.

Todos aquellos hombres de la ley, contemplaban á su víctima como una banda de cuervos que esperaba sus últimas convulsiones para devorarla con más facilidad.

D. Pedro logró acercarse á la señora, ro-

deada por las criadas de la casa, que le ofrecían agua con azúcar.

En el momento propicio, D. Pedro y el tinterillo tendieron sus redes, de manera que á la señora no le quedase más partido que aceptar las proposiciones que se le hacían y quedar, además, muy agradecida al servicio que iban á prestarle.

Este servicio consistía en que D. Pedro, conmovido en lo más hondo del alma por la situación de su víctima, pagaría todas las costas causadas hasta aquel momento, dándose por trabada la ejecución de todos los muebles del comedor, que constaban ya en los autos. Estas costas ascendían, con todos los trámites, á la friolera de cincuenta y tantos pesos, los cuales reconocería la señora, poniendo su firma en el documento respectivo, como cantidad recibida y pagadera con el 12½ por ciento de premio en el plazo que se fijara; y como es costumbre rebajar el premio respectivo, el documento en cuestión montaría á la cantidad de 60 pesos, 88 centavos, porque las estampillas

debían, según la ley, ser de cuenta de la señora.

Como una prueba de confianza, de consideración y de respeto, y para evitar el escándalo, se nombraría depositario de los bienes embargados á la misma señora. De esta manera, todo aquel desagradable incidente se reducía, según el benévolo decir de D. Pedrito, á una triste firma.

Firmó la señora y efectivamente todo se quedó en casa.

Este incidente pasó en seguida al conocimiento de letrados que cantaron piezas concertantes de indignación con la señora en todos los tonos, ofreciéndole su protección; pero se cumplió el plazo, y como el abogado de la señora estaba ausente, se trabó una segunda ejecución en los muebles de la sala.

El pulpo y la curia de mancomún se habían arrojado no importa sobre qué objeto cuya sangre era oro. De manera que, per demasiado verosimil, no nos detenemos en seguir narrando las peripecias de este expe-

diente, que la ley tuvo el honor de redondear previo el pago de 1,800 pesos en moneda contante.

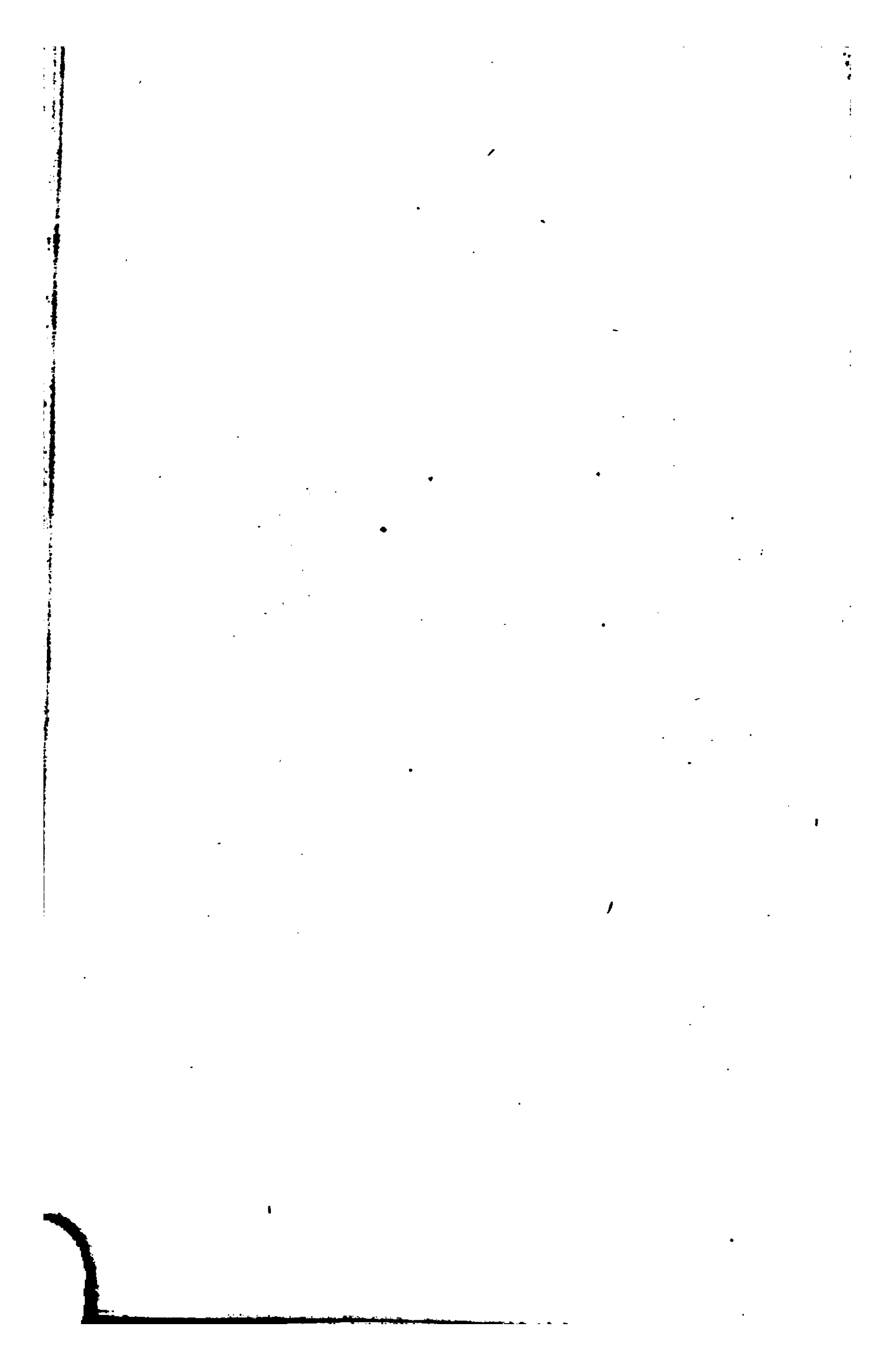
Al cabo de los primeros quince días de gestiones, Matiana había vendido al agiotista en tres pesos su recibo de seis.

El pulpo, la ley y D. Pedrito tranquilizan, no obstante, su conciencia con esta moraleja:

Es necesario en todo caso pagarles al contado á las lavanderas.




LAS ENTRAÑAS DEL PULPO





LAS ENTRAÑAS DEL PULPO

Un animal que chupa sangre con la fuerza del vacío y cuyos tentáculos nerviosos se contraen maquinalmente, debería llegar á la saciedad y descansar como todos los animales; pero el pulpo no se sacia ni descansa porque crece. Crece en el fondo del mar tomando proporciones gigantescas, como crece en el fondo de *nuestras cosas* en la capital de la República, tomando proporciones escandalosas.

—¿Quién le habrá metido en la cabeza á este señor, decía la otra noche una vieja, ponerse á hablar de estas cosas. Qué le vá ni qué le viene con que una empeñe? Yo empeño, cabal que sí, y qué tenemos con eso? Sabe Dios de cuántos apuros nos ha sacado el Monte. Cierto es que ya se nos acabaron las alhajitas, pero vamos viviendo. Qué bien se conoce que ese señor de la *Libertad* no sabe lo que son *trinquetadas*. Yo le aseguro á V. que hemos pasado algunas, que si no hubiera sido por la Divina Providencia junto con algunas firmas, nos hubiéramos muerto de hambre.

—Y sobre todo, señora, dijo un señor trigueño y entrecano que tenía negocios con el dueño de la casa, esto de declamar contra la usura es una barbaridad; es hablar de memoria como generalmente lo hacen esos escritorzuelos ignorantes. Es cierto que yo presto; pero, qué quiere V.; si no hay negocios; todo paralizado, todo para los extranjeros, todo es monopolio; y además no hay protección, ¡Vaya V. á ver! Agio-

tistas! pues cabal que sí; yo no les pongo una pistola al pecho; muy al contrario, ellos, los necesitados, vienen á mí, y me buscan, y me asedian, hasta que logran lo que quieren.

Como se vé, la señora y el agiotista tenían mucha razón. También tenía mucha razón un amigo mío al asegurarme que no había de conseguir nada con mis declamaciones, y que eso de decir la verdad es una cosa seria y peligrosa.

Por eso en este artículo voy á reconciliar los ánimos; voy á concederles la razón á todos los que la tienen; y el pulpo, las víctimas y yo vamos á acabar por ser los mejores amigos del mundo, vamos á estar completamente de acuerdo.

Conozco un señor que presta, quiero decir, que no ha hecho otra cosa en su vida más que prestar. Es cierto que solía confesarse, porque es católico; pero eso, lejos de ser un defecto es una recomendación. De manera que este señor ha hecho siempre dos cosas buenas y á todas luces irrepro-

chables. Algunos de entre sus mismos clientes ¡mal agradecidos! le echan en cara, no precisamente que preste, sino las condiciones. Pero ni en esto tienen razón los clientes; las condiciones se pactan de común acuerdo, y vaya V. á quejarse! ¿de qué? Cuando una cosa se pacta es menester cumplirla: Que las condiciones son ventajosas para el agiotista. ¿Y qué? Hace muy bien. No faltaba más sinó que el agiotista le prestara á uno sin interés; eso sería un disparate.

Muchos dicen que los agiotistas se salan, porque trafican con las lágrimas y con lás aflicciones de los pobres; que abusan de las situaciones desesperadas; que acaban por perder todo resto de piedad y de conmiseración; que no tienen caridad ni sentimiento alguno de benevolencia con que atenuar lo odioso de ese comercio que nació entre los judíos.

Pero vaya V. á hacer sentimentales á los agiotistas; revístalos V. de piedad, de conmiseración y de todas esas virtudes cristia-

nas, y adios gremio; desaparecería como por encanto. Sería eso lo mismo que suprimir los tentáculos en el pulpo y lo insidioso y voraz y cruel de su índole, y adios pulpo, se convertiría en salmón. Es necesario convencerse de que las cosas y los animales están distribuídos en este mundo de una manera sabía, y que, cuando más, tendremos algunas veces el derecho de convenir en los males necesarios.

En cuanto á los que ceban al pulpo, también es necesario convenir en que tienen mucha razón. El entendido lector decidirá.

Don Librado tiene dos hijas, Clementina y Sara. Bonitos nombres.

Don Librado tiene cien pesos de sueldo. Es poco.

Llegan las fiestas de Noviembre y Sara y Clementina le hacen á su papá estas sabias reflexiones:

—Los vestidos se usan altos. Luego es necesario llevar botines de cabritilla abronzada, de á cinco pesos.

—Son diez pesos,—piensa don Librado.

—Los de á veinte reales son para gente ordinaria.

—Mis hijas son finas,—piensa don Librado.

—Además, los dos sombreros qne vimos en Plateros, no valen más que treinta y cinco pesos cada uno, y son elegantísimos, papá,—agregaron Sara y Clementina juntas, radiantes de alegría, de una alegriá tal, que D. Librado pensó:

—Son ochenta.

Y como D. Librado será todo lo que se quiera, pero es tan buen padre de familia, pidió cien pesos al pulpo con el 12 y medio por ciento. Quiere decir, que recibió 87, 50 y quedó muy contento de destinar los 7 50 restantes á Bejarano.

Táchese de inconveniente este rasgo de amor paternal. Atrévase alguien á censurar á D. Librado, especialmente al verle en el redondel exhibiendo á Sara y Clementina, deslumbrantes y atrayendo las miradas por sus preciosos piececitos de hada, y sus lindas cabezas, sobre las que se derramaban

perlas, plumas, pájaros y encajes. ¡Qué satisfacción para D. Librado! ¡qué momentos para las niñas! ¡qué fruicciones para los novios! No lo van Vds. á creer, pero D. Librado se reconciliaba interiormente con su situación financiera, pensando en que sus hijas estaban deslumbrantes. ¡Qué amor de padre! Y luego pensaba:

—Así, se casarán ventajosamente.

Y mezclando en su alma los gorros, el amor, el tanto por ciento y la esperanza, D. Librado hacía aquella noche el papel de un hombre completamente felíz, ó cuando menos, el papel de rico, que es de lo que se trata.

Entre ser rico y no serlo, hay un término medio: aparentarlo. El pulpo es el primero en regordearse de nuestra afición á esta apariencia que las costumbres han elevado á la categoría de ley.

Cuando D. Librado decidió *hacer el negocio*, figuraron como en algunas comedias, personajes reales y personificaciones. Estaban en escena D. Librado, el Agiotista, el

Sentido común, la Vanidad y el Amor, y pasó lo siguiente:

D. Librado.—Tengo cien pesos y necesito gastar doscientos.

El Sentido común exclamó sin que le preguntaran:

—Gasta ochenta y guarda veinte.

La Vanidad.—Las fiestas de Noviembre..... los gorros..... Bejarano.

D. Librado.—¡Amo tanto á mis hijas!

El Agiotista.—Doce y medio por ciento.

El Sentido común hizo un gesto.

El Amor le dió un beso á D. Librado.

D. Librado se desvaneció.

El Sentido común.—Antes de ocho meses, habrás pagado doble de lo que hoy recibes.

D. Librado.—¡Buenísimo!

El sentido común.—Pero lo seguirás debiendo, porque en ocho meses se duplica la deuda.

D. Librado.—Es cierto, pero puedo sacarme la lotería.

El sentido común.—Vive con modestia con ochenta pesos. Economiza veinte y for-

marás un fondo que crecerá por capital y réditos, sabiendo emplearlo, y vivirás tranquilo y honrado.

—Teoría! exclamó D. Librado.

—Aritmética, afirmó el sentido común.

—¡Qué estúpido es el sentido común! dijo D. Librado.

La vanidad murmuró sólo esta palabra «Bejarano.»

D. Librado se sonrió con una sonrisa de novia.

El amor le presentó entónces las imágenes de Sara y Clementina sin sombrero.

D. Librado arrebató la pluma de manos del agiotista y firmó el documento. Y salió tan triunfante como su sobrino, un pollo que ha vestido de raso á una de *esas señoras*, con la intervención del pulpo.

*
* *

Análisis de otra partícula de las entrañas del pulpo para concluir.

En una que fué celda del convento de la

Concepción, hay una enferma de peritonitis. Acaba de salir el médico y tras él el marido de la enferma.

Reina un silencio de muerte en aquella vivienda y se destaca en el fondo de la recámara, casi oscura, paráda en el dintel, una jóven cubierta con un vestido chillante y desgarrado. Hacia su izquierda está la cocina, y sentada en el suelo una de esas criadas andrajosas que pertenecen á la última y más abyecta clase social.

Aquellas dos figuras inmóviles vigilan con la mirada un grupo de cinco niños sentados en el rincón opuesto de un pequeño corredor, que difícilmente pueden guardar el silencio y la compostura que se les ha recomendado.

En la cocina no hay lumbre, en la casa no hay ni ccmida ni medicinas. El marido de la enferma salió á *ver qué hace.*

Después de muchas vueltas cayó entre los tentáculos del pulpo. Un hombrecillo de edad indefinible escribía y recorría alternativamente las fojas de un libro grasiento. El

marido de la enferma esperaba hacía un cuarto de hora.

—Qué hay, amigo? dijo el hombrecillo entre dientes y levantando la ceja izquierda.

—Señor, que mi mujer está en la cama y...

—Hoy no tengo dinero.

—¡Por el amor de Dios! vea V. señor que si V. no me saca de este apuro, me vuelo la tapa de los sesos. Mis hijos no han comido.

—Bueno! murmuró el agiotista y volvió á escribir.

—Señor, dijo el marido despues de haberse tragado sus lágrimas, siento molestar á V. pero no tengo otro recurso.

—Pues lo que es ahora..... dijo el agiotista levantando sus gafas sobre la frente para ver debajo de ellas á aquel desgraciado.

—Con cincuenta pesos me hace V. feliz, salva V. á mi familia.

—Familia: repitió el agiotista pensando en otra cosa.

—Yo no me paro en las condiciones; serán las que V. guste, pero présteme V. ese dinero.



—Hoy no tengo ni medio en caja.

—Señor!.....

—Pero qué quiere V. que haga? exclamó el agiotista de mal humor. No me puedo volver dinero. No lo tengo, no lo tengo.

Estas palabras fueron dichas con acento tan duro, que el pretendiente hizo un movimiento para salir.

—Dinero; esta es la canción, todos quieren dinero ¡habráse visto!

—Déme V. al menos un consejo.

—Consejo, repitió el agiotista distraído; y al cabo de una pausa agregó cambiando de tono. Consejos y bigotes no se usan. Y salió de aquella boca una risa seca é histérica como para finjir una jovialidad que sentaba mal á su temperamento nervioso é hipocondríaco.

Esa risa había ido á herir el corazón del pretendiente como un dardo y á darle tintes más sombríos y más relieve al cuadro desgarrador de su casa triste y desolada. Una amargura indefinible inundaba su alma y mil pensamientos siniestros cruzaban ya

por su cerebro, como las aves que revolotean en el espacio al anunciarse la tempestad. Sabía que aquel hombre podía salvarlo; pero era inútil pretender conmoverlo. De allí podía salir con el dinero y correr á comprar pan y medicinas, pero podía también no conseguir nada y entónces..... entónces sentía aquel desgraciado los impulsos del despecho, de la cólera, de la desesperación, y se sentía capaz de arrojarse sobre el prestamista y extrangularlo.

Durante aquella pausa había una lucha secreta entre dos almas, en la que se empeñaban los sentimientos más opuestos; la suprema desolación luchaba con el frío egoismo; la angustia del desvalido luchaba con el cálculo artero; la miseria luchaba contra la avaricia.

Hay en el corazón de todos los mortales fibras simpáticas que vibran por un efecto semejante al de las cuerdas templadas en el mismo tono; suena una porque sonó la otra. La armonía moral se parece á esta armonía de las hondas sonoras. A esta armonía res-



ponden siempre los corazones nobles y suelen respondèr también los corazones malvados. Para ser la excepción de este acorde, nació el corazón judío, y basta el ruído de unas cuantas monedas para desviar las hondas sonoras del sollozo.

El hombrecillo de quien nos ocupamos había sentido desde su juventud el escozor de la avaricia, que mató en flor en su alma, la caridad y el amor, Luchó algún tiempo como un animal indomesticable con esas guirnaldas que le estorbaban como á un caballo bruto que se enjaeza, hasta que logró identificarse con el guarismo.

Se parecía á esos saltimbanquis que han ganado su vida durante muchos años tragándose una espada. El roce frecuente del acèro frío ha logrado matar la exquisita sensibilidad de la gloria del exófago y del paladar.

Se había parado en la vida como esas aves de los cementerios, indiferentes al dolor humano.

En el limbo de las angustias, de las mi-

serias y de los dolores extendía la mano cobrando un peage, cuotizaba los estremecimientos de la desgracia; y las lágrimas agenas brillaban al través de sus gafas como gotas de oro.

Cuando observó que la agonía de su pretendiente había llegado á un punto que pondría impunemente á la víctima en sus manos, exclamó:

—¿Cuánto necesitaba V?

—¡Cincuenta pesos! se apresuró á decir el pretendiente radiante de esperanza.

—Pagaderos en un mes.

—Sería mejor en dos, porque...

Midió el agiotista á su cliente de arriba á abajo con una mirada como para averiguar si podría vivirlos, sacó una hoja de papel y se puso á escribir: A un mes de la fecha etc.

El rechinido de la pluma, como baño magnético restablecía la circulación de la sangre del pretendiente.

Cuando el prestamista acabó de escribir, dijo:—Pero ya sabe usted que no tengo dinero.

—Pero señor, entónces.....

—El caso es que usted ha de sacar raja: no hay cosa peor que los porfiados. Vamos á ver. Y sacó una cajita que parecía llena de clavos. Mire usted tengo alhajas; esta tumbaga vale noventa pesos. Mire usted qué agujas. Estos aretes de coral legítimo valen cuarenta y cinco. Anillitos desde á diez pesos. Le voy á formar á usted un lote. Y se puso á escojer baratijas, revisándolas veinte veces y gastando un tiempo que al pretendiente le pareció eterno.

—Eh, vamos á ver, dijo por fin: hé aquí el lote. Cincuenta pesos menos doce y medio son treinta y siete y medio. Conviene?

—Pero dónde voy á vender eso?

—Los empeña usted.

—¡Qué me prestarán!

—No hacemos negocio, dijo el agiotista haciendo ademán de romper el papel.

—Vengan las alhajas.

—Firme usted.

El pretendiente firmó, recibió las alhajas é iba á despedirse.

—Yo compraría el anillo.

El pretendiente lo vió bien y le pareció falso, é interrogó con una mirada al prestamista.

--Doy tres pesos.

Con tres pesos habría pan y medicinas.

—Vengan. Los recibió y salió.

No pudo vender los aretes, al día siguiente sino en diez pesos porque no valían más.

Iba á pagar cincuenta por trece recibidos. Y por sarcasmo de la suerte aquel desdichado estuvo obligado á bendecir á la Providencia en la forma de un tentáculo del pulpo.

Estos cincuenta pesos, como parte de la circulación de la moneda en la capital se dividen en dos fracciones.

La primera de 37 pesos representa el lucro de la usura.

La segunda de 13 pesos representa el anticipo al pobre.

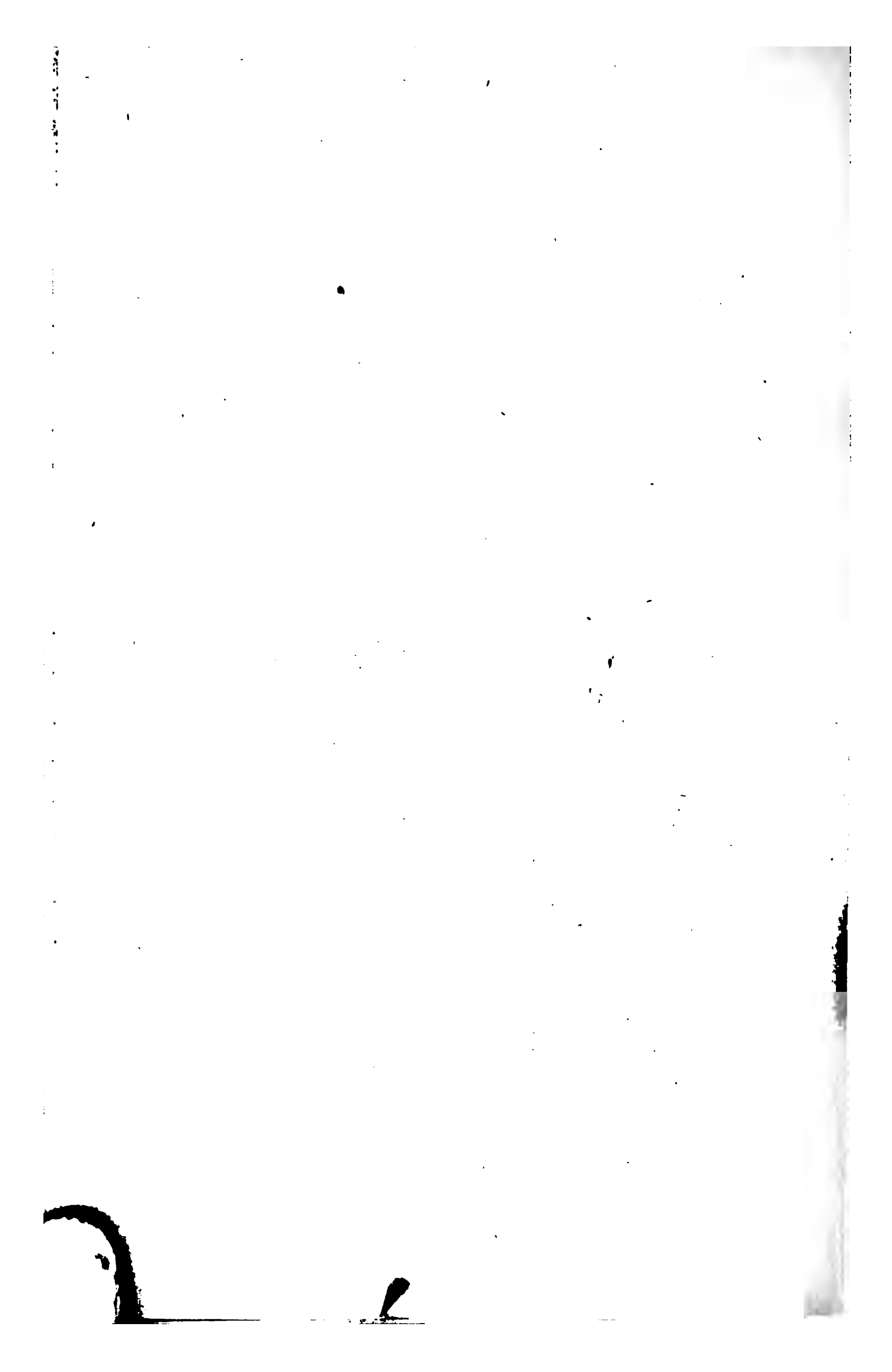
El beneficio incidental á favor del pauperimo, valor nominal es de trece pesos; pero el valor real de un préstamo de 13 pesos

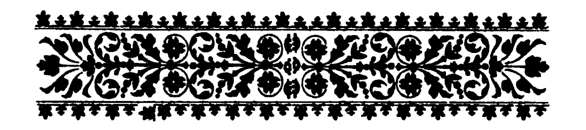
en un mes; según el valor legal del dinero en el total de la circulación, es de trece centavos.

En estas proporciones se verifica la trasfusión del dinero de los pobres al inconmensurable vientre del pulpo.




LAS PROSPERIDADES NUESTRAS
I





LAS PROSPERIDADES NUESTRAS.

I.

Por todas partes encontramos personas de buen carácter y de buena apariencia que, impregnadas de un patriotismo virgen, nos aseguran que México adelanta. Esas personas se sienten verdaderamente felices en muchas partes; como por ejemplo en el tianguis de la plaza de la Constitución, y le enseñan á usted

con todo el calor del provincialismo la fila de barracas improvisadas con sábanas de dudosa reputación donde se venden dulces empolvados, de no mejores antecedentes.

Yo creo, no obstante el parecer de esas personas, que, por adelantado que se suponga á México, la plaza de la Constitución se encarga, en días de tianguis, de enseñar la oreja y de exhibirnos tal como somos, sin poderlo evitar. El pobre Ayuntamiento de México es siempre el encargado de la oreja y del sambenito. Esta corporación se ha ido desprestigiando de año en año hasta caer en completa decadencia, y la gran decepción del habitante de la capital, el pasto de las gacetillas, el centro de las pullas, la *esquina de Provincia* y el blanco de las iras del público es el ayuntamiento.

Grandes y poderosas razones debe haber habido para que la primera ciudad de la República haya llegado al último grado de la incuria, del abandono, de la inmundicia y de la insalubridad; pero la lógica del público no busca más que una causa, ni atri-

buye el mal más que á una entidad: el ayuntamiento.

Nadie se explica ya el apetito extravagante de ser regidor, cargo en antes honorífico, y hoy equivalente á una silva de trescientos sesenta y cinco días; y este gusto se parece al de esos *pelados* que bajan á torear al redondel á despecho de los silbidos; los silban indefectiblemente, pero torean.

Yo no sé si la vocación de mandar aguilitas y de presidir las funciones de teatro valga la pena de abandonar los asuntos propios y apechugar con la rechifla; pero de todos modos admiro la abnegación de las personas que, con la conciencia de que van á quedar mal, hacen ese sacrificio penoso de enseñar la oreja de México á los extranjeros.

Nada presenta un aspecto más grotesco para el público que esos pobres que quieren aparentar lujo, supuesto que el lujo no se finge más que en el teatro. A México le sucede despertar algunas mañanas de la cloaca en qne duerme asfixiado; y en vez de

tomar la escoba ó el desinfectante, se pone á delirar con alguna elucubración municipal inspirada á algún regidor nuevo por los cuentos de las mil y una noches; y en el detestable y peligroso pavimento de la plaza de Armas inventa una banqueta de mármol que cuesta muchos miles de pesos. Al día siguiente le sucede á esta banqueta lo que es muy natural: desaparece por completo bajo la tierra suelta que la rodea por todas partes, y el mármol blanco, despulido con la tierra y con el tránsito, se mancha con las cáscaras de fruta, con las espectoraciones de los vagos del Zócalo, y el lujo aquel es una lápida que perpetua la fama de nuestro ayuntamiento.

Ya se verá por ende, que esto del lujo es una cosa comprometedora y peliaguda, ó cuando menos se necesita pensar antes que en banquetas de mármol en criados que las laven. México debe limitarse á obras de utilidad y de conservación y no entusiasmarse con gollerías, que no puede sostener porque se pone en ridículo.

La conservación de los jardines públicos y de las obras de ornato es más dispendiosa que la erección misma de esas obras; y erigir monumentos para abandonarlos á la destrucción del tiempo es despilfarro y falta de civilización.

Las pobres estátuas del Zócalo están allí patentizando estas verdades. Ni recrean la vista, ni cultivan el sentimiento artístico, ni revelan lujo ni refinamiento. Inspiran lástima y sugieren la misma suerte de reflexiones respecto á nuestra incuria y abandono. Un objeto de arte que se exhibe por su belleza y adorna un paraje público debe estar confiado á la constante vigilancia, al cuidado de un conservador inteligente. Y no se concilia la belleza arquitectónica y la pureza de las lineas de los pedestales de piedra con el abandono en que se les ha dejado. La vegetación microscópica ó moho, el salitre y los chorreones de la lluvia los desfiguran. Contra esta acción del tiempo debe emplearse el aseo continuo, lavar periódicamente los pedestales para destruír el moho,



las telarañas, las vegetaciones, los parásitos y la grasa que nuestro pueblo deja por donde quiera que pasa. Y en cuanto á las figuras, allí están Venus, Apolo y Minerva, pidiendo una ducha por el amor de Dios, condenadas á exhibir sus desnudeces en el Zócalo, pero con sus carnes surcadas por los chorreones de las últimas lluvias y el polvo de todos los días, la tersura del barniz que imitaba el bronce ha desaparecido bajo esa enfermedad cutánea inoculada por el ayuntamiento. Pobres dioses leprosos y cacarañados, puestos adrede para ludibrio de las gentes y que desde sus sucios pedestales entonan por la noche, en compañía de las cucarachas monstruosas que se han apoderado de aquella selva virgen, un miserere al amor al arte, al aseo y á la cultura de nuestro ayuntamiento.

Pues, ¿y las fuentes? Allí están esas desgraciadas que tienen todo menos agua: su brocal tiene el aspecto enmantecado de los pambacitos compuestos. El pueblo vagabundo se ha encargado, durante varios años,

de depositar en ese brocal su sudor y su cochambre; los pobres cisnes, casi pelados, enseñan el zinc por todas partes, están opacos y jaspeados, como si se acabaran de escapar por la atargea.

—¿Qué le sucedió á la agua? pregunta el público al ayuntamiento.

—¿A la qué?

—A la agua.

—Compañero—le pregunta un munícipe á otro—¿qué le sucedió á la agua?

—¿Qué agua?

—La de las fuentes.

—¿Qué fuentes?

—Las del Zócalo.

—Pues, ¿qué no tienen agua?

—No.

—Pues, hombre; ¿creerá usted que no había puesto cuidado?

—Pero bien: ¿usted no sabe por qué ya no hay agua?

—No, compañero.

—¿Pues quién sabrá?

—Yo creo que la comisión de Paseos.

—O la de Aguas.

—Eso es, la de Aguas, porque la agua es cosa de la Comisión de Aguas, ¿no es verdad, compañero?

—Yo creo que tiene usted mucha razón: por eso me gusta preguntar á quien más sabe.

Esto es lo que las paredes oyen; pero el agua no parece. El ayuntamiento no se la ha bebido, eso es claro; porque el ayuntamiento bebe, pero no tanto que acabara con el agua de los cisnes. Acabará con estos pobres animales, en fuerza de matarlos de sed y de enfermedades de la piel: acabará con los dioses del Olimpo, dejándolos en su triste abandono porque sirvieron al imperio, acabará con el pavimento de tierra, barriéndolo sin apisonarlo ni repararlo; acabará con todo, á fuerza de no hacer nada; pero, con el agua, es imposible.

Si falta agua, es porque este líquido es de suyo muy voluntarioso y muy delicado, y sobre todo muy escurridizo.

Desde los Leones empieza á hacerse re-

molón, porque las cosas ya no están allí como antes. Ya ustedes verán si el ayuntamiento estará para andarse con chiqueos y contemplaciones con el agua, cuando está aquí tan ocupado con las tandas y con los jacalones, y con tantas cosas á que tiene que atender á un tiempo.

Luego sucede con esta agua de mis pecados, que apenas le abre un campesino de por esos rumbos un cañito, ¡paf! alla vá contentísima, como si no supiera que su primer deber es venirse derechito á México, sin meterse con nadie.

En tiempo de Bucareli (vean ustedes si el agua tiene sus opiniones y sus parcialidades) venía en abundancia, se portaba como buena muchacha, alimentaba los surtidores de las fuentes públicas, y hubiera sido capaz de alimentar una bandada de cisnes más numerosa que la del Zócalo; pero ahora, de ayuntamiento en ayuntamiento, se ha ido haciendo chiquita, y ¡nada! no hay modo de hacerla entrar en cintura. De modo que, aunque nosotros



estamos persuadidos de que no son los ayuntamientos nuestros los que han tenido la culpa, sino el agua misma, que, como está probado, es tan voluntariosa y tan ingobernable, sería bueno divorciar al agua del ayuntamiento, supuesto que han hecho tan malas migas, y establecer una dirección de aguas, con ingenieros hábiles y bien pagados, que en combinación con una compañía anónima, formase un plan digno de la civilización que alcanzamos, y que tuviera por base que lo que los consumidores pagamos por el agua, es el rédito legal de un capital de diez millones de pesos.

México está en la posición de esas personas pobres que esperan *visitas de cumplimiento*. Salió de la muralla china en que le había encerrado el humo de las revoluciones, y las naciones cultas de la tierra han venido á estrecharle la mano, felicitándola por la paz de que disfruta. En la capital reside la representación diplomática de las potencias amigas, y es una cuestión de decoro y de amor propio asear la casa y

combatir la barbarie y la ordinariez; legiones de extranjeros desembarcan semanariamente en Veracruz, y próximo está el dia en que los rieles del Norte traigan hasta la capital de la República un cordón, no interrumpido, de inmigrantes y turistas. Bueno será que estas estimables personas nos vengan á encontrar dignos de tener estátuas y pavimentos de mármol, y con la buena costumbre de pagar barrenderos. Convengamos, ahora que se trata de hablar con franqueza, que somos un pueblo sucio, ó mejor dicho, que los que estamos limpios nos vemos obligados á vivir entre masas del pueblo asqueroso y semisalvaje, que la cultura que alcanzamos pugna con el tedio y la miseria del indio melancólico é indolente y con el acanallamiento de la *plebe* y con el cinismo y la desvergüenza del *lépero*. Por eso el ayuntamiento mexicano está en posición mas difícil que cualquiera otro; por eso necesitamos doble número de escobas y más agua y jabón que ningún otro pueblo, y á ese paso todavía no ha desper-

tado entre nosotros ni entre ninguno de nuestros ayuntamientos, eso que se nota en las ciudades cultas y que pudiera lla marse decoro ó respeto público. A todas las casas viejas de la capital, y son las más, las carcome el salitre por sus cimientos y los propietarios ven esto desde que nacieron y se les dá un comino la cuestión de aseo exterior. Nótese este rasgo característico de nuestra raza. Salimos un día de nuestra habitual indolencia para remediar un mal y planteamos la teoría del remedio. En esto de teorías somos fuertes como pocos, tenemos mucho talento y mucha erudición y ponemos el dedo en la llaga, remediamos el mal y volvemos á caer en nuestra apatía habitual, cuyo periodo, siempre largo, lo cierra un nuevo rapto de entusiasmo. Este es un resabio azteca que circula en nuestra sangre, y tan es así, que el indio provee á las necesidades de vestirse y usa las prendas de su vestuario hasta que se le caen en pedazos. El ayuntamiento compone una banqueta y la abandona hasta que se con-

vierte en precipicio, desenzolva uua atargea y la deja después llenarse hasta que se ciega; pone defensas de reja á los árboles y las abandona hasta que desaparecen.

Al ayuntamiento le ha salido en los meros bigotes uno de esos dupergenios que parece puesto adrede en la banqueta del palacio municipal: le han quedado á los arbolitos de esa banqueta todavía dos á tres defensas en pié, pero desarticuladas y agonizantes, incompletas y torcidas, como pidiendo á la honorable corporación una mano amiga que las enderece y las repare.

Se comprende que el pobre ayuntamiento no puede hacer solito el desagüe, ó la limpia, ó alguna de esas obras colosales, superiores á sus fuerzas; pero no se concibe que en el tránsito forzoso de los regidores, permanezcan por años en estado lastimoso y repugnante esas defensas que chocan á la vista y acusan la indiferencia y el abandono del presidente de la corporación, de la obrería mayor, y de la comisión de paseos. Parece que no existen ni estos personages, ni estas



oficinas, ni esas instituciones, y en realidad de verdad lo que no existe ni en el indio, ni en el lépero, ni en la corporación municipal es el hábito del aseo, el instinto de la conservación de las obras y ese mito que hemos llamado decoro público. El rico ostenta sin sacrificio y sin esfuerzo y llega al lujo: el pobre pundonoroso se remienda y oculta sus poridades y sus miserias; pero el pobre disipado y cínico las ostenta con el aplomo con que el potentado ostenta sus diamantes.

Este resabio azteca, como hemos dicho antes, va tomando entre nosotros proporciones escandalosas que presentan á México ante el mundo civilizado en su apariencia más vergonzosa. Habrá necesidad de enseñar á nuestra honorable corporación municipal ese rudimento de la mas común economía, ese principio sabidísimo de que no se debe presupuestar una mejora ó una obra de ornato sin que al monto de la obra siga inmediatamente después la partida del gasto de conservación? Habrá alguno de

los señores de la Comisión de Hacienda que ignore que el gasto del coche y los caballos implica una pensión de sostenimiento?

En los pilares del palacio municipal, donde reside una corporación encargada por la ciudad del aseo y el ornato, está escrita con cochambre la historia de tres generaciones de vagos que han ido depositando sus grasas en esos pilares hasta hacer desaparecer por completo la cantería. ¿Qué esperanzas alentarán á la ciudad de ser atendida cuando ni el mismo palacio municipal se conserva aseado?

Ya hemos dicho que estamos condenados á vivir entre masas de un pueblo sucio. Pero ha de predominar el desaseo y la incuria de esas masas sobre los deberes municipales y sobre el derecho que tenemos á vivir en lugares aseados? Si el ayuntamiento cuidara de la conservación de su edificio, por el deber que tiene de hacerlo, y con el fin de que la ilustración de ese cuerpo se refleje en sus actos y sirva de ejemplo en la ciudad, mandaría raspar esos pilares grasientos,

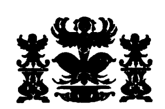


y una vez resanados y limpios, así como el resto de los muros exteriores, cuidaría de que un celador impidiese al pueblo ocioso restregarse contra los muros ó tomarlos como sostén de su pereza. Prohibiría, fundándose en los más sanos principios de la libertad individual, en una sociedad bien organizada, el sentarse en las banquetas, en los dinteles de las puertas ó en los guarda-cantones de las esquinas, porque esto no es el uso de las banquetas, de los dinteles ó de los guarda-cantones, sino el abuso con perjuicio de tercero, que es el transeunte. A esta prohición seguiría la de no arrojar cáscaras y basuras en las banquetas, porque tambien éste es un abuso, y un abuso atentatorio, porque regar de cáscaras de plátano el tránsito público, es una falta que la buena policía debe no solo prevenir, sinó castigar severamente. Todas estas infracciones de policía pasan á ciencia y paciencia de los gendarmes, á quienes no culpamos, pues ni las polainas blancas ni el sueldo pueden inspirarles principios y educación

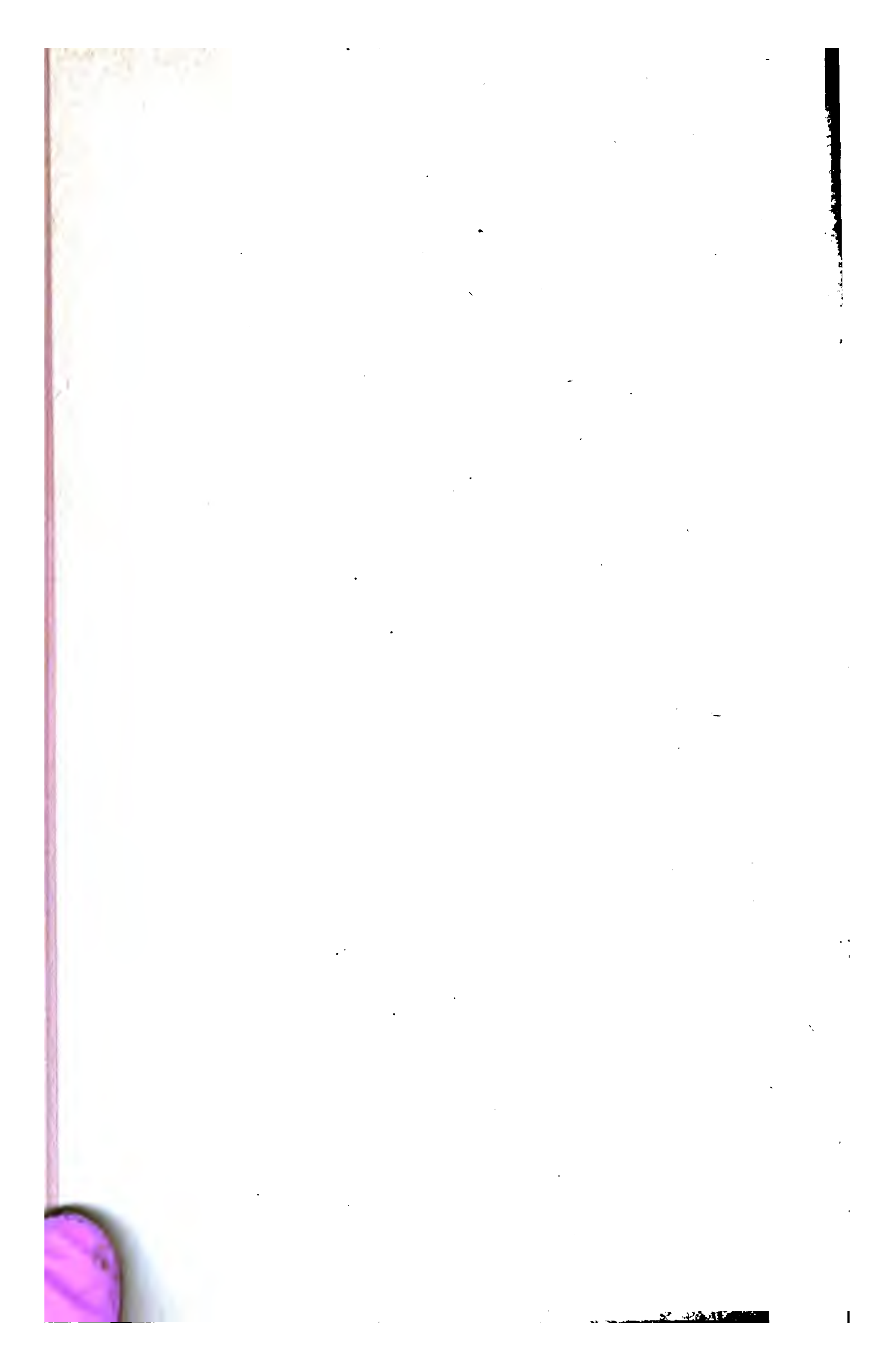
que desconocen, supuesto que los regidores, probablemente más ilustrados que los gendarmes, no se han ocupado todavía de esta noción sencillísima de buena policía.

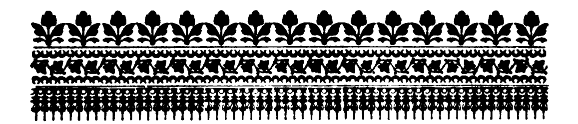
Esta y muchas nociones de este mismo orden deben formar los artículos de una *cartilla del gendarme* que éste debe aprender préviamente de memoria antes de recibir el sueldo, y para que la aplicación de estos sanos principios sea un hecho práctico y cónstante, y no se quede escrito como todo lo que contienen nuestras ordenanzas municipales, la organización de la gendarmería debe dividirse en categorías como está establecida en los Estados-Unidos y en Europa; después del gendarme de á peso diario, debe haber cierto número de tenientes gendarmes con más sueldo, más prerrogativas y más ilustración; en seguida otro grupo de capitanes con más sueldo, hasta llegar á un grupo de comandantes y jefe principal. Así quedará establecidá una corriente que parta desde el foco de ilustración hasta el pueblo abyecto por medio de

la gendarmería y el pueblo abyecto acabará por adquirir hábitos de aseo y de respeto público.




LAS PROSPERIDADES NUESTRAS
II





LAS PROSPERIDADES NUESTRAS.

II.

CANSADO de contemplar las bellezas del Zócalo y sumido en mis meditaciones, me dirijo á las calles de Plateros por un pedregal que fué pasaje ó calzada hace muchos años, pero que la incuria del ayuntamiento ha descuidado desde entonces, hasta hacerlo peligroso para el transeunte. Todos los pavimentos de Mé-

xico se resienten de la poca solidez de las capas inferiores que determinan constantes depresiones y el desnivel de la superficie. La obrería mayor debe atender de preferencia á la solidificación del terreno antes de colocar las piedras; pero como de algunos años á esta parte no hace ni lo uno ni lo otro, esas banquetas, construídas para comodidad de los pedestres, presentan todo género de sinuosidades peligrosas. Los coches se han encargado de dar convexidad á las piedras planas, y los hundimientos de hacerlas perder el nivel. Sobre tales banquetas hay que hacer prodigios de equilibrio, como sobre la cuerda floja, y el público, que es tan bueno, los hace todos los días á las mil maravillas. Pero quienes se distinguen en este género de ejercicios pedestres son las pollas, que nada tienen que aprender de esas hábiles gimnastas que recorren a cuerda floja con canastas en los piés.

El deterioro de los pavimentos presenta uno de nuestros contrastes más notables con el lujo en el calzado de las señoras.

La estética cree haber trazado la última linea; el arte está satisfecho; tan satisfecho, que ha logrado que en la época presente el sexo bello en masa pueda exclamar «*tengo bonitos piés.*» En efecto, ya no hay piés feos, ni deformes, ni grandes, y las lineas anatómicas están ya del todo modificadas por las lineas del arte; y como la curva es la linea de la belleza, se burla, triunfante, de todas las deformidades. Hoy el pié es la bota. No importa si ella contiene el esqueleto de un pié horrible, ó el pié rosado y sedoso de un niño; las graciosas y artísticas curvas del calzado resuelven la cuestión, lo nivelan todo, y la mujer podrá no tener hoy ni lindos ojos ni otros atractivos; pero en cuanto á piés, está á la altura del arte plástico.

Yo no me meto á combatir las sabias reglas de higiene que condenan al aristocrático tacón de tres pulgadas; y sin negar á tantos doctos higienistas las poderosas razones en que apoyan sus anatemas contra esa moda, confieso que me encanta; y me encanta por muchas razones, aunque éstas no sean del

orden de las de mis contrincantes. Me encanta, porque eleva á la mujer; y esta razón me parece humanitaria y progresista: humanitaria, porque siempre he opinado por la elevación de la mujer, tanto en el orden físico como en el orden moral; y después de mucho cavilar no he encontrado otro medio de que la mujer de nuestra capital se eleve si no lo hace sobre sus bonitos tacones.

Excusado es decir que por elevarse en el orden físico, se entiende crecer, engordar, ó embarnecer, como dicen algunos; y á este fin ya conoce todo el mundo la insuficiencia de las preparaciones ferruginosas, de los baños de Aragón y de todas las panaceas. Las pollas siguen llegando á este valle de.... México, más diminutas y más desmedradas cada día, ¡pobrecitas! ¡y lo que sentirán al compararse con las señoras romanas del tiempo de Augusto!

He aquí una de las razones por las cuales me encantan esos tacones de tres pulgadas. Pues señor: que eso de la higiene en la capital es un mito; que la limpieza de las

atargeas es un sueño *dorado*; que la tendencia al aseo es cosa de otra raza; que el cochambre es inestinguible; y que la catalepsia de los ayuntamientos es incurable. Que los pobres niños nacen entre miasmas deletéreos, y que los pocos que crecen, luchando por la vida con setecientas plagas, no llegan á desarrollarse, primero, por las malas condiciones de la salubridad pública, y luego por la falta de ejercicios atléticos. He aquí por qué motivos tan poderosos y tan independientes de su voluntad, nuestras pollas son pequeñitas; más pequeñitas cada día. Vayan ustedes á remover de golpe tan poderosos inconvenientes; ¡imposible! la cosa es larga y dificil, y entre tanto, el medio más expeditivo es el arte, quiere decir, el tacón.

Ya las tenemos á todas encaramadas sobre botitas bronce dorado llenas de pespuntes, y con tres pulgadas más sobre la linea de flotación, como suplemento á su graciosa humanidad. La cuestión de los glóbulos rojos de la sangre se olvida ante ese andar

de hada, tocando apenas (y hacen bien) las piedras del ayuntamiento. Desafío á todos los pollos, sean poetas ó no, á que me nieguen que el raudal de sus ilusiones más gratas ha pasado por debajo de ese gracioso puente que forma el empinado y artístico tacón de una botita irreprochable.

Hay todavía otra razón para que los tales tacones me diviertan; y ésta es una razón de funambulismo.

Pues señor: que es necesario pagar tributo al arte: ésta es una exigencia de la civilización; que pagado este tributo, resulta una señorita subida sobre dos apéndices, agudos como un epígrama, que reprochan á la madre naturaleza la redondez clásica del carcañal; que esta señorita se encuentra bien en el salón, sobre las alfombras, sobre el mármol; y que no solo se encuentra bien, sinó que experimenta una voluptuosidad inocente por lo que se relaciona el arte con la belleza; y hasta aquí voy saliéndome con la mía, de probar que tengo mucha razón para que me encanten esos tacones, pro-

bando, de paso, que también les encanta á ellas.

Pero el encanto que es exclusivamente mío, es el de contemplar á esas señoritas, andando sobre las sinuosidades y los precipicios del pavimento municipal. Aquí es donde las leyes del equilibrio, el culto al arte y una habilidad peculiar, ejecutan prodigios de destreza coreográfica y funámbula hasta maravillar al simple espectador, de que esas angélicas criaturas, salgan avante sin entorsis, luxaciones, resbalones ni costalazos, de tan difícil prueba.

He aquí la mujer elevada física y moralmente por un medio sencillísimo á la vez que gracioso; por medio del tacón.

Este tacón sirve también de argumento municipal contra la maledicencia de los periódicos.

El munícipe, al ver que las señoritas andan tan bien sobre sus tacones, exclama:

—No están tan malos los empedrados.

Las señoritas y yo estamos, pues, de acuerdo en la utilidad, en la conveniencia



y en la belleza de los tacones. Es cierto que en otros paises las señoras usan una clase de calzado para el salón y otra para el lodo; pero es porque en esos paises extranjeros, se empeñan en sujetarlo todo al sentido común; y sobre todo, porque cada cual en su casa andará como le diere la gana, ¿Qué se diría de nuestras pollas si con el frívolo pretexto del lodo y de la lluvia, abandonaran el lindo tacón y la botita abronzada, por un calzado propio para la intemperie? Para eso que todas las pollas tienen papá que las provean de botitas liberalmente; y por fin, una vez probada la necesidad de ese lujo y ese tacón, no hay que promover innovaciones, puesto que Aquiles y las pollas tienen la vulnerabilidad en el mismo lugar.

***

Caminando en busca de las prosperidades nuestras fijé mi atención en la susodicha calle de Plateros; y movido por una

curiosidad muy disculpable en el que, como yo, ha pasado diez años ausente de su patria, me atreví á preguntar á un amigo de antaño.

—Dígame V. querido Max, ¿qué espera toda esa gente tendida á lo largo de las aceras? ¿Vá á pasar alguna procesión?

—A qué gente se refiere V?

—A esos caballeros á quienes veo esperando hace dos horas.

Mi amigo rió de buena gana y exclamó:

—Son las lagartijas! Y me explicó el cómo esas respetables personas, habían llegado á adquirir tan feo apodo, no por lo inadecuada, sinó porque conserva en nuestra culta capital ese resabio de poblachón que conoce todo el mundo. ¿Quién no ha concurrido un domingo á la misa de la parroquia de una aldea? en el atrio de la iglesia se reunen las notabilidades del pueblo endomingadas y vestidas de limpio: allí están el juez de letras, los españoles de la tienda, los transeuntes notables y hasta el señor prefecto; y van allí porque como en el pue-

blo no hay teatro, ni casino, ni paseo público, se ven cada ocho días en la misa mayor y vaya V. con Dios.

—¿Con que no hay procesión?—le pregunte á Max.

—Sí por cierto; pero la procesión que pasa, no es de sangre, ni mucho menos: es una procesión nueva, importada en su mayor parte, que V. no conoció en su tiempo, y que constituye una de las *prosperidades nuestras*, como V. las llama.

—¡A ver! ¡á ver la procesión!

Y á una seña de Max, me fijé en un coche simón ocupado por dos beldades grotescas, vestidas de raso chillante.

—Son gachupinas—acotó Max;—y esas también, y las otras.

Yo ví desfilar aquellas beldades trasnochadas y macilentas, de dos en dos en los simones, y sólo por excepción un coche con personas, interrumpía aquel hipódromo, del que ha tomado posesión esa colonia de nuevo género.

La península ibérica nos ha dado desde

hace cuatro siglos buenas iglesias, buenos edificios, y tiendas de abarrotes; magníficos colonos que vienen á la Nueva España á vivir contentos entre nosotros, reconociendo los vínculos del habla y de la sangre; nos ha enviado con matemática regularidad sus aceitunas de Sevilla, su queso de la Barca, y sus caldos, como dicen ellos; pero ni por las mientes le pasó á la Península, en tantos años, enviar ese producto... no; no es producto precisamente; tampoco es mercancía, porque no paga derechos aduanales como las aceitunas. ¿Serán colonas? Imposible. Sería un absurdo clasificarlas como tales, porque no traen ni empresario como los de Barreto, ni son agricultoras como los de Huatusco, ni cultivan la seda como los italianos, sino que la gastan; y entre producir seda ó consumirla, hay su diferencia. De manera que, en medio de nuestra perplejidad, no encontramos como clasificar á *esas señoras*.

Sea lo que fuere, la principal arteria de la capital presenta los domingos un espectácu-

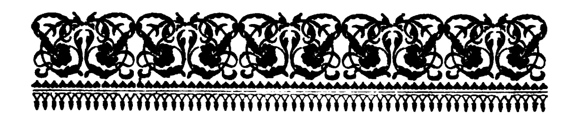
lo nuevo, y nada edificante. Algunos centenares de caballeros, apostados en las puertas cerradas de las tiendas y reclinados contra los muros, miran desfilar una procesión de coches que van y vienen, provistos de raso de todos colores.

En los periódicos de 1860 á 1870 se registran las sugestiones de la prensa á la policía para impedir el *rodeo*, ó sea el paseo nocturno de aquellas desgraciadas cuyo lujo era la muselina, y cuyo escudo era la sombra de la noche.

Pero los tiempos han cambiado, y no hay que contrariar el beneplácito de los caballeros á quienes llaman lagartijas, ni los caprichos ostentosos de esas señoras, so pena de perpetrar un ataque á la libertad individual..

En esto, como en otras muchas cosas estamos muy adelantados, y no seré yo, por cierto, quien se ponga á censurar, ni ésta, ni ninguna otra de las *prosperidades nuestras*.


LAS PROSPERIDADES NUESTRAS
III



LAS PROSPERIDADES NUESTRAS.

III.

DECIDIDAMENTE, entra en nuestro propósito y en nuestras buenas intenciones juzgar á México bajo el punto de vista de su prosperidad, y donde quiera que encontremos alguna de esas *prosperidades nuestras*, allí estaremos, pluma en ristre, para elogiarla. Todo el mundo conoce bien á qué buenos fines condu-

ce siempre el camino de los elogios; es el camino que siguen los enamorados; y hé aquí una mayoría intachable que opina como nosotros; y que me diga cualquiera que haya conseguido un fin ó una esposa, si no ha comenzado siempre con un elogio.

Este optimismo tiene muchos partidarios en todo el mundo; pero en México son más numerosos; por eso nos declaramos abiertamente en favor del sistema, que no por viejo se gasta, y está más en armonía con la época presente de paz y prosperidad, al grado que no se concibe cómo haya todavía personas que censuran por gusto, y ejerzan ese feo oficio de ponerle peros á todo como si creyeran hacerse agradables á la mayoría. Y después de todo, el elogio es lo que busca todo el mundo: el gobernante con sus decretos, la polla con sus tacones altos, y el munícipe con su actividad y su desprendimiento. Por otra parte, la vida en sí no es más que un elogio al Hacedor supremo y la vida individual es objeto siempre de elogio. Nacemos y por precisión so-

mos un *rorro lindísimo;* apénas empezamos á hablar, y somos un *niño muy precoz y muy inteligente;* vamos á la escuela, y antes de aprender á leer nos sacamos el primer premio de lectura; crecemos, y con muy pocas excepciones, hacemos versos y somos *vaté inspirado, insigne literato, cantor ilustre de algo,* y finalmente, nos morimos, y por si algún elogio nos hubieran quedado á deber, nos los espetan juntos en alocución, en periódico y en epitafio. Hé aquí cómo nuestra vida es un elogio perenne, bajo todos aspectos.

Consecuentes con nuestro propósito, hemos señalado ya algunas de las prosperidades nuestras; y cuando se trata de prosperidades, basta con señalarlas, el elogio por sabido se calla; ¿y quién podría poner en duda nuestra buena intención, cuando al ocuparnos de un asunto comenzamos por afirmar que él encierra una de las *prosperidades nuestras?*

Así, por ejemplo: hemos llamado la atención sobre las prosperidad del agio, sobre

la prosperidad del juego, sobre la prosperidad del montepío, sobre la prosperidad de esas señoras; y todo el mundo conviene con nosotros en que todo eso prospera. Y aquí nos preparamos para seguir apuntando nuevas prosperidades.

No hace todavía siete años, la vinatería en México era el expendio de caldos por mayor, y la emborrachaduría del populacho. En la vinatería no tomaba más que el pueblo ínfimo, y bebía en un vasito de vidrio verdoso. La base de la embriaguez era el chinguirito, al que el vinatero le mezclaba alumbre, y para darle la apariencia de lo que el catador, sin necesidad de pesa-alcohol, le llama el *cordón*, echaba en el barril algunos lazos de járcia, de cuya infusión resulta un cordón de burbujas al servirse el aguardiente en el vaso.

Una protesta discreta del cargador contra el resabio á járcia, le sugirió la idea de pedir el chinguirito con mistela. Este arsenal de bebistrajos constituía la *piquera*, especie de jaula que excita al borracho y

previene al ladrón; entidades que suelen no andar muy lejos una de otra.

Así habían permanecido las vinaterías, por muchos años, sin pizca de prosperidad; hasta que en un recodo de cierta vinatería, se destinó un lugar para los borrachos de levita, y cuyo lugar tomó el nombre vergonzante de *sacristía;* y separados por una vidriera, el de frazada bebía de á *tlaco* y el de levita de á *medio*.

Pero la prosperidad no se hizo esperar, y Plaisant abre una taberna de lujo con pasteles y dulces: lo imitan otros franceses, y las tabernas se multiplican: después se abren otras que agregan el atractivo de los *sandwichs*, y donde se toman licores raros, queso verde y otras golosinas tudescas.

Los españoles, que no se maman el dedo, rompieron á una con sus tradiciones, y abrieron una sacristía en cada tienda; y para indicar que allí se bebe, avisan que se come, y ponen sobre el mostrador groseras rebanadas de pan y enormes salchichas. Llegan, por último, los reyes del *bar-room*



y los *cock tails* se aclimatan. Por fin, el feo vicio de la embriaguez toma tal incremento y tales proporciones y facilidades, que con sobrada razón habremos de considerarlo en este artículo como una de las prosperidades nuestras.

¿Qué más se le puede pedir al comercio de caldos, que haber enviado ya al panteón á muchos jóvenes pertenecientes á familias distinguidas de la capital? eso prueba bastante la prosperidad de ese comercio, el engrandecimiento de los cantineros, el adelanto en ese ramo, la difusión de esa costumbre que pasa del cargador al dependiente, al empleado y al estudiante: ya el pollo aprendió á beber como el contramaestre, y se muere más pronto, lo cual es una ventaja, y prueba que el hígado y el alcohol no están de acuerdo.

Ahora bien y cuando el vicio ya invadió todas las clases ¿qué mucho que las más refinadas hagan lo mismo que la gente ordinaria? Esta recibe el sábado la raya y se emborracha á nombre de la prosperidad del

trabajo; descansa el domingo, y se emborracha por aprovechar el tiempo; tiene un pesar y se emborracha por vía de lenitivo; sale de la carcel y se emborracha á nombre de la libertad.

México tiene ahora muchas razones para alegrarse: su prosperidad entre otras, y su decadencia moral; y ¿qué le va V. á hacer, si ese es el orden de las cosas? De manera que á no ser por las cantinas, no sabríamos qué hacer con la alegría de los ferrocarrileros, con la alegría de los telefonistas, con la alegría de los elegidos popularmente, con la alegría de los empleados con quincena exacta, con la alegría de los del depósito que tan bien se la pasan, con tantas alegrías, en fin, tan legítimas. Para tal número de alegrías es indispensable un número competente de cantinas.

La moral social y la beneficencia pública son las únicas que contemplan esta prosperidad con faz de duelo. Ellas, con la timidez y recato con que esas virtudes hacen todas sus cosas, sugieren al legislador,

por nuestro humilde conducto, una inocente travesura.

No se puede negar la brillantez del espectáculo que presentan esas baterías de botellas de todos colores que lucen en los armazones de las cantinas y en las tabernas más lujosas; el color de los licores se armoniza con el de los brevetes y contraseñas, marcas y etiquetas de Ultramar; y los cantineros, que son personas de gusto, han logrado dar á todo el arsenal del vicio un aspecto tentador y elegante.

Pero se nos antoja que cooperaría á realzar tan rica apariencia y el conjunto resultaría irreprochable, si sobre cada cuello de esas innúmeras botellas se colocara un TIMBRE DE CINCUENTA CENTAVOS. Esto acabaría de dar al cuadro la última mano, la mano de la compensación; porque el valor de ese timbre tendría por objeto desagraviar á la moral social, protegiendo la beneficencia pública.

Cierto es que los cantineros podrían objetar, en nombre de la estética, el recar-

go de adornos, la superabundancia de papelitos pegados en las botellas, que, según ellos, las afearía y les haría perder su esbeltez y su tipo original; pero ya se sabe que los cantineros se parecen por detrás á todos los contribuyentes; eso de los papelitos y documentos les parece embarazoso y falto de sentido: pero eso no es más que cuestión de gusto, y en materia de gusto, y de gusto por los caldos, hay poco escrito, y se pueden escribir sobre ello varios libros.

Pero llevando el hecho al terreno de la práctica y juzgándolo bajo un aspecto más positivo, pondríamos con cada timbre en cada botella: la mirada de la moral sobre el vicio; la intervención paternal del poder público dimanando del sagrado principio de la conservación de la sociedad; la condenacion tácita del abuso por el gravámen; la reprobación del vicio en pro de la virtud cristiana, dejando ilesa la libertad individual, pero sellando el principio más sano de la moral social.

En sus resultados inmediatos esta trave-

surilla haría subir á 25 centavos el valor de cada copa; y he aquí el punto adonde deseábamos venir á parar. Pues señor; que el pollo tempranero y el ébrio consuetudinario no se la pueden pasar, los domingos y fiestas de guardar especialmente, sin su media docena de copitas, ya sean consumidas á fuer de convidados ó de anfitriones; que ni el padre del pollo ni la autoridad pública pueden intervenir en ese acto que nace tan natural y filosóficamente de la preciosa libertad individual; que el vicio cunde y envenena la generación presente; que ni el púlpito, ni la tribuna ni la prensa bastan á contener el raudal de alcohol que parte de la cantina á la economía animal. Estamos de acuerdo; pero al menos nos consolará considerar que el borracho apura la copa con una mano y paga un real con la otra á la beneficencia pública; y hé aquí cojido al borracho entre el vicio y la bolsa. La duplicación de la cuota influirá cien veces en que el vicioso invite con frecuencia, en que esquive el encuentro de tres cofrades á la idea de un

peso fuerte, y en mil casos evitaría esa última copa decisiva de la embriaguez.

Nuestro vecino del Norte, que es el pueblo más inteligente del mundo en materias de cock-tails y de otras cosas, tiene establecido el precio de 25 centavos por copa; y no creo que se ofenda por que después de aprender á confeccionar sus neoyorkinos cock-tails adoptemos también su precio respectivo.

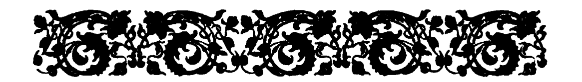
Pingüe será el subsidio en favor de los desvalidos; y nunca será mejor empleado el real del vicioso que en pan para el pobre y en hogar al huérfano; y puesto que de borrachos se trata, del vicio mismo deberá salir la manutención de aquéllos á quienes la embriaguez llevó al crimen y á vivir largamente sobre los fondos públicos.

Esperamos en Dios que seguiremos teniendo motivos para alegrarnos, y como esta alegría ha de tomar generalmente en la cantina un color de castaño oscuro, no nos queda más arbitrio que recurrir á una compensación consoladora.

Muchos conocidos nuestros habrán de dirigírsenos con la palabra pastosa, la mirada turbia y exhalando aldeydas, para echarnos en cara la carestía de la copa, como promovedores de semejante medida; pero en cambio, los huérfanos y los enfermos, los pobres y los desgraciados saborearán el blanco pan de la filantropía y descansarán bajo el caliente techo de los institutos benéficos.




DE COMO
ENTRE
las prosperidades nuestras
FIGURAN LAS ACEITUNAS



DE CÓMO ENTRE LAS PROSPERIDADES NUESTRAS

FIGURAN LAS ACEITUNAS

ESTA época de paz es deliciosa: la oliva simbólica está llena de aceitunas y nosotros las saboreamos, no solo como aperitivo, sinó como el manjar por excelencia; y hemos tomado tan á pecho la cuestión de devorar esos frutos, que todo lo que nos rodea nos parece aceitunas, y vamos un día de estos á devorarnos los unos á los otros.

¿Qué cosa es una quincena bien pagada,

sinó un fruto de la paz? quiere decir, no una oliva simplemente, sinó una aceituna. Hay quincenas dobles que valen por dos aceitunas, y hay negocios que son un tarro de aceitunas reinas, conservadas en su propio jugo.

Esos vestidos de raso oro viejo que no soñaron ponerse nunca algunas gentes en tiempo de las revoluciones ¿qué son ahora sino frutos de paz, aceitunas mondas y lirondas; y no así como quiera, sinó aceitunas conservadas en la Tesorería por Pancho Espinosa

¿Porqué se despueblan los barrios de Madrid, y empalaga el gazpacho á esas señoras, y emigran, y se embarcan y se marean? todo por venir á participar de nuestras aceitunas.

¿Y qué devoran la Théo y la Derivis y la compañía toda, con Grau á la cabeza, y qué significación tienen los veinte reales de una luneta en el Nacional y diez en Arbeu y un peso en el circo si no la abundancia de aceitunas?

¿Qué se entiende por gozar de la paz? no es simplemente estarse quieto; porque eso es fastidioso; ni conformarse solo con la idea de la paz: eso es muy platónico. Y luego que todo debe ser lógico y encadenarse en un orden riguroso. La paz es una cosa buena, y ya se había hecho esperar demasiado; estábamos sedientos de paz, y esta sed nos honra, y la paz se hace: y aquí estamos nosotros para festejarla. Concíbase una fiesta sin comestibles, una noche buena sin cacahuates. Sería esto tan imposible como figurarse una paz sin frutos, ó una oliva sin aceitunas.

Estamos, pues, en nuestro perfecto derecho de devorar y consumir estos frutos de la paz nuestra, de nuestra exclusiva propiedad. Si los frutos de la paz no fueran simplemente aceitunas, sino orden por ejemplo, administración, economía, etc., esta sería la ocasión de cultivar la oliva y abonar el terreno y limpiar el tronco y podar las ramas para preparar las aceitunas del porvenir; pero vaya V. á meterse en

esas honduras, precisamente en los momentos en que las ramas de la oliva se están viniendo abajo de aceitunas maduras. No señor, ya hemos dicho que teníamos sed de paz y hambre de aceitunas; que esa sed nos honra y que esta hambre es un fenómeno fisiológico que no encontrará ningún opositor serio.

Ahora, en cuanto á la calidad de las aceitunas, nada tenemos que averiguar; ellas están buenas y maduras y se han dado en nuestro territorio, en nuestro arbol y nada importa que algunos meticulosos y de paladar delicado les noten cierto saborcillo á yankee; esa es cuestión de gusto. Nosotros las comemos y nos parecen buenas.

Vaya V. á introducir el órden en un pueblo al que se le ha pasado la hora de comer. El hambre es como el pánico, no conoce freno en ciertos momentos, y es muy disculpable, por lo tanto, si á la hora de comer deja de ser previsiva y de guardar la compostura debida.

Muy disculpable es el ayuntamientopor

ejemplo, si se entusiasma con las aceitunas y al dulce rumor de las palabras paz, abundancia, aceitunas, embellecimiento de la capital etc., se olvida un momento de las atargeas, una cosa tan súcia, por cambiar de sitio el mercado de flores, y por hacer una función de premios muy rumbosa á los muchachos de sus escuelas.

El ayuntamiento gastó un día diez mil pesos en ese mercado; pero eso fué porque le pasó una cosa que no saben nuestros lectores. Impresionado por la lectura de no sé qué poesías, se fijó en las indias que vendían flores, poniéndolas en el suelo. ¡Vdes. dirán! las rosas y las azucenas en el empedrado! Este es motivo más que suficiente para enternecer no sólo á un regidor, sino á un poeta.

Tan conmovido como deben Vds. suponerse, llegó á cabildo el regidor aquel, y casi llorando pronunció un discurso sobre las azucenas, sobre las indias y sobre el lodo de las banquetas. Los regidores se dejaron arrebatar por la elocuencia ciceroniana de su

colega, y aunque hubo díscolos que se atreviesen á hablar en aquellos momentos de atargeas y empedrados, en medio de aquella atmósfera de poesías que asfixiaba á la corporación, las flores, las indias y el regidor triunfaron, como triunfa siempre la inocencia, y se votó el gasto.

La gente sensata que no había olido las flores ni las indias creyó, y con razón, que en nuestra plaza mayor, limitada por la catedral y por dos palacios no debe levantarse ninguna construcción, excepto la proyectada columna de la independencia; que cualquiera construcción, sobre aparecer mezquina, obstruirá la plaza, evitando que la vista se espacie en su area, que es su primer mérito.

Pero todas estas razones venían abajo ante este argumento sin réplica: las aceitunas.

Procedió pues el ayuntamiento á levantar un zócalo de piedra que hubiera durado mil años, y colocó encima un kiosko, tejavan, ó como se llame, de fierro puro, que es tan

barato en México, y metió adentro á las indias con todo y flores. Yo no sé si hubo discursos oficiales ese día y banquete, pero el ayuntamiento se salió con la suya y encerró á las indias en jaula de fierro.

Le sucedió á poco á aquella jaula lo que le sucede á todas nuestras cosas: cayó en desuso y las indias se fueron saliendo poco á poco, hasta que últimamente presentaban la jaula, las flores y las indias este orden. Dentro de la jaula, ó como se le llamaba pomposamente el mercado de flores, había diez indias vendedoras y algunas más de acompañamiento tomando la sombra saludable de aquel edificio; y diseminadas desde las gradas del mercado hasta la calzada ó crucero que conduce á la calle de Plateros, unas sesenta á setenta vendedoras, ¡ingratas! poniendo las azucenas y las rosas en la dura piedra.

De manera que el ayuntamiento gastó diez mil pesos en alojar diez indias, y dejó en pié el mal que aparentemente quiso evitar: el de poner las flores en el suelo. Todo

quedó peor que antes, y un señor muy amigo de los regidores me dijo un día lleno de un orgullo patriótico y casi espartano:

—Hé aquí los frutos de la paz!!

—De las aceitunas, agregué.

—Cabal! exclamó el señor; la paz es la oliva y los frutos de la oliva son las aceitunas. Qué chistoso es V. señor Facundo.

El éxito del mercado de flores hubiera bastado para no volver á acordarse del mal empleo de esos diez mil pesos. Pero siguió la pasión á las flores causando graves inquietudes entre los ediles, y discurrieron gastar otros siete mil para pasarlo al jardín del atrio, y hacerlo redondo como plaza de gallos. Allí quedará peor, porque en el jardín ó parque que rodea un gran edificio no deben levantarse construcciones de ese género; porque su capacidad no bastará á contener la afluencia de vendedoras de ramilletes, y habrán éstas de diseminarse por los alrededores, poniendo de manifiesto la inutilidad de la medida y del gasto.

¡Cuanto más bien empleados hubieran

estado esos diez y siete mil pesos en losas para las banquetas.

El gobierno del Distrito en su discurso al nuevo ayuntamiento ha dado un informe exacto, juicioso y razonado del estado actual del municipio; informe que hace honor á este funcionario por el acierto con que trata los asuntos municipales. Desearíamos que el nuevo ayuntamiento se cuide un poco menos del mercado de flores, y no caiga en la tentación de trasladarlo al Seminario dándole otra forma.

*
* *

Prescindiendo de nuestro amor á las aceitunas ¿se trata sériamente de dar algunos pasos en el sentido del adelanto material? Fijémonos en nuestro pueblo y en sus costumbres, en su incuria y su desaseo; consideremos el espectáculo que presenta ante el ojo observador del extranjero; y puesto que la civilización se difunde partiendo de las clases más ilustradas, intentemos difun-

dir la ilustración en esas masas. Dicen que el indio es indolente y refractario á la civilización y que su melancolía y su abandono son incorregibles. Este modo de sér del indio tiene muchas razones; pero la que nos incumbe más directamente es ésta: que no le hacemos caso.

El contacto de la gente de las aldeas y pueblos circunvecinos con la capital debe traerle necesariamente cierta dósis de ilustración; pero este adelanto no se verifica en las proporciones que sería de desearse, porque, según nuestro sistema y el abandono con que hemos visto la cuestión, el indio viene á la capital á obrar como quiere, según sus costumbres y lejos de aprender algo nos impone sus usos y los toleramos sin tratar de enseñarlo.

El comercio de mercado es el motivo de contacto del indio con la capital. Nuestro mercado del Volador junto á Palacio es el borrón más repugnante que puede encontrarse en una capital; es el resabio más deshonroso que puede tolerar una corpo-

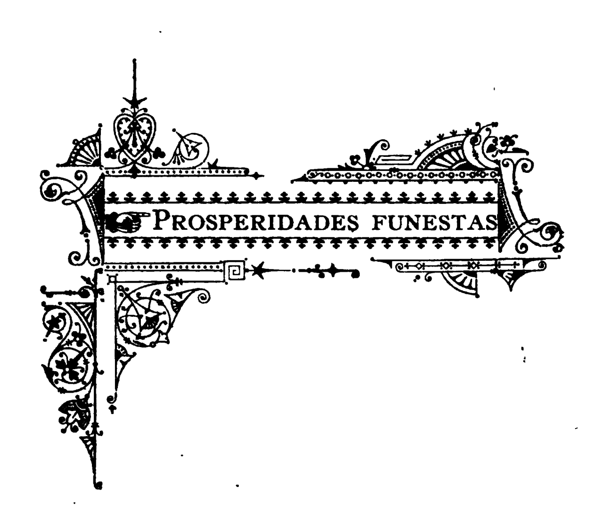
ración municipal ilustrada; su forma y condiciones son las menos á propósito para conservarlo limpio, y como el mercado es el teatro y la escuela del indio ¿qué puede aprender en el nuéstro, sino á seguir siendo sucio y á no respetar ni el decoro, ni la compostura que el público merece? Debemos convenir en que vender frutas y comestibles en el suelo es la manera más primitiva y más inculta de vender; la más incómoda para el comprador, y la que menos se concilia con el aséo y el orden. Las calles del mercado deben estar enlozadas y limitadas á uno y otro lado por mostradores altos y por aparadores para colocar la fruta y las legumbres, prohibiendo toda venta en el suelo y prohibiendo arrojar cáscaras y basuras en el tránsito para el público, bajo la responsabilidad de cada vendedor.

Este orden en el interior del mercado le dará á éste mejor aspecto y habituará al indio á sentarse en alto y á recibir al público de una manera más digna de su cul-

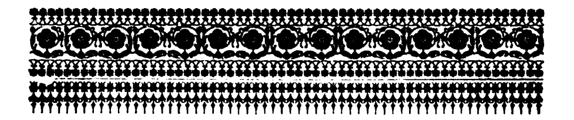
tura. La compra se hará con más comodidad y de una manera más conveniente. Todos los puestos deberán estar á cubierto de la intemperie por medio de tejados, para evitar ese hacinamiento de petates y trapos sucios que usan esas gentes para defenderse del sol.

La época es propicia para promover todas esas mejoras, para que un espíritu de ilustración sea siempre el criterio que dicte y adicione ciertas medidas de policía. Aprovechemos este veranito de paz y estas aceitunas.




PROSPERIDADES FUNESTAS





PROSPERIDADES FUNESTAS.

PARECE condición ineludible del progreso humano el acrecentamiento y la prosperidad del vicio. Al caminar hacia adelante en esta carrera fatigosa, vamos cargando nuestros vicios y nuestras virtudes para llevar completo el equipaje. De manera que las sociedades progresan, pero no se mejoran; y caminan á su engrandecimiento con mengua, las más veces, de su mejoramiento moral. México, que frecuentemente no toma las cosas por lo

sério, se entrega á los regocijos de la paz, como si se hubiera sacado la lotería. Se come las aceitunas y marcha.

No encontramos todavía la mano bastante sábia que pueda dirigir la marcha de una sociedad que avanza, y puede eliminar las semillas malas del terreno fértil en que habrán de fructificar juntamente con los bienes. Progresamos, crecemos; nos multiplicamos como esos huertos invadidos por la ortiga y regados por las lluvias propicias: crecen juntos los frutos y los cardos, las alimañas y las flores.

De este órden de cosas resultan dos clases de prosperidades, que podríamos llamar: prosperidades reales, y prosperidades funestas.

Los vicios están de enhorabuena. Son los primeros en aprovecharse de la prosperidad, como los criados de un banquete que se sirven antes que los comensales. Todos en fila desde los más inocentes hasta los más criminales, se apresuran á comer los frutos de la paz, y están en su derecho. No hay go-

bernador del Distrito ni predicador que les vaya á la mano, porque esos vicios entran por las horcas caudinas de la ley y tienen su patente y sus papeles en regla. Además, son vicios nuestros, que caminan con nosotros por donde quiera que vayamos, y no podemos ni queremos soltarlos. Nos han de acompañar hasta el sepulcro, sea cual fuere nuestro itinerario.

El vicio de fumar, por ejemplo, ha llegado, el primero, á su apogeo, á su último grado de perfección; y como este vicio implica una industria, pertenece á la categoría de esas prosperidades funestas, con que tenemos que apechugar, so pena de pasar por retrógrados.

Nosotros no lo censuramos; al contrario, nos parece la cosa más natural del mundo, y no solo la más natural, sinó la más idiosincrática, el encender un cigarrito en toda ocasión solemne. ¿Quién no ha visto en campaña uno de nuestros soldados, medio muerto de fatiga, después de una de esas marchas, de esos ataques rudos y sangrien-

tos, en los que toda la energía humana, todo el valor heróico y todo el esfuerzo de que el hombre es capaz, han sido empleados con largueza, hasta un momento en que, todavía entre el fragor de la batalla y el silbar de las balas, ese soldado se detiene, descansa el arma humeante, cambia el aire de sus pulmones con estrépito, y como alivio, como panacea, como fortificante y como estímulo, defendiéndose del aire tras un maguey ó tras una cureña rota, enciende un cigarro!... La primera aspiración del humo del tabaco indemniza al soldado de la fatiga y del cansancio, y del horror de la batalla. Va en busca de un placer tan exclusivo y tan imprescindible, que él mismo cree que aquel cigarro va á darle nuevo aliento.

¿Cómo hemos de censurar nosotros este vicio que llega á ser un amuleto, ni cómo nos atreveríamos á considerarlo entre nuestras prosperidades funestas? Pero ello es, que es vicio y que prospera y eso es precisamente lo que cumple á nuestro propósito

para ponerlo por delante de lo que prospera entre nosotros.

Pues bien, lo que hace el soldado después de la batalla ¿por qué no lo ha de hacer la República Mexicana después del período de nuestras revoluciones? México está chupando su cigarro con la delicia de un viejo fumador, con la delicia con que Pepe Rodríguez y Cos fuma su puro sempiterno. Con la diferencia de que el soldado fuma solo, y no ofrece; y la República y Rodríguez y Cos ofrecen cigarro á todo el mundo.

La industria tabaquera ha encontrado su época; está en su edad más floreciente; compite ventajosamente con la de la isla de Cuba y ha llegado á elaborar los mejores cigarros y los más baratos y hasta ha aprendido á llamarles á las clases *vitolas*, como dicen en la Habana.

Hermana de esta industria tabaquera es la de los cerillos: también han llegado á su apogeo, y el vicioso cuenta ya con una cajetilla de buenos cigarros y una cajita de excelentes cerillos por tres centavos.

El vicio de fumar, que va á la vanguardia de la prosperidad, está satisfecho.

Tras el vicio de fumar viene el vicio de beber. Niégueseme que este vicio camina en el auge de la prosperidad. ¿Y qué cosa más natural que echar un trago por la paz? Estamos en nuestro derecho de alegrarnos por que tenemos paz, y si no nos alegramos bastante con solo tenerla, ahí está el trago que tiene esa virtud: la de alegrar al prójimo.

Vayan ustedes á evitar que las gentes se alegren ó que dejen de ser sinónimos alegría y embriaguez. Estas sanas razones traen al vicio de beber en la primera fila de las prosperidades nuestras.

Por orden riguroso, viene detrás el vicio de jugar, próspero también y floreciente con sus otros dos vicios de fumar y beber, como primos hermanos, florecientes también; y vaya usted á separarlos ó á probar que no está cada vicio en su lugar y en su hora. Estos son los momentos de jugar y de beber fumando. ¿De qué se trata? De

estar contentos, muy contentos con la paz; más aún, de celebrar la paz; y todo el mundo sabe, desde las Olimpiadas, que todos los grandes sucesos de la historia se celebran con juegos públicos. Hé aquí justificada la preponderancia de esos tres vicios tan necesarios y de tanta oportunidad.

Estos vicios derraman sus bienes no sólo sobre los cantineros, pulqueros y tabaqueros, sinó que extienden su influencia en otras órbitas; quiere decir, protejen generosamente el vicio de empeñar y de pedir prestado, y como cada cual puede hacer de su capa un sayo, no podemos meternos con esas gentes á quienes no alcanza lo que tienen, y para que les alcance han inventado regalar una parte de su haber al agio.

Este vicio, hijo de nuestra educación, está también en el auge de su preponderancia; y así debe ser. ¿Qué sucedería si todos nos volviésemos de repente honrados, juiciosos y económicos? ¿Qué comerían esos empeñeros y esos agiotistas que tal vez no han aprendido á hacer otra cosa en

toda su vida? ¡Pobres gentes, se morirían de hambre!

Hasta aquí todos esos vicios marchan de mancomún en la más completa prosperidad y van todos juntos á dar con otro vicio: con el vicio del amor. ¿Cómo no habíamos de venir á parar en esto?

Tampoco esta prosperidad puede pasar desapercibida, ¡imposible! ¡con tanto raso y tanto simón en las calles de Plateros! ¡Con ese suplemento ibero importado *ad hoc* para festejar la paz!

Y no es ésta la última de las prosperidades. El hospital de San Juan de Dios también prospera, hay una concurrencia *escogida:* pasa de 560 mujeres que han prosperado.

Inmediatamente después de estos vicios y de estas prosperidades viene el vicio de curarse, y la prosperidad del comercio de drogas. Esta prosperidad es elocuente, porque es la consecuencia de las otras y de la insalubridad. Y para que veamos como en un orden riguroso, unas prosperidades empujan

á las otras, como las olas, la última de las prosperidades nuestras, es la agencia de inhumaciones.

Antes se moría la gente y alquilaba un carro fúnebre, de cuatro que había en las carrocerías de Vanegas y los Rebeldes, y la cosa pasaba desapercibida. Hoy se hace ese negocio por contrata para que no haya picos. Hay un tal Gayoso que ha salido una notabilidad en esto de enterrar al prójimo: todo se hace en un santiamen, á precios de tarifa y en ferrocarril, para largarse á prisa. ¿A dónde habían de venir á parar todas las otras prosperidades sinó á una compañía de muerteros?

En la linea que hemos recorrido, desde el cigarro hasta Gayoso, todo marcha á las mil maravillas, atestiguando nuestro adelanto y nuestra prosperidad.

Dos conocidos nuestros encienden en este momento su cigarro en la cantina del Globo, delante de dos copas de ajenjo.

Antes eran buenos mozos, apuestos, y no carecían de elegancia. Con la palabra pas-

tosa y entrecortada se dirigen frases incoherentes y por largo rato no se entienden.

—Estás perdido, dice uno al otro, poniéndole la mano en el hombro.

—¿De qué? ¿Porqué me dices eso tú? mira que ojos tienes .Estás desvelado.

—Ya sabes..... Pero lo que yo digo es que estás perdido, lo que se llama perdido, ¿no sabes lo que es estar perdido?

—Ya se vé..... estar perdido es estar contigo, estar en tu amable compañía; mira si lo comprendo, ¿ó crees que ya estoy *trompeto?* ya sabes que á mí no se me sube.

—Ni á mí tampoco.

Esto es lo que creen todos los borrachos.

Los dos amigos se separaron al medio día con la imaginación llena de coches del sitio, llena de beldades provocativas, porque no han visto otra cosa en las calles de Plateros. Llegan á sus respectivas casas á exhibirse en tal condición antes sus hijos. La pobre esposa contempla por la milésima vez aquel estrago, y procura aparecer indiferente y

estudia en todas sus maneras una naturalidad muy difícil de sostenerse. El más grande de los niños fija una mirada pensativa en su padre, y lo observa con disimulo en sus menores movimientos. Cuando la mamá no tiene la palabra, reina un silencio embarazoso en la mesa.

—No tomas la sopa? pregunta á su marido.

—La sopa.... pero estoy buscando la sal? ¡por qué no me ponen aquí la sal! ya he dicho que se ponga la sal.... A ver! agrega levantando la voz ¡que pongan la sal! ya he buscado la sal por todas partes!....

Un niño se ríe.

—¡Ah, que papá! dice una niña, si tienes el salero en la mano!....

—El salero.... dice el borracho viéndolo. Tiene razón esta muchachita; yo tengo la sal en la mano, en la mano izquierda.

—Ya lo ves por qué no es bueno tomar las cosas con la mano izquierda? dice la mamá á la niña que hizo la observación.

—Yo siempre tomo el salero con la mano derecha, contesta la niña.

—Ese es un reproche. Estoy lucido con que enseñes á mis hijos á reprocharme. Qué buen ejemplo!

—Lo hacía precisamente, replicó la mamá para que los niños no....

—Para que los niños vean que su padre toma el salero con la mano izquierda; y si lo tomé fué distracción, y una distracción.... pues.... una distracción no es una regla: está claro. Sinó que....

—Se enfría la sopa.

—La sopa está desabrida; tú estás desabrida, mis hijos están desabridos. ¡A ver la sal!

Los niños contemplan con cierto asombro á su papá.

—Mira, le pondré una poquita de sal á tu sopa, dice la mamá, efectivamente le falta sal.

—No le pongas, no le pongas, mamá! esta muy salada! grita la niña.

—Cállate, niña! así le gusta á tu papá.

—A mí me gusta mucho la sal! á ver la sal!....

Vuelve á reinar el silencio. Todos han concluído la sopa menos el papá que engulle con mano vacilante grandes cucharadas.

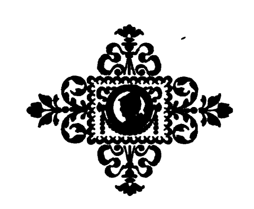
La criada traía lo que sigue y dirigió al amo una mirada que no hubiera tenido significación si no hubiera dirigido otra mirada al ama. Esas dos miradas formaron en silencio un paréntesis que encerraba una humillación que hirió á la esposa.

—A ver el pulque, dijo el marido, ¿no se toma hoy pulque? ¡yo no veo pulque en la mesa! Mira, tú, como te llames, trae el pulque!

Salió la criada y volvió á reinar el silencio.

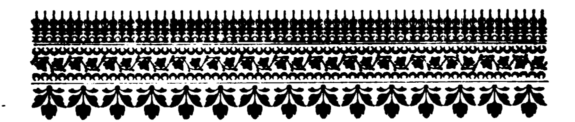
En esa clase de pausas revoloteaban sobre aquella mesa, como los buitres que olfatean un cadáver, negros pensamientos. Los niños grandes los formulaban á su manera; pero la pobre madre los palpaba en toda su espantosa trascendencia, sin poderlos endulzar siquiera con una lágrima.

Esta es solo una miniatura de uno de los miles de cuadros que se reproducen en nuestra sociedad al influjo de una de nuestras *prosperidades funestas.*




PROSPERIDAD ORDINARIA





PROSPERIDAD ORDINARIA.

A fuer de entrometidos, y con la plena seguridad de nuestra insuficiencia, vagamos por esas calles de Dios, arreglando el mundo acá para nuestro coleto, como si efectivamente hubiésemos de conseguirlo.— Hay en la primera calle de Plateros un letrero de cincuenta varas que dice: «*Sorpresa y primavera unidas*» letrero que por el tamaño y por el contenido implica una de las

prosperidades nuestras, no sin que lo altisonante del rótulo nos recuerde el de una pulquería de esta ciudad que se llama «*A la nueva reforma del antiguo cuernito,*» lo cual quiere decir que pintaron de nuevo la pared.

La índole de un pueblo, su civilización y sus costumbres se reflejan en su comercio; él es la expresión de la cultura y de la educación sociales, sin poderlo evitar, y sin recurso alguno para finjir ó aparentar lo que no existe.

En las sociedades antiguas regidas por el feudalismo, había una barrera insuperable entre el señor y el mercader; y todavía, entre nosotros, en los buenos tiempos de nuestros vireyes, cuando el dinero de las casas grandes y de los nobles venía á parar detrás de un mostrador, el noble señor escondía la bolsa y la cara detrás de un rótulo cualquiera, por temor de deshonrar sus pergaminos.

Luchaban el deseo del lucro y la ambición con las rancias preocupaciones de la nobleza, y el comercio era anónimo, á lo

menos para el público en general; y hasta razón social había que ni el nombre llevaba del capitalista. Este es el origen de los rótulos de las tiendas y de que veamos en esas calles títulos y letreros tan incoherentes y ridículos que deben servir de diversión á más de cuatro extranjeros observadores. El Cinto de Orión, El pié de la Sílfide. La bota de Venus, Emporio de Luz, La ilustración del Siglo XIX (pulquería), etc. Las tabernas y los comercios más serios compiten en motes rimbombantes, creyendo agregar un atractivo ó llamar la atención por lo extraño del nombre; y detrás de todo esto está obrando la añeja preocupación de creerse deshonrado por vender manta ó zapatos. El comerciante en lencería no se decide á que le llamen algunos cajonero, ó mercachifle ó rebocero, y guarda su nombre para solo sus facturas y contratos.

Enhorabuena que los dueños de pulquerías, que por una parte siguen siendo señores feudales en plena República, omitan poner sus aristocráticos apellidos de familia en

una pulquería, y prefieran ponerle el de *El Pabellón nacional* ó *El Grito de Dolores;* pero el comerciante honrado y digno, que maneja un gran capital en lencería y objetos de lujo, no tiene ninguna razón para creer que su nombre se mancha por fijarlo en letras de oro en una casa de comercio, que puede ser tan honorable como un banco ó como una oficina del gobierno.

Con el progreso de la civilización y el engrandecimiento de las naciones, el comercio se ha ennoblecido en el mundo, identificándose con el movimiento progresivo de las sociedades modernas, hasta formar una aristocracia poderosa y respetable.

A medida que hay más refinamiento en las ciudades modernas, van desapareciendo los rotulones para dar lugar á la razón social de las casas de comercio, porque la razón social necesita crédito y popularidad, para ser á su vez garantía, fianza y aliciente para el público, quien, con ojo bien certero, confía más en el comerciante que tiene orgullo en publicar su nombre, que en el que

se esconde bajo el pseudónimo de un título de comedia.

El rubor de los dependientes es otra cosa. Conocemos que hay algo que pugna con la dignidad del hombre en gastar una juventud, un vigor y todo un caudal de vida detrás de un mostrador, vendiendo encajes y medias á las señoras, cuando las artes, la industria, la agricultura y la ciencia, reclaman esos brazos y esas facultades, tanto morales como físicas, y cuando tantas señoras, con manos más diestras para manejar la seda y más idoneidad para recibir confidencias sobre el tamaño de las ligas, reclaman esas plazas á nombre del equilibrio social y de la virtud desamparada.

Deben, pues, los dueños de tiendas de ropa escribir sus nombres con letras de oro al frente de sus casas y borrar los motes, como resabio indigno de la civilización y ageno al espiritu del comercio moderno. A los dependientes, ya que no pueden ocultar su sexo, se les puede perdonar que oculten su nombre.

Entramos al cajón de ropa ó lencería, y entramos impelidos sólo por la necesidad apremiante, porque el aspecto de ese comercio nos entristece profundamente. La estructura y disposición de la tienda están dictadas por la desconfianza, por el temor á los rateros, por el miedo de que el público robe en lugar de comprar. Todo el edificio está ocupado por los efectos y por los dependientes. El público está confinado á una faja de terreno de vara y media de ancho y separado de los efectos por la muralla del mostrador.

El que no ha tenido ocasión de comparar esta disposición de nuestras tiendas, con los grandes almacenes de París y de los Estados Unidos, no pára mientes en que, para nuestro comerciante, ladrón y público son una misma cosa; no conoce lo ofensivo de esa desconfianza, ni se siente humillado por las mil precauciones de los dependientes para impedir las estafas y robos de mano. Pero el que ha entrado á uno de esos establecimientos colosales de New York, en los que

circula libremente el público, entre un mundo de mercancías derramadas en millones de pequeños objetos sueltos y al alcance de la mano, no puede menos de lamentar, como lamentamos nosotros, que nuestro pueblo no esté todavía tan civilizado que permita á los propietarios de los grandes almacenes de ropa en México abrir uno de esos establecimientos de lujo, en que lo primero que se concilia es el confort y la comodidad del público. Nos duele ver á las señoras mexicanas mezcladas con un grupo de indios con huacales, de léperos y de criadas sucias, paradas horas enteras frente á un mostrador, apiñadas, oprimidas y mal trechas, y sufriéndolo todo con paciencia para comprar sus galas.

El espiritu del comercio moderno á medida que va alejándose de las prácticas mezquinas é ilegales del mercachifle, va poniéndose más y más á la altura del refinamiento social, y asumiendo una actitud digna de la civilización que alcanzamos.

El comerciante de los grandes estable-

cimientos modernos, tanto en Europa como en los Estados Unidos, tiende á rodear su comercio del mayor atractivo posible, y á proporcionar al comprador todo género de facilidades y expedientes. Hay en esos grandes establecimientos gabinetes privados para las señoras, sala de *lunchs* y refrescos, departamento para las criadas y nodrizas, para que éstas y los niños esperen cómoda y seguramente á los que compran. Tienen, además, establecido el envío forzoso á domicilio de los objetos comprados, sea cual fuere su precio, y sin gravamen para el comprador; y por último, el sistema de contabilidad es de tal manera expeditivo y exacto, que diez minutos después de cerrado el establecimiento cada día, no sólo están hechos y comprobados todos los asientos en los libros respectivos, sino verificado el balance general del establecimiento, con expresión de las ventas, las utilidades, los gastos y las existencias. La base de este sistema consiste: 1.º en el precio fijo é invariable de cada objeto; 2.º en que las mercancías es-

tán divididas y encomendadas por clases á los dependientes, y 3.º en que éstos asientan la venta en una libreta talonaria y envían cada venta, dinero y efectos, á la caja, en el momento de verificarlo, por medio de niños empleados allí con ese objeto. En la oficina se lleva sin descanso la cuenta corriente del día á cada dependiente, la cuenta de caja y la de existencia simultáneamente. Estas tres sumas principales, más el diario, constituyen el balance cada veinticuatro horas.

En clase de establecimientos tienen, no solo las condiciones que se requieren para las facilidades de la compra y venta, sinó el atractivo de un centro de reunión y de una exhibición de curiosidades y objetos primorosos: entran allí indistintamente, no solo las personas que tienen el ánimo deliberado de comprar un objeto que necesitan, sino todas aquéllas á quienes atrae la concurrencia y aquel conjunto de mercancías de todas clases. De la exhibición de los objetos no limitada á los aparadores sinó á todo el

interior del edificio, por donde el público circula libremente, resulta acaso el 50 por ciento de compradores eventuales, seducidos por la ocasión y la oportunidad.

Uno de los retrayentes principales del público comprador es el temor de comprar caro. Hay muchas personas, y son las más, que confiesan ingénuamente que no saben comprar; y efectivamente, muchas no compran en su vida personalmente sino en casos excepcionales y raros, y no tienen ni remota idea del precio de los efectos. Hay muchas que no se atreven á llamar la atención del dependiente ó á entrar á una tienda solo para hacer una pregunta sobre un precio; otras que si supieran el precio de antemano comprarían el objeto que necesitan, y otras, en fin, que compran sin otra razón que la bararura de un objeto en que no pensaban. Este estudio del público ha sugerido á los comerciantes modernos la tienda bazar ó miscelánea de efectos que se venden bajo las condiciones esenciales de fijar el precio de una manera visible en cada objeto y de

venderlo irrevocablemente sin aumento ó disminución del precio fijado. La transacción queda pues reducida á pedir el objeto y entregar su precio, de este género de transacciones simplificadas se pueden verificar muchas en muy poco tiempo.

Es de esperar que el buen sentido práctico del comercio europeo, favorecido por nuestra incipiente prosperiedad, vendrá á implantar en México esa mejora que reclama la civilización.






INDICE



ÍNDICE.





OBRAS

DEL MISMO AUTOR

Y PUBLICADAS EN ESTA EDICIÓN.

TOMO I.—*Baile y Cochino......*

TOMO II.—*Ensalada de pollos,* (1.ª parte).

TOMO III.—*Ensalada de pollos,* (2.ª parte).

TOMO IV.—*Los Mariditos.*

TOMO V.—*Historia de Chucho el Ninfo,* (1.ª parte).

TOMO VI.—*Historia de Chucho el Ninfo,* (2.ª parte).

TOMO VII—*Los Fuereños. La Noche Buena.*

TOMO VIII.—*Mis Poesías.*

TOMO IX.—*Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales.*



